



**SI SE
QUIERE,
SE PUEDE**

SUSANA VALCÁRCEL LUENGO



**SI SE
QUIERE,
SE PUEDE**

SUSANA VALCÁRCEL LUENGO

Primera edición digital: septiembre 2019
Título original: Si se quiere, Se puede
Copyright @ Susana Valcárcel, 2019

Diseño de portada: Marian Fernández Sabariego
Corrección: Raquel Antúnez
Maquetación: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*Porque cuando queremos podemos
hacer todo lo que nos proponemos...*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo-31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo-33](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

Prólogo

Madrid, año 2015

Aquí me encuentro otra noche más inmersa en mis pensamientos mientras todo el mundo duerme, mientras el silencio puede llegar a volverme loca, donde la oscuridad puede darme mucho miedo y a la vez tranquilidad.

Antes de cenar he hablado, como cada día, con mi amiga María Jesús; Chus, para los amigos. Me ha comentado una cosa muy graciosa: «Oye, amiga, ¿has pensado alguna vez en escribir la historia de tu vida? Seguro que te forrabas...». Y así, sin más, lo ha soltado y me ha hecho mucha gracia escucharlo porque, por suerte o por desgracia, a mis treinta y cinco años ya tengo mucha historia que contar. Y por eso es que me encuentro aquí pensando en ello, en que ahora tengo tiempo para hacerlo y en que me gustaría hacerlo, ¿por qué no? No pierdo nada... Y es entonces cuando me quedo dormida sin darme cuenta.

Me levanto como cada mañana. Mientras preparo el desayuno, me pongo la música a tope y pongo de fondo las noticias por si ha pasado algo nuevo en el mundo, aunque las odio, las odio a muerte; porque de todo lo que cuentan no suele haber nunca nada bueno.

Ayer limpie la casa, así que hoy puedo dedicarlo a mí, a mis cosas y eso, queridos, es algo maravilloso que a toda mujer nos encanta.

Como no soy nada coqueta, y dedicar el tiempo a mí es hacer algo productivo, me voy a poner delante del ordenador para intentar empezar a escribir lo que ha sido mi vida hasta ahora. Entre los pensamientos de anoche y el sueño que he tenido me surgen ideas que pueden ser buenas, así que haré caso a Chus y veremos qué sacamos de esto, al menos puede ser entretenido.

Capítulo 1

Año 1996

—¡Mamá!, ¿dónde están mis vaqueros nuevos?

—Hija, no lo sé, ¡tú sabrás dónde los has puesto!

—Los puse en la lavadora cuando los compré.

—Pues déjame ver si están para planchar.

—¡Jooo, mamá, no tengo tiempo! Hoy es el primer día de instituto y no quiero llegar tarde. —Por fin empezaba la época de bachillerato, iba a ser genial.

—Pues ya estás tardando entonces, ponte otro de los miles de pantalones que tienes, vaya chorrada esa de ir con los nuevos.

—Hay que ir a la moda, pero ya me he puesto estos. Gracias.

—Anda, tira, yo sí que te voy a dar moda...

—Qué rancia te pones cuando te lo propones. Nos vemos para la comida. Adiós.

Dejé a mi madre prácticamente con la palabra en la boca, pobre Patro, era más buena que el pan, pero no tardaría en pasar el autobús y no quería perderlo.

Por si no os habíais enterado, Patro era mi madre y su nombre era Patrocino; una mujer adorable y encantadora con una sonrisa perfecta, unos ojos verdes preciosos y guapa, muy guapa. A sus cincuenta años no estaba nada mal. Lo que la caracterizaba muy bien era su paciencia, no había visto cosa igual en mi vida.

Perdió a su marido, el que era mi padre, muy pronto. Tuvo un infarto y nos dejó, menos mal que con su pensión mi madre pudo salir adelante, viviendo como se podía y como nos dejaban. Yo no recuerdo nada de él, tenía cuatro meses, pero mi madre siempre me hablaba muy bien y me contaba todas las cosas buenas que hacía por los demás. Era piloto de aviones. Viajaba de un lado a otro conociendo mundo. Tenía muchos amigos por los cuales, cuando murió, mi madre se sintió muy respaldada. Con el tiempo se fueron distanciando y mi madre se encontró más bien sola y con un bebé. Sin

embargo, desde que tenía uso de razón, admiraba mucho a mi madre por todas las cosas que había hecho para sacar adelante todo sin ayuda de nadie.

Cogí el autobús y allí estaba una de mis mejores amigas, Vanesa, la Vane, así era como la llamaba todo el mundo porque era un poco ligerita y se acostaba con muchos chicos o, por lo menos, era la fama que se había ganado. Tenía dos años más que yo. Dieciocho, para ser exactos. Había repetido un par de cursos. Conmigo era muy buena, me escuchaba, me ayudaba y siempre estábamos juntas.

—Hola, Vane, ¿qué tal estás?

—Aquí andamos, nena, de vuelta al infierno.

—Qué exagerada eres.

—Claro, como tú no suspendes nunca y te enteras de todo, estás encantada de volver y más cuando esto es una novedad para ti, la nueva vida en el instituto.

—Habla con propiedad, de casi todo, sabes que las matemáticas no son mi fuerte. Y, sí, encantada con la nueva experiencia de ir al instituto.

—Bueno, pobrecita, para una que sacas un suficiente.

—Joder, cómo estamos hoy...

—Sí, no tengo mi mejor día.

—Eso ya lo estoy notando, titi. —Esa era una de mis expresiones más comunes y cariñosas que usaba con mi grupo de amigos—. ¿Qué te ha pasado?

—Mi madre, como siempre, cuando he salido de casa se ha levantado con una resaca del quince, me ha echado una charla tremenda y hemos discutido, como de costumbre, ¿y todo para qué? Para nada, porque dentro de un par de horas ya estará borracha y no se acordará de nada. Qué pena me da, tía.

—¿Y ahora por qué habéis discutido?

—Porque dice que la casa está hecha un asco, ¡no te jode! ¿Cómo va a estar si no? Yo voy de clase al curro y del curro a casa, y así casi todos los días. No pretenderá que cuando llegue de trabajar a las mil me ponga a limpiar. Que lo haga ella y, si no, que se muera de asco. En cuanto pueda me piro de casa.

—Tranquilízate, que te va a dar algo.

Vanesa era una chica aparentemente normal, pero su padre también murió cuando ella apenas tenía siete meses. Y, para colmo, a su madre desde entonces le dio por el alcohol, las drogas y la mala vida. Se puso a trabajar de prostituta. Vivían en un piso muy pequeño al lado del local donde su madre oficiaba y que les pagaba su chulo. Así él también podía tener controladas a sus chicas. De ahí viene también la fama de La Vane, todo el mundo conocía la

profesión de su madre y los jóvenes podían llegar a ser muy crueles.

—Entiéndeme, Laura, estoy hasta las mismísimas narices de ella. —Y, sí, queridos lectores, esa era yo, Laura, y la entendía a la perfección. Su vida había sido un auténtico caos desde la muerte de su padre. Desde los dieciséis años estaba estudiando y trabajando al mismo tiempo. El chulo de su madre, Sebastián, la dejaba servir copas en el local para sacarse algo de dinero y hacer frente a los gastos diarios. Pero nunca, jamás, se había prostituido, y yo siempre la creía y no la juzgaba como hacía el resto de la humanidad.

Y yo, pues, ¿qué contaros de mí?, era una chica normalita; de estatura media; ojos verdes, como mi madre; pelo rubio y liso y más bien delgada. Mi madre me decía que tenía el mismo corazón que mi padre, que más buena no podía ser. Eso sí, también tenía un carácter fuerte cuando me lo proponía.

Una vez llegamos al instituto fuimos a saludar a todas las demás amigas que teníamos en común. Aquel año íbamos a pasar mucho tiempo juntas. Más, todavía. Estábamos en la misma clase y eso solo podía significar dos cosas: una, que estudiásemos todas y el curso fuese bien o, dos, que nos pusiéramos a hacer el café y termináramos repitiendo. Yo optaba siempre por la primera opción, no me gustaba decepcionar a mi madre y menos en el tema de los estudios, mi futuro dependía de ello. Pero todo me podía esperar de aquel tremendo y primer año de instituto.

El primer día fue tranquilo. Cada profesor hizo su presentación correspondiente, nos indicó el material que necesitaríamos, nos dieron los horarios y poco más.

Solo hubo una cosa que aquel día hizo que fuese especial. A la hora del recreo nos pusimos todas en el banco de enfrente de las canchas de baloncesto y allí, cerca de nosotras, había un grupo de chicos jugando. Pero en especial me fijé en uno. Un chico más alto que yo, moreno, parecía de complexión fuerte por esa camiseta negra ajustada que llevaba. Pero, cuando le vi la cara, «¡Ay, Dios mío!», dije para mis adentros para que nadie me oyese y empezaran con las tonterías. Era un chico guapísimo.

Aunque mi idea aquel año no era salir con alguien y que me dejara llevar por los momentos, las circunstancias y dejar mis prioridades aparcadas. Tenía que sacar el curso con muy buena nota y después pasar un verano estupendo y, sobre todo, no dar disgustos en casa.

Las siguientes semanas pasaron rápido. Los exámenes empezaron sin darnos cuenta y apenas teníamos tiempo para salir. Estábamos centradas en estudiar a tope. El instituto prometía.

Una mañana, al bajar al recreo y como todos los días, nos sentamos en el banco donde se encontraban las pistas de baloncesto con la mala suerte de que el balón me golpeó en la cabeza, y aquel chico moreno de ojos claros se me acercó corriendo.

—¿Estás bien?! Perdona, es que mi colega es un bruto.

—Sí, no te preocupes, por suerte la tengo dura. —Me di cuenta rápidamente de que había sonado bastante mal aquella frase e intenté arreglarla como pude —. La cabeza, quiero decir, que la tengo dura.

—Ya, ya me imagino, si no serías algo «rara».

—Sí, claro... —Me puse colorada y no supe qué decir.

—Bueno, como veo que estás bien, me marchó. Lo siento.

—Gracias. Adiós.

De repente noté otro golpe en la cabeza, pero por detrás.

—Tú estás tonta —me dijo Noelia, otra del grupo.

—Tonta me vas a dejar tú con el *pescozón* que me acabas de meter.

—Qué conversación más absurda acabas de tener con el tío más bueno del instituto.

—Tía lista, ¿se puede saber qué clase de conversación quieres que tenga con él después del balonazo que me he llevado?

—Algo más coherente, no sé, pero parecías tonta.

—Muchas gracias, Noelia, se me olvidaba que tú eres la reina de los ligues y de la simpatía —refunfuñé.

—¡Basta ya! Vaya par de tontas —protestó Vanesa parando la estúpida discusión—. Noe, Laura no ha hecho nada malo como para que la ataques de esa forma y, menos, que la des un manotazo. Y tú, Laura, no entres en el juego de ella porque al final os vais a poner a discutir y ya nos conocemos para saber cómo puede acabar esto.

—Tienes toda la razón, Vane, dejémoslo aquí. Además, me está empezando a doler bastante la cabeza.

—Normal, menuda hostia te has llevado —dijo Verónica a la vez que todas se reían por lo bajini.

Con todo aquello, y al finalizar el recreo, nos fuimos a clase, pero con la mala suerte de que cada vez me dolía más y más la cabeza. Por lo que opté por decírselo al profesor de turno, el cual me mandó a la enfermería para que me reconociesen.

Una vez allí me hicieron sentarme en la sala de espera porque el médico estaba ocupado con otro alumno. Me puse a ojear una revista que había y de

repente, cuando alcé la vista, el morenazo entraba por la puerta cojeando. Se sentó enfrente de mí, se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando hacia el suelo.

—Hola —murmuré y me miró.

—Hola, ¿nos conocemos?

—No, bueno, sí. Eh, soy yo.

—Eso está claro. Tú, eres tú y, yo, soy yo.

—Perdona, soy la chica a la que le habéis dado el balonazo en la cabeza en el recreo.

—Vaya, no me había dado cuenta, perdóname. ¿Cómo te encuentras?

—Con mucho dolor de cabeza, pero bien, no ha sido nada.

—Algo habrá sido cuando estás aquí, ¿no?

—Pues eso, solo mucho dolor de cabeza, espero que el médico me dé algo fuerte y se me pase porque, si no, no sé cómo voy a llegar al examen.

—Vaya, cuánto lo siento. Tengo unos amigos muy brutos y que no se les da muy bien el baloncesto, ya lo habrás notado.

—No te preocupes, ¿y a ti qué te ha pasado?

—He saltado para encestar y, cuando he ido a tocar el suelo, el tobillo me ha dado un chasquido y he flipado en colores. Creo que es un esguince de los buenos.

—Espero que no sea tan grave como lo pintas.

—He tenido varios esguinces, sé de lo que hablo.

De repente la puerta de la consulta se abrió y salió un chico con un vendaje en la cabeza.

—Siguiente, por favor.

—Me toca, ya nos vemos y que no sea nada lo del pie —me despedí amablemente.

—Gracias, tú mejórate de la cabeza y, de nuevo, lo siento.

—No te preocupes, soy dura como un roble.

—Me alegra saberlo. Por cierto, soy Nicolás, pero todos me llaman Nico.

—Yo Laura y todos me llaman Laura —dije sonriendo como una tonta.

—Encantado, nos vemos por aquí.

Pasé a la consulta y me senté en la silla, le expliqué al médico lo ocurrido. Me exploró y me dio una pastilla. Pasados unos diez minutos, salí y pasó Nicolás despidiéndose de mí una vez más.

Aquel morenazo me había alegrado el día con el balonazo y con aquella pequeña charla. A pesar de ser el más chulo del instituto, parecía un chico

bastante majo, atento, interesante, además de guapísimo; y así podría seguir varias páginas...

Capítulo 2

Ya era casi Navidad y en nuestro instituto se estaba preparando una fiesta con baile incluido. Era como en las películas, todas las chicas estaban histéricas por encontrar pareja e ir tremendamente guapas. Sin embargo, yo era diferente a todas las demás, no me gustaba destacar por encima de nadie, no me gustaban los eventos donde todo el mundo se fijaba en ti por tu pelo, tu forma de vestir o por el chico que te acompañase.

Lo hablé con Vane y las dos decidimos que iríamos a aquella fiesta sin pareja, solo nosotras, a pasarlo en grande y, si nos aburríamos, cogeríamos el autobús de vuelta a nuestras casas y allí seguiríamos con la celebración o lo que se terciase.

En los pueblos se llevaba mucho aquello de los bailes con cada época del año. Y, como he dicho anteriormente, a mí aquello no me gustaba nada de nada, era bastante tímida, detestaba que nadie me mirase, que nadie tuviese nada que hablar de mí al día siguiente. En definitiva, prefería estar sola en casa que hacer el ridículo delante de gente a la que seguiría viendo día tras día.

Vivíamos en Sigüenza, situada en la provincia de Guadalajara, en el alto valle del río Henares, también conocido como el valle de Sigüenza. Se decía que el valle cumplió una gran función defensiva durante la Edad Media. Era un pueblo donde destacaba la naturaleza por sus robles, sus encinas y sus grandes masas de pinos, también conocidos como pino rodeno. No sé por qué razón mi madre lo contaba siempre y se me quedó grabado así. Parecía sacado de la enciclopedia.

Una semana antes de la dichosa fiesta todos estábamos como locos estudiando, teníamos los últimos exámenes y más histéricas no podíamos estar. Íbamos de casa al instituto, del instituto a la biblioteca y de la biblioteca a casa y, así, día tras día.

¡¡¡Qué ganas de acabarrrrrrrrrr!!!

El último día de clase, mientras todas las del grupo estábamos estudiando en el recreo para el último examen, en el famoso banco de siempre, se acercó Nico hacia nosotras y nos quedamos mirando como tontas.

—Hola, chicas, ¿qué tal?

—Hola, ya ves, aquí estudiando a tope, ¿y tú? —respondí aparentemente sin ponerme nerviosa. Todas se me quedaron mirando. No pensaban que yo fuese a hablar primero. Pero es cierto que no le había contado a ninguna nuestro encontronazo en la sala de enfermería. Y que alguna que otra vez, por los pasillos, nos mirábamos y nos saludábamos.

—Jugando un poco, terminamos ayer los exámenes así que ya somos libres.

—¡Qué suerte! A nosotras nos quedan dos todavía. No nos da la vida para más. ¡Qué ganas de vacaciones!

—Ya imagino, nadie dijo que el instituto fuera fácil.

—Y que lo digas, Nico.

—¿Podemos hablar un segundo? —me pidió.

—Sí, claro. Ahora vengo, chicas. —Me miraban todas asombradas. Y mi sonrisa en aquel momento era enorme. Me sentía radiante e importante por primera vez en mi vida. No sabía qué me pasaba, pero creí que aquel chico de ojos claros me gustaba. Me gustaba mucho.

—Dime, Nico.

—Verás, a lo mejor te sorprende mi propuesta, pero... ¿te gustaría venir conmigo a la fiesta de mañana?

—¿Contigo? ¿Mañana? ¿Por qué yo?

—¡Dios santo!, qué de preguntas. Sí, contigo. Sí, mañana. ¿Y por qué tú? Porque me apetece conocerte y te debo una por el balonazo.

—Porque te apetezca conocerme, perfecto; pero eso de que me debes una por el balonazo no me gusta nada, no quiero que alguien me invite por esas cosas o por compromiso. No me debes nada, de hecho, no fuiste tú, fue uno de tus amigos.

—Sí, tienes razón, tal vez haya sonado mal y parece que te esté invitando por compromiso, pero no es así, lo juro. —Subió la mano y se la puso en el pecho.

—No te preocupes, pero, sinceramente, no sé qué hace el chico más popular invitándome a mí a la fiesta cuando tendrás a millones de chicas a tus pies.

—Laura, por favor, no digas tonterías, no tengo a millones de chicas, además, aunque así fuera, yo quiero ir a esa maldita fiesta contigo. Pero veo que estás poniendo muchas pegas. Será mejor que me vaya.

—Espera, que yo no he dicho que no vaya a ir contigo. —Lo agarré del brazo.

—Sinceramente, lo parece...

—Lo siento, tal vez no estoy acostumbrada a estas cosas, soy una chica algo

insegura y no entiendo, como te he dicho antes, que tú me puedas invitar a la fiesta.

—Pues así es, me apetece ir contigo y conocerte, además, ya he visto que vivimos muy cerca el uno del otro, ¿y quién mejor que yo para traerte a la fiesta y luego dejarte en casa sana y salva?

—No se hable más. Voy contigo a esa «maldita fiesta» que, por lo que veo, a ti tampoco te gusta mucho...

—Si te soy sincero, no mucho, y el año pasado ni vine, así que, por favor, te ruego que me acompañes. No me dejes solo en un evento así, como me has dicho, el chico más popular del instituto tiene que destacar yendo con la chica más guapa —declaró mientras se acariciaba el pelo a cámara lenta.

—Me has convencido, ¿pasas a buscarme o quedamos aquí?

—Por favor, soy un caballero. Paso por tu casa a eso de las ocho. Así tus padres me ponen cara.

—Eso te aseguro que no hace falta. Mi madre sabe que yo soy responsable y que no me voy con cualquiera.

—Gracias por el cumplido.

—A ti por la invitación. Ahora me voy a seguir estudiando un rato. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, Laura.

Aquella última frase me hizo sentir un cosquilleo por todo el cuerpo. Mi nombre en su boca sonaba tan bonito que casi me caigo al suelo de los nervios que llevaba acumulados desde la primera palabra de aquella tímida e interesante conversación.

—Pero, pero, pero buenoooo... ¿Me puedes contar qué acaba de ocurrir ahora mismo con ese *pivonazo*?

—Vaya, ¿hoy no me das un *pescozón*? —le pregunté con cierto retintín a Noe.

—No seas idiota, venga, cuéntanos, estamos ansiosas.

—Seréis cotillas —protestó Vane guiñándome un ojo.

—Me ha invitado a ir con él a la fiesta de mañana. Pero acabo de caer en que le he dicho que sí y ya había quedado contigo, Vane.

—Anda, ya ves tú, vete con ese tío y pásalo en grande. Prefiero quedarme en el bar trabajando y me saco un sueldo extra. Sabes que tampoco era mi ilusión ir, así que disfruta y pásalo bien.

—Gracias, muchas gracias. Pero me sabe mal, en serio.

—Que no seas tonta, ve con él a esa maldita fiesta y luego me llamas y me

cuentas todo, ¿de acuerdo?

—Vale, así será, titi. —Fui hacia ella y le di un abrazo.

En ese momento sonó el timbre que indicaba que el recreo había terminado y yo no había podido dar el último repaso entre tanta conversación. Subimos todos a clase corriendo como si de una manada de elefantes se tratase, ya que no queríamos perder ni un segundo de examen.

Al terminar la prueba, como siempre, nos reuníamos todos e íbamos intercambiando las preguntas con sus respuestas y nos poníamos histéricos, pensando que todo lo que habíamos hecho estaba horriblemente mal.

Aquel día fatídico había acabado y yo estaba contenta. Los dos exámenes de aquella mañana me habían salido medianamente bien, las clases ya habían acabado y además estaba invitada a la fiesta de Navidad del instituto a la cual acudiría con el chico más popular. Me sentía bien. Estaba feliz. Nadie podía estropear aquel momento. Aquel día que se quedaría para siempre en mi memoria.

Capítulo 3

Eran las siete de la tarde, acababa de salir de la ducha y mi madre estaba esperándome ansiosa en el salón. Estaba contenta y orgullosa porque había aprobado todas las asignaturas con buena nota. Encima, tenía mi primera «cita» con un chico al que le había confesado que me parecía encantador y muy guapo.

—Mamá, ahora viene mi dilema. ¿Qué me pongo? ¿Este o este? —Le señalé un vestido rojo y otro negro.

—Hija, sinceramente, los dos te quedan estupendamente, pero me gusta, y es más elegante, el negro.

—Gracias, mami —le dije sonriendo como una tonta y me fui corriendo a la habitación para seguir arreglándome.

Estaba a punto de acabar cuando sonó el timbre de casa. Mi corazón empezó a latir con fuerza, estaba muy nerviosa, pero a la vez encantada de compartir aquel momento y aquella noche con alguien que sin apenas conocerle me hacía sentir bien. ¿Sería ese sentimiento amor?

Desde el cuarto de baño oí cómo Nico saludaba a mi madre.

—Encantado de conocerla, señora.

—El placer es mío, muchacho. Y, por favor, no me llames de usted que me haces mayor. Llámame Patro.

—Es la costumbre.

—Pasa, por favor, no te quedes ahí. Laura no tardará en bajar.

—Muchas gracias.

Respiré hondo, cogí mi bolso y bajé hacia el salón. Allí estaba él con un traje negro precioso, una camisa blanca ajustada con la que se le marcaban los abdominales y una corbata negra.

—Hola, Nico, ¡qué guapo estás!

—Hola, Laura, lo mismo te digo, pareces una princesa de cuento.

—Vaya, gracias. —Me puse roja como un tomate y más porque estaba delante de mi madre.

—Hija, qué razón tenías, es un chico muy guapo y encantador.

—Mamááááá, por favor... —le recriminé gritando y me puse aún más roja —. Vámonos ya, Nico, o llegaremos tarde. —«O si no creo que mataré a mi

madre...», pensé.

—Ha sido un placer, Patro. Espero verte pronto.

—Esta es tu casa, muchachote.

Me despedí de mi madre y nos fuimos. Nos montamos en el coche que le habían dejado sus padres. Nico tenía dieciocho años, por lo que se acababa de sacar el carné de conducir y aún no tenía vehículo propio.

Estaba estudiando primero de bachillerato y pronto se pondría a trabajar para sacarse un dinerillo y poder pagarse sus cosas, pero sin dejar de estudiar. Quería ser arquitecto y le quedaban años muy duros.

—Con que le has dicho a tu madre de que soy un chico guapo y encantador...

—Sí, bueno, no he mentado, ¿no?

—Eso tienes que verlo tú misma. Yo me considero un chico bastante normal.

—Tienes a todas las chicas loquitas por tus huesos.

—Tampoco es para tanto. —Se carcajeó.

Una vez aparcado el coche entramos por la puerta del gimnasio donde se había preparado la fiesta. De repente, se hizo un silencio sepulcral, todas las miradas eran para nosotros dos.

—Vaya, Laura, no sabía que eras tan popular como para hacer callar a todo el instituto.

—Qué tonto eres —le dije dándole un manotazo en el brazo—. Sabes que todo esto es por ti y porque nadie entiende que, con todas las chicas guapas que puedes tener a tu lado, hayas venido aquí conmigo. Más bien se han callado porque seré el bicho raro y el hazmerreír de todos mañana.

—No digas chorradas, Laura, eres una chica preciosa, no vuelvas a decir esas cosas. Si he decidido venir aquí contigo es porque me gustas y quiero conocerte. Me da igual lo que piense la gente. Así que vamos a disfrutar de la noche y, como diría mi señor padre, a vivir que son dos días.

—Muchas gracias por los cumplidos. Espero que podamos disfrutar de esta noche que promete ser muy intensa.

No daba crédito a todo lo que me decía Nico. Y, menos, a cómo me comportaba yo. No era una mosquita muerta, ya que había estado con algún que otro chico, pero con él me salían las palabras exactas, todo lo que quería decir y no me callaba nada. Me daba confianza y eso era muy importante para mí.

Estuvimos bailando todo el grupo juntos, tanto sus amigos y mis amigas con

las respectivas parejas. Bebimos refrescos y comimos mucha comida basura.

A eso de las doce de la noche miré el reloj y Nico se me acercó y me dijo que ya era hora de devolverme a mi casa, sana y salva, como me había prometido.

—Muchas gracias por esta noche tan maravillosa. Lo he pasado genial.

—Gracias a ti, Laura. Jamás pensé que podrías ser tan estupenda. Espero que podamos volver a repetirlo pronto. Me gustaría conocerte más. ¿Me dejarías tu número para llamarte?

—Claro, espera que te lo apunto en un papel. Pero con una condición...

—Dime.

—Que tú también me des el tuyo.

—Trato hecho.

Nos intercambiamos los teléfonos en un papel, nos montamos en el coche y seguimos hablando de la fiesta y de lo bien que nos lo habíamos pasado todos juntos. Sus amigos también parecían encantadores, pero él..., él era tremendamente maravilloso. Jamás pensé que yo podría estar tan cerca del chico más popular y guapo de todo Sigüenza.

Cuando llegamos a casa, y antes de bajar del coche, Nico me miró y me dijo:

—Laura, quiero hacer algo, pero tal vez te parezca una locura.

—¿Algo como qué?

—Como esto. —Se quitó el cinturón, se acercó lentamente hacia mí y me besó en los labios. Fue un beso corto, pero intenso—. Lo siento, pero tenía ganas de hacerlo desde que te vi aparecer en el salón de tu casa. No quiero que te pienses nada raro ni eso que creen todas las chicas de que es para llevarlas a la cama. Solo quiero que nos conozcamos y ya el tiempo dirá. Sin embargo, necesitaba hacer esto porque me gustas, me gustas mucho.

—Gracias por la explicación, pero yo no he dicho nada aún.

—Sí, perdona, creo que, por primera vez en mi vida, estoy nervioso con una chica.

—No sé cómo tomarme eso, pero quiero que sepas que me ha encantado el beso y también me encantas tú. Tengo dieciséis, en un par de meses diecisiete, pero me considero bastante madura y te puedo asegurar que yo también estoy nerviosa por todo esto que está ocurriendo. Sin embargo, como decía mi padre, que en paz descansa, hay que vivir el momento. No te niego que todo esto me está descuadrando porque no pensé que alguien como tú se fijase en mí. Quiero pensar que eres un buen chico y no me vas a hacer daño riéndote de

mí y tampoco quiero que mañana todo el mundo me mire y diga: «mira, por ahí va la ingenua que se creyó que podía tener algo con Nico». Ya me entiendes...

—Gracias por ser tan sincera. Pero te aseguro y te digo de corazón que nadie va a decir eso porque, como he dicho antes, me gustas y quiero conocerte mejor y que, en un futuro no muy lejano, podamos ser pareja. Y, si tengo que venir a pedirle permiso a tu madre, lo haré. Pero escúchame una cosa.

—Soy toda oídos.

—No quiero que vuelvas a decirme que estoy contigo para hacerte daño, para que la gente se ría o por interés. Jamás estaría con alguien por algo así, ¿de acuerdo? Me han dado una buena educación y, tanto mi madre como mi padre, me han enseñado a tratar bastante bien a las personas y, en este caso, a las mujeres.

—De acuerdo, Nico, no volveré a decir algo así. Pero entiende que con la fama que tienes tenga miedo a que me hagan daño. Y creo que ya tenemos una edad como para decirnos las cosas a la cara y ser sinceros el uno con el otro. Qué mejor que desde el principio antes de que todo vaya a más.

—Estoy de acuerdo contigo, por eso te digo que jamás vuelvas a pensar algo así de mí.

—Estupendo. Y, ahora que ya hemos aclarado todo, será mejor que me meta ya en casa si no queremos que mi madre llame a la Guardia Civil.

—Será lo mejor. Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Nico. Gracias de nuevo.

Cuando llegué a casa mi madre estaba esperándome en el sofá viendo la tele. Le di un beso, le conté que la fiesta había estado muy bien y poco más. Era mejor que lo de Nico me lo guardase para más adelante.

Capítulo 4

Durante las Navidades pasamos mucho tiempo juntos, nos íbamos conociendo cada día un poco más. Hablábamos de nuestras familias, de los estudios, de lo que queríamos ser de mayores, de nuestros amigos...

Después de Año Nuevo le conté a mi madre que había empezado una relación con Nico y le encantó la idea. Aunque nadie me quitó la típica charla de madre e hija. Lo invitamos a comer y parecía que se conocían de toda la vida de lo bien que se entendían.

Una noche, cuando terminamos de cenar en casa de mi madre, nos fuimos a la parte de atrás, nos tumbamos en el jardín encima de una manta que habíamos colocado, muy abrigados para no congelarnos.

—Oye, Laura, una pregunta...

—Que sea facilita, por favor.

—Supongo que sí, ¿a qué tienes miedo?

—¿Cómo que ha qué tengo miedo?

—Sí, todo el mundo tiene miedo a algo en la vida.

—Ya entiendo tu pregunta. Con esto de que estamos de vacaciones estoy algo espesa. Pues te vas a reír; pero, a pesar de que voy a cumplir los diecisiete años y me queda toda una vida por delante, tengo miedo a la muerte.

—¿Por qué?

—Sencillamente tengo tantas ganas de vivir, de comerme el mundo, de disfrutar cada momento, disfrutar de la gente que está a mi lado. Cuando pienso que algún día ya no estaremos aquí, que nos tenemos que morir sí o sí, me entran los siete males. De hecho, cuando pienso en eso, que sobre todo me pasa cuando estoy ya metida en la cama, me da mucha ansiedad, siento que me falta el aire y tengo que saltar de la cama, respirar hondo y andar, andar deprisa para que se me olvide y pueda tranquilizarme. Me dan unas taquicardias horribles. Y, aunque sea un instante, se pasa verdaderamente mal.

—Vaya, qué cosa más rara. Yo pienso en la muerte, pero no me llegan a dar esos arrebatos. Tiene que ser frustrante ver que te va a dar el jamacuco y no poder hacer nada...

—Y que lo digas, además, sabes que te viene y, por más que le mandas a tu cabeza a cambiar de tema e intentar pensar en otra cosa para que no pase eso,

no hay forma. Pasa.

—Ahora que me cuentas esto, me encantaría estar contigo esas noches para poder ayudarte y consolarte.

—Mira que eres bonito, Nico. Pero, tranquilo, está controlado o eso creo. Y ahora te toca a ti, ¿a qué tienes miedo?

—¿Yo?! Yo a día de hoy tengo miedo de perderte.

—No, dímelo, en serio.

—Te lo digo llorando si quieres, pero tengo miedo de perderte, te lo prometo. Me siento muy bien contigo, compartiendo estas conversaciones, disfruto de tu compañía, de la compañía de tu madre, me encantan tus besos, tus abrazos, tu sonrisa, la simpatía que desprendes y la calma que me das. A día de hoy no le puedo pedir más a la vida. Tengo todo lo que quiero.

—¿Sabes, Nico?

—Dime, princesa.

—Nunca pensé que le diría esto a un chico que solo hace unos quince días que salimos, pero tengo que decirte que te quiero y que yo tampoco quiero perderte por nada del mundo.

—¿En serio he escuchado un «te quiero» de tu boca? Y yo reprimiéndome para que no te asustaras y salieras corriendo, yo también te quiero, Lau.

—Qué bonito suena ese Lau cuando sale de tu boca.

Y fue entonces cuando Nico se puso encima de mí lentamente, nos miramos fijamente a los ojos y nos besamos apasionadamente. Así estuvimos un buen rato hasta que se oyó la puerta de la verja y Nico se levantó rápidamente dándome la mano para ayudarme a mí. Recogimos la manta y fuimos dentro de la casa. Mi madre acababa de llegar y era hora de que Nico se marchara a su casa.

—Hasta mañana, preciosa. Descansa mucho. Y, ahora que me has contado tu miedo, si te vuelve a pasar, llámame, y yo intentare ayudarte o me presento aquí en «cero coma».

—Vale. Lo tendré en cuenta. Ten cuidado. —Nos volvimos a besar a escondidas de mi madre porque nos daba vergüenza y se marchó en la oscuridad de la noche.

Capítulo 5

Cuando volvimos de las vacaciones de Navidad todo el mundo estaba asombrado de que Nico y yo estuviéramos juntos. No dejaban de cuchichear entre unos y otros. Nosotros no escondíamos nuestro amor por nada ni por nadie y estábamos muy felices.

Mis amigas me echaron en cara que casi no había pasado tiempo con ellas en Navidad, pero les expliqué lo ocurrido, ya que lo había tenido en secreto, excepto con Vanesa, y lo entendieron a la perfección.

Los siguientes días pasaron muy rápido y empezaba de nuevo la época de exámenes, por lo que Nico y yo tuvimos que dejar de quedar continuamente y nos centramos en los estudios. Nuestras madres no perdonarían un suspenso por culpa de nuestra relación y, si así fuese, no nos dejarían vernos hasta que acabase el curso, y eso no lo podíamos permitir ninguno de los dos. Aunque hablábamos todas las noches por teléfono y nos veíamos en algún recreo nos echábamos mucho de menos.

Llegó la Semana Santa y todo nuestro grupo de amigos habíamos aprobado todas, nos pasamos noches enteras estudiando para pasar unas vacaciones en casa de Nico. Sus padres se habían ido a la casa que tenían en Asturias.

Organizamos alguna que otra excursión por el campo, dormimos en sacos, hicimos fogatas, contamos historias de miedo, nos bañamos en diferentes ríos y se hizo alguna que otra pareja entre los amigos de Nico y mis amigas.

La última noche se fueron todos a sus respectivas casas y nos quedamos solos Nico y yo.

—Qué ganas tenía de quedarme a solas contigo —le murmuré cuando me abrazó por la espalda.

—Yo también tenía muchas ganas de esta noche y de lo que nos espera mañana. —Sonrió pícaro.

—¿Qué nos espera mañana?

—Ya lo verás, cotilla.

—Pero si mañana tengo que salir por patas antes de que vengan tus padres —protesté con un mohín, porque no me apetecía irme de su lado.

—Esa es una de las sorpresas, mis padres hasta el lunes no vienen, por lo que podemos pasar el día juntos y por la noche te dejo en tu casa.

—Me encanta la idea. Qué callado te lo tenías. —Sonreí feliz.

—Quería celebrar tus diecisiete como se merece.

—Todavía queda una semana para mi cumple.

—Es cierto, pero para el fin de semana que viene ya no podremos estar solos.

Aquella noche hicimos unas pizzas, pusimos una película y nos tumbamos en el sofá abrazados bajo una manta.

Una vez terminamos aquella película romántica, y con los sentimientos a flor de piel, nos empezamos a besar apasionadamente. Noté cómo la entrepierna de Nico se hacía cada vez más grande y sentí unas ganas tremendas de acostarme con él. Metió su mano bajo mi camiseta acariciándome con delicadeza los pechos. Mis pelos se erizaban cada vez más y me daban escalofríos por todo el cuerpo.

—Me encantas, Lau. Te amo con locura.

—Yo a ti también, Nico, eres un chico increíble.

—Será mejor que lo dejemos aquí, si no, no podré parar.

—¿Y por qué tienes que parar?

—No quiero hacer nada que pueda hacerte daño o que no quieras hacer aún. Quiero hacerlo contigo cuando estés preparada.

—¿Quién te ha dicho que no estoy preparada?

—No sé, tú desde luego no me has dicho lo contrario. Y no quiero hacer nada que pueda hacerte sentir mal.

—Estoy preparada, Nico, y con quién mejor que contigo... No te niego que estoy acojonada, pero quiero que sea contigo, aquí y ahora.

—Te quiero, te amo y te adoro, mi querida Lau. —Me siguió besando y tocando. Sus manos eran suaves, su aroma a hombre me estaba poniendo a cien —. ¿Estás totalmente segura?

—Sí, nunca he estado tan segura de algo en mi vida.

Continuamos con besos en la boca, besos por el cuello que me ponían cada vez más y me tocaba mucho en mi punto débil que era en la parte baja de la espalda, mientras con la otra mano me acariciaba la cara, los muslos y cualquier otra parte que estuviese a su alcance. Yo no tenía miedo a llegar hasta el final. Me había encontrado en esa situación en otra ocasión con el anterior chico con el que estuve, pero no habíamos pasado de preliminares, ya que no era el chico con el que quería perder mi virginidad. Pero con Nico era diferente. Me sentía la mujer más afortunada del mundo a su lado, y él era el hombre con el que quería pasar el resto de mi vida y con el que quería hacerlo

todo.

Nos desnudamos lentamente entre besos. Noté cómo sus dedos tocaban mi húmeda entrepierna, me los fue metiendo poco a poco preparándome para la penetración. Nuestras respiraciones eran agitadas y, a pesar de estar histérica por si no estaba a la altura y se arrepentía de estar conmigo, estaba deseando que me hiciese suya y sentir la explosión de sentimientos que tanto me habían explicado mis amigas meses atrás.

—¿Estás preparada, mi amor?

—Sí... —murmuré sin poder articular más palabras.

Y fue ahí cuando sentí su pene entre mis piernas y lentamente fue penetrándome hasta estar totalmente dentro de mí. Di un gemido fuerte porque me había dolido, pero a la vez estaba deseosa de sentir más y más. Noté cómo algo chorreaba por mis piernas, pero sabía que podía ser la sangre que significaba que por fin había perdido la virginidad y me había convertido en mujer con el chico más estupendo del mundo.

—¿Estás bien?

—Sí, sigue, por favor, no pares.

Y así, sin más, llegamos al éxtasis entre los dos. Nico se quedó encima de mí, mirándome a los ojos con la respiración aún agitada.

—Me quedaría así toda la vida. Ha sido fantástico, Lau.

—¿Me lo dices en serio?! Estaba asustada, pensé que no estaría a la altura para ti, ya que no lo había hecho nunca.

—No seas boba, ha sido genial. Y lo haría una y otra vez. ¿Cómo estás?

—Me siento bien, dolorida, pero bien. Ha sido una experiencia digna de recordar toda la vida. Ahora mismo estoy tan feliz que no te lo puedo ni explicar. Estoy frenética, pletórica...

—Ya, ya, para, por favor, ni que fuese una fiera en la cama... Además, seguro que lo pruebas con otros y yo me quedo a la altura del betún.

—No digas chorradas, Nico. Además, no quiero probarlo con nadie más. Ha sido genial, te lo juro y, a partir de ahora, serás mi fiera. Muchas gracias por ser como eres y por cuidarme tanto.

—Gracias a ti, soy el chico más afortunado del mundo.

Pasamos el resto de la noche hablando y haciendo el amor en su cama. Y lo mismo parte del domingo. Hasta que llegó la hora de irme a mi casa. No teníamos ganas de separarnos ni un segundo. Pero, por desgracia, yo era menor de edad y todavía nos quedaban años de estudio para poder irnos a vivir juntos, pues, aunque era pronto aún, ya habíamos tenido esa conversación.

Capítulo 6

Pasaban los meses, los años y Nico y yo cada día estábamos más enamorados.

Nico había terminado la carrera y se había colocado en una buena empresa en el centro de Guadalajara. Le habían ofrecido irse a Chicago para un proyecto muy interesante, pero lo rechazó porque no quería separarse de mí. Yo me sentí muy mal. Le pedí por activa y por pasiva que se fuera, no quería que el día de mañana me lo echase en cara. Pero él no quiso. Para entonces le propusieron trabajar en un despacho pequeño, pero muy productivo. Lo aceptó sin ninguna duda. Ganaba unos mil quinientos euros mensuales, por lo que alquiló un apartamento cerca de la oficina. Yo iba todos los fines de semana. Con el dinero que me ganaba sirviendo meriendas en una cafetería me pude comprar un coche de segunda mano.

Un año más tarde acabé mi carrera de Empresariales y busqué trabajo en infinidad de sitios, hasta que una mañana me llamaron de un concesionario de coches para llevar el Departamento de Contabilidad. Acepté encantada y, como también estaba en el centro de Guadalajara, me mudé a casa de Nico. Me dolió mucho dejar a mi madre sola, aunque ella lo entendió y supo que había llegado el momento de vivir mi vida.

Una noche de sábado habíamos quedado con mi madre para cenar en uno de los restaurantes que estaba más de moda en Sigüenza, llamado el Doncel, pertenecía al restaurante de un hotel muy acogedor.

—Ahora que vamos a empezar con el postre, me gustaría deciros una cosa. Bueno, más bien a ti, Lau.

—Dime, cariño. Somos toda oídos. —En aquel momento Nico se metió la mano dentro del bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita, seguidamente se levantó de la silla, se puso frente a mí, plantó una rodilla en el suelo y me pidió que me casara con él.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó mi madre boquiabierta y, a la vez, encantada.

—Qué me dices, ¿aceptas o no?

—Sí, sí y mil veces sí. Acepto, cariño. —Todo el restaurante aplaudió y yo me abalancé sobre él para darle un sonoro beso—. No me sueltes ahora que

debo estar roja como un tomate que me muero de la vergüenza.

—No digas tonterías, cielo. Además, así ve todo el mundo lo preciosa que eres y que, a partir de ahora, serás la señora García.

Cuando terminamos la cena, dejamos a mi madre en casa y nos fuimos a la nuestra. Teníamos muchas cosas de las que hablar. Aunque una cosa llevó a la otra y estuvimos toda la noche haciendo el amor sin descanso. Éramos la pareja más feliz y envidiable de todo Guadalajara y del mundo entero.

Durante los siguientes días elegimos fecha para la boda, la cual tendría lugar el segundo fin de semana de mayo y nos casaríamos en la Parroquia de San Ginés, al sur del casco antiguo de Guadalajara, donde se hallaba la plaza de Santo Domingo, en el centro de la ciudad.

Era una Iglesia por la que habíamos pasado cientos de veces y siempre fantaseábamos diciendo que allí nos casaríamos.

Quedaban solo dos meses para el enlace y estábamos a tope con los preparativos. Mandé la invitación también a mi amiga Vane, la cual había dejado todo para buscarse la vida en Londres, cuando unos años atrás su madre murió por culpa de una sobredosis. Me dolió mucho su partida, pero entendí que quería olvidarse de todo lo vivido en el pueblo.

Pasados unos días, me llamó y me dijo que era imposible que fuera a la boda, no me dio muchas explicaciones y, con todo el dolor de mi corazón, lo acepté sin reproches. Durante esos dos meses la llamé y no pude contactar con ella ni me devolvía las llamadas. Parecía que se la había tragado la tierra. Me afectó mucho, era un apoyo importante para mí, pero por nada del mundo dejé que aquel contratiempo estropease mi boda. Si ella había decidido olvidarse de mí, nada podía hacer. Aunque era cierto que en muchos momentos lloraba su ausencia. Añorando sus palabras, sus abrazos y su manera de decirme que me quería.



Llegó el día del enlace, el padre de Nico era el padrino y, mi madre, la madrina, la cual llevaba llorando desde la noche anterior, estaba muy emocionada y orgullosa, además de acordarse mucho de mi padre. Le dolía en el alma que no estuviese en ese día con nosotras y sobre todo que no pudiese acompañarme al altar.

Cuando llegué al altar y vi a Nico, supe que siempre estaríamos juntos. Vi lágrimas en sus ojos, su sonrisa tan peculiar y ese olor que me volvía loca.

Fue una ceremonia corta, pero muy emocionante. Mi madre recitó unas palabras y seguidamente una prima de Nico. Al finalizar en la iglesia nos fuimos al banquete. Allí los invitados tomaban el cóctel mientras nosotros seguíamos haciéndonos millones de fotos.

La comida fue sencilla, pero estaba muy buena. Consumé, carne o pescado y de postre tarta y helado.

Después abrimos el baile con un vals y, más tarde, junto a todos los invitados; bailamos, saltamos y reímos hasta altas horas de la noche.

Cuando terminó todo y los invitados se fueron a sus casas, nos fuimos en un taxi a la nuestra. Hicimos el amor hasta pasadas las nueve de la mañana. Desayunamos en la cama y seguidamente caímos agotados.

Al día siguiente nos fuimos de viaje de luna de miel a Roma, Venecia y Florencia. Fue un viaje precioso, pero volvimos más cansados de lo que nos fuimos.

Las siguientes semanas pasaron rápido y estuvimos dedicados al trabajo que teníamos atrasado después de tantos días de viaje. Cuando llegábamos a casa nos hacíamos cualquier cosa de cenar y nos íbamos a dormir tan ricamente.

Fue un año duro, con muchísimo trabajo. Pero, a pesar de todo, nuestro matrimonio iba viento en popa.

—Cariño, tengo que hablar contigo. Siéntate por favor.

—No me asustes, ¿qué pasa?

—No te preocupes, es algo bueno para los dos o eso creo —le confesé con una tímida sonrisa.

—Dime entonces, preciosa.

—Verás..., ¿cómo decírtelo...? —Me temblaban las manos y el corazón latía con fuerza.

—Lau, por favor...

—¡Vas a ser papá!

—No me jodas, ¿en serio? ¿Estás segura?

—Tan segura como que me llamo Laura.

—¡Qué alegría, cielo!, qué noticia más fantástica. —Se abalanzó sobre mí para abrazarme y besuquearme—. ¿De cuánto estás?

—Debo estar de unos dos meses, de ahí mis cambios de humor y el malestar.

—¿Tanto? ¿Y no te habías dado cuenta antes?

—La verdad es que con todo el estrés del trabajo pensé que por eso no me

bajaba la regla, pero ya este mes me he asustado y me he hecho la prueba y, *voilà*, estoy embarazada.

—Qué feliz me siento, Lau. Jamás pensé que terminaría este día de mierda así de contento.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, un proyecto que teníamos que al final no nos lo han dado en el despacho y se ha ido todo al traste.

—Vaya, cuánto lo siento. Otro saldrá pronto, ya lo verás.

—Sí, no te preocupes. Ahora vamos a cenar y a descorchar una botella de vino para celebrarlo, eso sí, tú solo una copita que ahora tienes que cuidarte más que nunca.

—Ahora no te pongas en plan padre protector, ¿eh?, que porque me beba alguna copa no le va a pasar nada.

—Con moderación, señorita, que eso que llevas ahí dentro es de los dos y no voy a permitir que nadie os haga daño.

—«Eso», como tú lo llamas, es nuestro hijo. —Me entró la risa.

—Qué mala eres. Tira para la cocina si no quieres que te tire en el sofá ahora mismo y te haga el amor hasta saciarme.

—¡Uy! Qué tentador... No me lo digas dos veces.



Pasaron los siete meses correspondientes y nació la pequeña Carla. Todos estábamos muy emocionados. La cuidaríamos y mimaríamos como a nadie. Era una niña rubia, con ojos claros, simpática y regordeta.

Cuando Carla cumplió dos años, tuvimos la desgracia de que Nico se quedó sin trabajo, pero gracias a mi sueldo, a su paro y a mi madre seguíamos adelante como podíamos. La hipoteca de la nueva casa se llevaba casi todo mi sueldo y nuestra vida iba a cambiar considerablemente.

Capítulo 7

Llevábamos varios meses en los que Nico ya no era el mismo. El no encontrar trabajo le estaba matando lentamente. No ayudaba en nada en la casa, iba del sofá a la cama y de la cama al sofá.

Mi madre venía de vez en cuando para echarme una mano con la niña y las tareas del hogar, ya que durante la mañana me mataba a trabajar. Además, había conseguido otro pequeño trabajo desde casa escribiendo artículos para el periódico de Sigüenza con el que sacar un dinero extra.

Nico se plantaba delante de la televisión desde que se levantaba hasta que se acostaba. Los primeros meses buscó incansablemente trabajo, pero no encontró nada. Había entrado en una pequeña depresión y todos intentábamos sacarlo de ese bucle, pero, cuanto más intentábamos hablar con él, más enfadado se ponía y no quería saber nada del mundo que lo rodeaba.

Una noche, cuando mi madre ya se había marchado y Carla dormía plácidamente, Nico me llamó desde el salón.

—Dime, cielo.

—Tráeme una cerveza, por favor, que estoy viendo el partido.

—¿En serio me llamas para eso...?

—Sí, claro, ¿no me has oído?

—Perfectamente, pero creo que tienes piernas para ir tú mismo a por ella. Yo no soy tu criada —le reproché enfadada.

—Te recuerdo que eres mi mujer.

—Eso no es motivo para que tenga que ser tu criada.

—Tráemela y déjate de tonterías, anda —Nico no hacía caso a mi enfado y seguía insistiendo.

—Lo siento, Nico, pero me voy a meter a la ducha. Llevo todo el día trabajando, limpiando la casa junto con mi madre y cuidando de nuestra hija. Que, por si lo habías olvidado, es de los dos. Y tú llevas todo el día tocándote los hu..., mejor me callo que no tengo ganas de discutir.

—Eso es lo que me estás tocando a mí, los huevos, los cojones o como quieras llamarlo, porque solo te he pedido una puta cerveza para que me estés montando este pollo.

—Qué ganas tengo de que encuentres trabajo, a ver si te relajas y vuelves a

ser el Nico que eras, porque me tienes hasta los ovarios. Me voy a duchar, te espero en la cama.

—Vete a paseo, anda. Que te recuerdo que no me fui a Chicago por ti.

—Vaya..., sabía que algún día me lo echarías en cara. Te dije una y mil veces que te fueras, así que no me vengas con gilipolleces porque no me vas a hacer sentir mal con ese tema.

En aquel instante, Nico se levantó como un resorte del sofá y vino hacia mí con la cara roja como un tomate. Dio un puñetazo en la puerta en la que yo estaba apoyada con la mala suerte de que esta se echó para atrás y caí de culo contra el suelo.

—¿Se puede saber de qué coño vas? Estás loco...

—¡Me tienes hasta los cojones! —Se agachó hasta juntar su cara con la mía y me dio un bofetón dejándome los dedos marcados.

—No lo puedo creer, ¿de verdad has llegado a hacerme esto por no traerte una maldita cerveza? —Sollocé mientras las lágrimas empezaban a recorrer mi cara.

—Lo siento, lo siento mucho, cielo. No sé qué me ha pasado... Perdóname, por favor.

—Déjame, Nico, ahora no quiero hablar contigo.

—Lau, perdóname. Ha sido sin querer. Ese no era yo, perdóname...

Me fui corriendo hacia el baño, quería estar sola y meterme en la ducha. Me había quedado de piedra. Nico vino detrás de mí, pero eché el cerrojo y no lo dejé pasar. Por primera vez en mi vida tenía miedo. Mucho miedo. No me atrevía a enfrentarme a él. Necesitaba pensar y qué mejor forma que estando bajo el agua. Antes de nada, me miré en el espejo, tenía la cara roja y me ardía a rabiar.

Cuando salí de la ducha oí cómo sonaba la puerta de entrada de la casa. Nico se había marchado. No sabía si volvería y dónde habría ido. Por lo que me fui a la cama. Estaba agotada y me quedé dormida enseguida.

Me despertó un ruido a eso de las cinco de la mañana. Miré hacia el otro lado de la cama y Nico aún no estaba. Cogí una barra que había detrás de la puerta y fui hasta la entrada. Cuando llegué a la puerta de la casa allí estaba estampado en el suelo, borracho como una cuba. Sin decirle nada, lo dejé tirado allí, si se levantaba de esa guisa, se daría cuenta de lo que estaba haciendo y cómo le vería su hija por la mañana. Con suerte, a lo mejor se avergonzaría y espabilaría de una maldita vez.

Cuando desperté a Carla a eso de las siete y media de la mañana para

llevarla a la guardería, como era de esperar, Nico seguía allí tirado en el suelo.

—Mami, ¿qué hace papá en el suelo? ¿Está pachucho?

—No sé, hija, ve a despertarlo con un besito de esos que tanto le gustan y pregúntale. —Me sentía la peor madre del mundo, pero era la única forma que tenía de recuperar nuestra familia.

—Papi, papi, ¿estás pachucho? —Carla se abalanzó encima de él. Nico abrió los ojos y se encontró con aquella carita angelical, la besó en la frente e intentó levantarse.

—Buenos días, cielo, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿estás pachucho?

—Un poquito, hija, me duele la cabeza. Vamos a desayunar. —Se miró de arriba abajo y noté cómo sus ojos se empapaban de lágrimas y se sentía avergonzado. Su hija, su princesa, lo había visto tirado en el suelo apestando a alcohol y a vomito. Sin necesidad de que me lo dijera, supe que se sintió morir.

—Buenos días, Laura. ¿Cómo has dormido hoy? —Se inclinó para darme un beso, pero quité la cara. Se quedó mirando mi pómulo que seguía hinchado y algo amoratado. Se intentó disculpar con la mirada, pero no quería seguir con aquella maldita situación ni sentirme mal por no haber hecho nada malo, por lo que me levanté, dejé la taza en el fregadero y me fui a vestir.

—Cuida de Carla, me voy a vestir, espero que por lo menos esto sí lo hagas bien.

—Lau, cariño, yo...

—No digas nada, ahora no es el momento.

Mientras me vestía no podía dejar de llorar, cómo podía el hombre de mi vida, mi amor, mi todo... haber cambiado tanto por una mierda de trabajo. Y, lo peor de todo, cómo había sido capaz de ponerme la mano encima. Necesitaba hablar con alguien, pero desde que me había casado había perdido sin comérmelo ni bebérmelo a todas las amistades del instituto. Cada uno había hecho su vida y se habían ido del pueblo. Y Vane, mi mejor amiga, había desaparecido del mapa meses antes de la boda. La echaba mucho de menos.

Aquel día se me hizo eterno. No paraba de pensar en lo ocurrido la noche anterior. Nico me había llamado unas diez veces y no se lo cogí ninguna. Algo en mí me decía que debía darle un escarmiento y, de momento, esa era la única forma que tenía de poder hacerlo.

Por la tarde, a eso de las cinco, recogí a Carla y nos fuimos al parque, hacía

buen día y qué mejor que pasarlo con ella viéndola disfrutar. Aquella tarde había muchos niños, todos ellos jugaban o hablaban con sus madres. Fue un rato muy agradable y, a eso de las siete y media, nos fuimos a casa. Empezaba la ronda de baños, cenas y demás tareas del día a día.

Cuando llegamos estaba todo a oscuras, me pareció muy raro y entramos con sigilo. Antes de acceder del todo a la vivienda miré hacia todos los lados y no vi nada extraño. Pasamos y nos dirigimos por el pasillo directas a la habitación de Carla, para desnudarla y meterla en la bañera. Justamente, al pasar cerca del salón, una luz se encendió, dimos un salto del susto y me puse contra la pared.

—Ya era hora, ¿se puede saber dónde te metes? —preguntó sin que apenas pudiera entenderle. Estaba borracho de nuevo.

—Estábamos en el parque. Ahora voy a ducharla.

—¿Te parece bonito llegar a estas horas?

—La hora de siempre, Nico y, por favor, tengamos la fiesta en paz que está la niña delante y no quiero tonterías.

—¿Que no quieres tonterías? Serás zorra...

—¡Nicooooo! —espeté alzando la voz—. Está Carla delante.

En cuanto pronuncié aquellas palabras se levantó del sofá balanceándose como una peonza y se acercó hacia nosotras. Me cogió la cara y me dio un beso en los labios por la fuerza, ya que yo intenté quitarme, pero él lo impidió. Cogió a la niña en brazos y la besuqueó.

—Dame a la niña, tengo que bañarla.

—Te recuerdo que también es mi hija y puedo besarla o hacer lo que me dé la gana.

—Vaya, ¿cuando te da la gana es tu hija?

Nico, con el rostro desencajado, dejó rápidamente a Carla en el suelo, me empujó contra la pared, levantó el brazo con el puño cerrado y lo acercó a mi cara. Cerré los ojos con fuerza porque el puñetazo que me iba a estampar podía ser tremendo. Primeramente, intenté escabullirme de aquel acorralamiento, pero no hubo forma, me sujetó con fuerza y acercó más el puño. En mi pensamiento solo estaba la pequeña Carla.

—Carla, vete al baño y quitate las zapatillas, ahora va mamá a bañarse contigo.

—Papá, ¿qué haces? Mamá, «no gusta» ese juego.

Aquello hizo despertar de nuevo a Nico y me soltó. Se fue corriendo a la calle y yo suspiré aliviada.

Carla y yo nos fuimos al baño, tenía que seguir con las tereas de todos los días, las piernas aún me temblaban como si yo fuera la que estaba borracha. Casi no podía dar un paso. Estaba muy asustada y, lo peor, era que Carla se había dado cuenta de todo y no dejaba de hacer preguntas.

—Mami, ¿por qué se ha ido papá?

—Se ha acordado de que tenía que comprar unas cosas, ahora vendrá. Vamos a bañarnos y a cenar, ¿vale, princesa? —expliqué con paciencia intentando que no notara el temblor en mi voz.

—Sí, mami.

Una vez ya había acostado a la niña, Nico aún no había vuelto. Estuve un rato dando vueltas de un lado a otro del salón, pensando en mil cosas a la vez, llorando como una posesa y deseando salir corriendo y contárselo a mi madre. Pero esa posibilidad la borré de un plumazo de mi mente. Si le contaba aquello la mataría de un disgusto y ella ya estaba delicada de salud por el maldito cáncer que le habían detectado hacía un par de meses.

—No, Laura, no. A tu madre no vayas —me lamenté en voz alta.

Quería gritar, salir corriendo, desahogarme con alguien. Pero el sentimiento de madre me decía que debía estar allí con Carla pasase lo que pasase. Jamás la dejaría sola. Al igual que mi madre luchó para sacarme adelante cuando mi padre murió.

Pasadas las doce de la noche y, al ver que Nico seguía sin aparecer por casa, lo llamé al móvil, pero saltaba continuamente el contestador. Con todo el dolor de mi corazón y aún con las lágrimas resbalando por las mejillas, me fui a la cama. Había sido un día duro y agotador.

Capítulo 8

Había pasado una semana desde aquel fatídico y malentendido rifirrafe. Nico apenas había estado por casa. Por la mañana se ponía el traje y se iba diciendo que iba a buscar trabajo volviendo a altas horas de la noche.

Mi madre se había percatado de la situación y estaba algo preocupada por nosotras, pero yo no podía decirle realmente la verdad y mintiéndola, como no había hecho nunca en mi vida, le decía que se iba hacer algún trabajo de pintura o albañilería. Me ayudaba con la casa y con la pequeña Carla. Gracias a ella podía dedicarme a mi trabajo y por lo menos esas horas dejaba de pensar en él y en cómo había cambiado todo tan de repente. En apenas un tiempo, mi vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Cada día que pasaba me sentía más sola, no podía hablar de aquello con nadie, a pesar de todo, no quería que nadie mirase mal a Nico o pensase que era un auténtico capullo. Siempre que tenía un problema o algo me preocupaba, al primero que se lo contaba era a él, pero aquel adorable hombre había desaparecido, se había esfumado por completo. Estaba realmente asustada porque no sabía qué sería de nuestras vidas. Nico y yo ya no teníamos relaciones, ya no hablábamos, nunca estaba en casa y no cuidaba de su hija y, al fin y al cabo, era lo que más me dolía. Mi pequeña no tenía la culpa de nada y, aunque yo sabía que tampoco era mía, Carla no se merecía esos desprecios con su corta edad. Era su hija, ella lo quería y, además, era una niña encantadora y cariñosa.

Una mañana me paró un vecino por la calle y me preguntó si estaba bien, me veía cansada, agotada y muy demacrada. Siempre contestaba que estaba enferma, que la niña me había pegado el constipado, la gastroenteritis o lo primero que se me viniera a la cabeza. También me habían comentado que habían visto a Nico en un local de alterne saliendo a altas horas de la noche abrazado a una pelirroja. Y fue ahí cuando me quise morir, cuando quise desaparecer del mapa con mi madre y mi hija. Pero había un problema más grande aún, el maldito dinero, casi no tenía para comer como para irme y dejarlo allí tirado con sus pelirrojas, rubias o morenas.

Es cierto que cuando venía por las noches olía a alcohol y a perfumes que no eran precisamente ni el mío ni el suyo. Además, alguna vez había visto

pintalabios en algunas de sus camisas. No quería creerlo, me hacía demasiado la tonta, pero, ya cuando me lo decían los vecinos, no podía negar lo evidente.

Una noche, cuando ya había acostado a Carla y yo estaba a punto de ponerme a leer un rato, se abrió la puerta entrando por ella un borracho y demacrado Nico. Irreconocible.

—Ya estoy en casaaaaaa. —No contesté, no tenía ganas de hablar con él.

Se fue acercando poco a poco a donde yo estaba, se agachó hacia el sofá para darme un beso, pero quité la cara, con la mala suerte de que cayó encima de mí de lo ebrio que estaba. Apestaba a cerveza, a sudor y a saber a qué otras cosas...

—Oye, oye, no te aproveches de mí, que vengo muy cansado de trabajar. Aunque estás muy sexi, cachorrita mía.

—Déjate de tonterías y quítate de encima, no tengo ganas de fiesta y menos contigo. Apesta a alcohol y seguro que ya has estado con algunas de esas «cachorritas», como tú las llamas.

—¿Qué estás diciendo, zorra? Vengo de trabajar.

—Deja de insultarme de una maldita vez, estoy harta ya.

—Yo sí que estoy harto de que cada vez que llego a casa no quieras ni besarme. Tendré que desfogarme con otras, ya que mi mujercita no quiere nada conmigo. No será que estás viéndote con otro, ¿verdad?

—Qué gilipollecas llegas a decir. Aquí el único que se acuesta con otras eres tú. Nos has dejado abandonadas, ya no sé qué decirle a tu hija, se pasa los días preguntando por su padre. Pero debería decirle que estás con otras mujeres, que estás todo el día borracho y que no nos quieres. ¿Qué te está pasando, Nico? Tú no eras así, dijimos que para lo bueno y para lo malo, y tú, ante un problema que tiene solución, mira cómo te estás comportando. Cuando te conocí me dijiste que eras un caballero, que tus padres te habían enseñado a tratar bien a una mujer y, mírate, has llegado a pegarme, a empujarme... No sé qué hacer contigo ni conmigo. Yo te quiero mucho, pero echo de menos a mi Nico, a mi fiero... —Se quedó mirándome como un tonto, no articulaba palabra, pero en su rostro podía ver su arrepentimiento y a la vez su enfado.

—Tú eres la que has cambiado, la que nunca estaba en casa, te convertiste en una furcia que estabas con otros hombres en vez de venirte a casa con tu marido. Me cansé muchas tardes de esperarte, ¿y todo por qué? Porque eres una zorra.

—Te recuerdo que, si venía tan tarde, era porque me mataba a trabajar para poder llegar a fin de mes. Te aseguro y te juro por lo más sagrado que tengo en

la vida, que es mi hija, que no me he ido con otro hombre que no seas tú. —La rabia habló por mí sin poder mantenerme en silencio por más tiempo. ¿Por qué? ¿Dónde estaba aquel chico del que me enamoré perdidamente tantos años atrás?—. Y aquí, perdona que te corrija, las únicas zorras que hay son esas con las que te vas por las noches. Deja de insultarme de una maldita vez y baja la voz que al final despiertas a la niña.

Aquellas palabras no le debieron sentar nada bien, vi la furia en sus ojos y cómo se abalanzó sobre mí. Me cogió por los hombros para incorporarme. Seguidamente me levantó del sofá tirándome del pelo y me empotró contra la pared.

—¡Zorraaaaaaaaaa, zorraaaaaa y zorraaaaaa! Y grito lo que me da la ganaaaaaaaaaa, ¿lo ves?

—¡Cállate y suéltame, te lo pido por favor!

—Ahora me lo pides por favor, ¡una polla! Vas a venir conmigo, vamos a hacer el amor, y me vas a enseñar lo zorra que eres y lo que le haces a otros hombres en la cama.

—Nico, te repito una y mil veces que no he estado con otros hombres, te lo juro, pero suéltame ya, por favor, me estás haciendo daño.

Intenté zafarme de él y casi lo consigo, pero cuando eché a correr me puso la zancadilla y caí al suelo golpeándome la frente. Nico me levantó, me volvió a coger del pelo y me llevó a la habitación. La sangre me corría por la cara.

—Déjame ir al baño, ¿no ves que estoy sangrando?

—Me suda la polla, no te vas a mover de aquí. Si fueses una buena chica no te pasaría esto.

—Pero ¿qué narices te está pasando, Nico? ¡Mírame, joder! ¡¿Lo ves?! ¡¿Ves la sangre, los golpes?! Esto me lo estás haciendo tú.

—Cállate de una vez, desnúdate para mí y luego me haces la mejor mamada de tu vida.

—No voy a hacer nada de eso, voy a ir al baño a lavarme, después me voy a ir a la habitación de la niña para ver que está bien y me acostaré con ella. Lo mejor es que tú te quedes aquí. No quieras cometer más locuras, por favor. Déjame en paz por hoy que ya hemos tenido bastante.

De nuevo se enfureció, aleteaba la nariz como si de un búfalo se tratase. Vino corriendo hacia mí, me asusté e intenté encerrarme en el baño, pero no tuve suerte, le dio tiempo a meter una pierna entremedias y no pude cerrar la puerta. Me tiró al suelo, me dio alguna patada en las costillas, me cogió de los pelos y me arrastró por toda la habitación hasta llegar a la cama. Allí me

levantó, se bajó los pantalones y me obligó durante un buen rato a que le chupase el miembro y a que le tocara. Aunque no quería hacer nada no me quedaba otra opción. No podía dejar que siguiera golpeándome y arriesgarme a que me hiciera algo grave, solo podía pensar que no podía permitir dejar a Carla sola con él.

Entre mis pensamientos solo quería que aquella noche acabase sin más altercados. Pasadas las doce, Nico se quedó dormido en la cama y yo aproveché para meterme en el baño y ver el destrozo que había hecho conmigo. Tenía la frente y parte del pómulo morado, la parte de las costillas algo hinchadas y rojas. Cuando iba a empezar a curarme y cambiarme de ropa, me puse a llorar como una loca, se me revolvieron las tripas por los nervios y comencé a vomitar agarrándome como pude el costado, porque me dolía mucho.

Para cuando logré serenarme y meterme en la ducha ya habían dado las dos de la mañana. Me lavé todo lo bien que pude y me fui a dormir con Carla.

Por la mañana, y como cada día, desayunamos las dos y nos fuimos a la guardería. Mi cara estaba más morada que por la noche y cada vez que hacía un movimiento veía las estrellas del dolor en el costado.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó la profesora de Carla.

—Ya sabes, la niña que deja todo por medio, me resbalé con un juguete y me caí contra el suelo.

—No me digas, pues, perdona que te lo diga, pero estás hecha un Cristo.

—Y que lo digas, vergüenza me da salir así a la calle. Ya le he dicho que recoja todo muy bien para que no me vuelva a pasar algo así.

—Bueno, no te preocupes, ya verás como en dos días estás como nueva.

—Eso no lo dudes. Que paséis un buen día. Adiós, cariño, pórtate bien con Noe, ¿vale?

—Sí, mami.

Me fui de allí pensando que era la peor madre del mundo, ¿cómo podía echarle la culpa de algo que ni si quiera se parecía a la realidad? No quería ni podía descubrir ante nadie en lo que se había convertido mi marido, para mí era un monstruo, pero para el resto era un hombre maravilloso que cuidaba de nosotras.

Capítulo 9

Pasaron un par de semanas y parecía que la cosa se había calmado un poco. Ya se me habían quitado los moratones y los dolores. Todo el mundo creyó mi mentira, que había sido con un juguete.

Desde entonces, Nico estaba por las noches en casa, acostaba a Carla y seguidamente se marchaba a la calle hasta la mañana siguiente. Entre nosotros ya no había comunicación para bien ni para mal y, por una parte, era mejor así, no quería que volviese a ocurrir un episodio como el de días atrás.

Era viernes y por la noche todos los de la oficina habíamos decidido quedar para tomarnos unas cervezas y cenar.

No le comenté nada a Nico porque los viernes y sábados nunca estaba en casa. Dejé a Carla con mi madre y me marché al bar donde habíamos quedado.

Estuvimos tomando unas cervezas, comimos algo y después nos fuimos a bailar un rato a un local que estaba cerca del centro de Guadalajara.

A eso de las tres de la madrugada, me despedí de todos los compañeros y me fui a casa porque estaba agotada. Además, por la mañana quería recoger pronto a Carla para irnos al parque.

Cuando llegué a casa no me pude encontrar peor percal. Cerré la puerta despacio, me quité los tacones para no hacer ruido, pero con la mala suerte de que le di un codazo al jarrón que había en el mueble y lo estampé contra el suelo. Nico, que estaba tumbado en el sofá, se levantó rápidamente y vino hacia mí como pudo, estaba claro que estaba ebrio de nuevo.

—Mira quién está aquí. ¿Dónde cojones estabas? Llevo toda la noche llamándote.

—Estaba con los compañeros tomando algo, perdona, pero como nunca estás los viernes... —No me dejó terminar, me cogió del brazo y me llevó hacia el salón. Empezaron a temblarme las piernas, me temía lo peor.

—¿Dónde está la niña? —me preguntó haciéndome callar.

—La dejé con mi madre.

—Mejor, así puedo hacer lo que me da la gana sin tener que estar pensando en si la despierto.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunté curiosa e intentando que se calmasen las aguas.

—Qué te parece si hago esto...

De repente sentí un calor y un dolor tremendo en la mejilla. Me golpeó fuertemente con el puño y me caí desplomada en el sofá. Volvió a levantarme y me empujó contra la mesa de cristal que teníamos frente a la tele. Caí y se rompió el cristal en pedazos cortándome los brazos que había puesto para protegerme y no darme en la boca.

Me sentía algo aturdida y veía cómo no se cansaba de cogerme y zarandearme de un lado a otro. Me cogía del pelo, me tiraba contra la pared, en el suelo me daba alguna que otra patada y, cada vez que intentaba besarme, lo empujaba y más me golpeaba por todo el cuerpo. Hasta que una de las veces, entre mi aturdimiento y mi miedo, cuando fue a besarme, le mordí el labio y le di una patada en sus partes. Se desprendió de mí para llevarse las manos a la entrepierna y fue ahí cuando salí corriendo y me encerré en el baño, era el único sitio de la casa que tenía pestillo y donde podía escapar de las garras de aquel maldito bastardo que no dejaba de pegarme una y otra vez.

Intenté como pude quitarme todos los cristalitos que se me habían quedado incrustados en la piel y saqué una toalla para quitarme toda la sangre. Después me desprendí de la ropa y la eché en el cesto porque necesitaba una ducha de agua caliente, estaba tiritando del miedo y aquello me calmaría. Y, justo cuando fui a poner un pie dentro de la bañera, se oyeron unos golpes en la puerta y me asusté aún más.

—¡Abre la puerta, maldita guarra! ¡Abre o lo lamentarás!

—Vete, Nico, déjame en paz, casi me matas, eres un bruto. Lárgate, por favor, no me hagas más daño.

No se volvió a oír nada por lo que llené la bañera y me metí dentro. Una vez me había calmado un poco y estaba calentita, empecé a recordar todo lo que había pasado y mis ojos se empañaron con lágrimas y de nuevo se me revolviéron las tripas. Salí corriendo para vomitar, pero no llegué a tiempo a la taza y eché todo lo que tenía dentro por el suelo. Cuando ya no me quedaba nada en el cuerpo para seguir vomitando volví a la bañera. Me lavé con cuidado porque me dolía hasta el alma y salí para secarme y arreglar todo el estropicio que había montado en el baño. Cogí algunas toallas y lo sequé todo con papel. La fregona y lo demás estaba en la cocina, pero tenía miedo de salir del baño y que Nico estuviera esperándome para seguir golpeándome. Estaba aterrorizada. Como las cosas siguieran así, la próxima vez no lo contaba...

Pasé la noche en el baño y, a eso de las ocho de la mañana, salí sin hacer mucho ruido. Fui inspeccionando todas las estancias de la casa, pero Nico no

estaba, se había marchado.

Apenas podía moverme, me dolía todo el cuerpo y las heridas del brazo no tenían muy buen aspecto. Llamé a mi madre para que se quedase con la niña todo el fin de semana y, mintiéndola de nuevo, le dije que me había salido un trabajo que debía aceptarlo para tener algo más de dinero a final de mes.

Con todo el dolor de mi corazón y con unas ganas locas de querer abrazar a Carla y sin poder hacer planes con ella, decidí ponerme un poco de música para hacer más amena la limpieza de la casa.

Mientras sonaba de fondo una canción de Malú intenté barrer todos los cristales, pero no podía; los brazos, las piernas, la tripa, la cabeza, todo me dolía. Me senté en el sofá para ver si se me pasaba un poco el malestar y, aturdida, me dejé llevar por mis pensamientos, recordando lo mucho que echaba de menos a Vane, por lo que cogí el teléfono y marqué el último número que ella me había dado años atrás. Cuando esperaba respuesta una voz mecánica reprodujo de forma automática: «el móvil al que llama no pertenece a ningún usuario». Con las lágrimas de nuevo recorriendo mis mejillas sin descanso, dejé el aparato sobre la mesa y caí desplomada hacia atrás con la tristeza invadiendo cada rincón de mi cuerpo. Cerré los ojos para recordar aquellos maravillosos años que pasé en el instituto con mis amigas, mi novio y mi queridísima familia, pero del agotamiento y el dolor me quedé dormida.

Desperté sobresaltada a eso de las doce de la mañana, pero, cuando intenté levantarme del sofá, no podía. Me sujeté como pude en el respaldo del sofá y me fui incorporando poco a poco. Fui hacia la entrada y, pensando más que nunca en mi hija, cogí el coche y me dirigí al hospital más cercano para que me mirasen con lupa, no quería que me pasase nada malo y dejar huérfana de madre a Carla y que Nico se tuviera que hacer cargo de ella, porque eso sería lo peor que le podría pasar a mi princesa.

Cuando llegué al Hospital Universitario de Guadalajara, aparqué el vehículo y, al entrar, me recibió una enfermera, me sentó en una silla de ruedas y me llevó con el doctor que estaba de guardia.

—Buenas días, Laura, soy el doctor Javier Fernández, cuénteme, ¿qué le pasa? Aunque ya estoy viendo sus heridas y moratones.

—Buenos días, doctor, encantada de conocerle. Verá, tengo una niña pequeña y, como es un trasto y deja todo por en medio, me tropecé y me caí en la mesa de cristal que tenemos en el salón, me golpeé bastante fuerte y pensé que se me pasaría, pero al ver que hoy estaba peor he decidido venir. — Estaba aterrorizada y, por momentos, me arrepentía de haber acudido al

hospital, si alguien se enteraba de lo ocurrido, no sabía qué sería de nosotras.

—No sé si la historia que me cuenta es cierta o no, pero estamos aquí para ayudarla. Pase a la camilla, por favor, y quítese la parte de arriba.

Mi cara debió de ser un poema en aquel instante, pero me fui a la camilla, me quité la camiseta con gestos de dolor y el doctor se fue acercando poco a poco mientras escribía en un papel.

—¿Qué escribe, doctor? —pregunté inocentemente.

—Voy a hacer un informe sobre su estado, es mi deber.

—¿Su deber?, ¿a qué se refiere?

—Siempre que viene un paciente tenemos que hacer un informe con detalle. ¿Por qué está tan preocupada por esto?

—No, bueno, me gusta saber qué escriben sobre mí. —Sería mejor que me callase o me delataría yo misma.

—A ver, túmbese, por favor.

—Sí, doctor.

Me examinó a conciencia, no sabía que mi cuerpo tuviese tantas partes diferentes y, cuanto más me exploraba, más me dolía todo. Me fui mareando cada vez más y el doctor, muy atento, se ocupó de que me quedase acostada y me diesen un analgésico para aliviar los dolores. Me hicieron alguna que otra prueba y, mientras esperaba a que me dieran los resultados, me dejaron aguardando en el despacho del doctor que me había atendido.

—¿Qué tengo, doctor? ¿Algo grave?

—No hay nada de gravedad, pero debería cuidarse y tener reposo. Tiene varias fisuras en las costillas, los cortes son bastante feos y esos mareos hay que tratarlos, no vaya a ser que a la larga tengamos problemas. En principio, no he visto nada raro en el escáner, pero eso no quiere decir que no existan lesiones de algún tipo, sino que habrá que hacerle algún que otro control, ¿de acuerdo? No obstante, vaya a su médico de cabecera para que le haga un seguimiento. Permanezca en la sala de espera y enseguida le entregaré el informe para que se pueda ir a casa y descanse.

—Muchas gracias, doctor. Esta niña cualquier día me mata.

Estuve esperando unos diez minutos hasta que salió el médico a darme el dichoso informe. Después de todas las indicaciones me fui a la farmacia más cercana, donde apenas me conociesen para que no me hiciesen preguntas, y seguidamente a casa a descansar ya que me dolían hasta las pestañas.

Capítulo 10

Aparqué el coche y entré en casa sigilosamente por si Nico estaba dentro, quería irme directamente a la habitación a dormir un rato.

—¿Dónde estabas?

—Nico... —titubeé quedándome paralizada cerca de la puerta de entrada por si acaso tenía que salir corriendo.

—Te he estado llamando al móvil.

—Perdona, he visto tus llamadas, pero no podía cogerlo.

—Estabas con otro, serás zorra, hija de puta.

—Que no, que no tengo otro. Solo tengo ojos para ti, de verdad.

—¿¿Dónde has estado entonces?! —exigió saber acercándose a mí y alzando la voz.

—No te quiero mentir, pero he tenido que ir al hospital, me duelen mucho las costillas y casi no podía moverme.

—Pues yo te veo bastante bien, estás de pie y entera.

—Sí, me han dado medicinas y parece que voy mejorando, pero necesito descansar un poco antes de ir a por Carla.

—¿Dónde está esa maldita niña?

—¿Maldita? ¿Ahora tratas así a tu hija?

—La trato como me da la gana, a ella y a ti, que para eso sois mías.

—¿Tuyas? Creo que te confundes, no somos propiedad de nadie, Nico, y creo que te estás comportando fatal conmigo. Acuérdate cuánto nos queríamos cuando éramos felices. No sé qué te pasa... —Tomé un poco de aire y proseguí con mi cometido—. Pero mírame, mírame bien, por favor, ¿crees que me merezco esto que me has hecho? Podrías haberme matado y te puedo asegurar que no te he puesto los cuernos con nadie en mi vida, he estado enamorada de ti desde la primera vez que te vi en el instituto.

»No entiendo a qué viene todo esto, el único problema que tuviste fue que te quedaste sin trabajo, pero por eso no debe acabar nuestro amor, todo lo que teníamos, lo que con tanto esfuerzo construimos juntos. Yo te quiero, Nico, y podemos disfrutar de nuestra hija juntos y felices, como antes.

Se acercó a escasos centímetros de mí, me acarició la cara, me abrazó y nuestros cuerpos se juntaron. Sentí muchas cosas a la vez; miedo, por si me

volvía a pegar; asco, por la clase de persona en la que se había convertido y añoranza, porque echaba de menos al Nico de antes.

—Lo siento, cielo, soy un verdadero estúpido, ¿podrás perdonarme?

—Nico, amor, claro que puedo perdonarte, pero esto no debe volver a pasar. Tú no eres así y, si vuelve a pasar, creo que deberíamos pensar en separarnos.

—¿Cómo que separarnos?! ¡¿Acaso no te doy lo que quieres?!

—He dicho que no quiero que vuelvas a ponerme una mano encima, no quiero que me pegues. Te repito de nuevo que me dijiste una vez que tus padres te enseñaron a respetar a las mujeres, y mírame...

—Tienes toda la razón, mi amor. Lo siento mucho, soy un capullo y un mierda. Perdóname, por favor...

—Te perdono, Nico, claro que sí. Seguro que podemos salir de esta, ya lo verás.

Después de unos cuantos besos y abrazos, nos fuimos los dos a la cama y, delicadamente, me hizo el amor. Me sentí como años atrás, amada, protegida y feliz. Aunque me dolía todo el cuerpo, disfruté como no lo hacía desde mucho tiempo atrás. Dentro de mí todavía tenía amor por él.

A eso de las cinco de la tarde nos despertamos abrazados y me volvió a hacer el amor, con cuidado, acariciándome las heridas y susurrándome al oído lo mucho que me amaba. Después nos duchamos y Nico se fue a buscar a Carla. Le diría a mi madre que yo estaba con dolor de cabeza y así no me vería en el estado en el que me encontraba porque se preocuparía mucho y no era buena idea.

Pasamos una tarde en familia, como hacía tiempo que no disfrutábamos. Estuvieron jugando con la pelota mientras yo los veía y les tomaba muchísimas fotos. A pesar de todo lo ocurrido, los amaba a los dos. En aquel momento me volvía a sentir bien y había vuelto a encontrar al Nico que conocí con dieciséis años, a mi Nico, mi amado Nico.

Después de una tarde estupenda, nos fuimos a nuestro restaurante favorito. Nos pedimos un poco de carne para compartir con patatas asadas y Carla se comió un buen plato de tiras de pollo rebozadas con un súper batido de chocolate de postre. Pasadas las once de la noche y dolorida a más no poder, nos fuimos todos a dormir muy temprano. Pero aquella noche fue diferente, no lloré y mi sonrisa volvía a lucir en mi cara.

Capítulo 11

Tras una semana, poco a poco la tranquilidad había vuelto a nuestro hogar, todo había vuelto a la normalidad y yo ya estaba recuperada casi al cien por cien. Mientras paseábamos el sábado por la tarde por el mercadillo me encontré con una persona inesperada.

—Buenos días, ¡qué bien la veo ya!

—Buenos días, doctor Fernández, ya estoy casi recuperada.

—¿Esta es la niña traviesa que le deja los trastos por medio y casi la mata?

—Así es, esta es y, por favor, no me llame de usted que no soy tan mayor, aunque lo aparente.

—Con el permiso de su marido, y sabiendo la edad que tiene por su informe, aparenta veinte años, así que disfrute de su juventud —me piropeó guiñándome un ojo—. Por cierto, soy el doctor Fernández, atendí a su mujer el fin de semana pasado —Se dirigió esta vez a Nico tendiéndole la mano.

—Yo soy Nicolás, un placer y gracias por atenderla —Nico respondió al saludo—. Fue un susto muy grande, ahora, si nos disculpa, tenemos que irnos que llegamos tarde.

—¿Dónde vamos cariño?! —indagué extrañada.

—Ahora lo verás.

—Ha sido un placer verte, doctor, y a ti, aunque no nos hayan presentado.

—Sí, perdón, es Laura, mi hermana. Y, por favor, llámame Javier.

—Pues no se me olvidará tu nombre, me llamo como tú.

—Encantada y disculpa a mi hermano, cuando ve una cara bonita se le olvida que voy a su lado.

—Vaya, gracias por el cumplido. Ahora tenemos que irnos, pero a ver si nos vemos por el pueblo y charlamos con más calma.

—Perfecto, recupérate, Laura.

—Adiós —dijimos todos al unísono.

Cuando nos quedamos solos y seguimos andando hacia el final del mercadillo viendo cada puesto, Nico me agarró del brazo.

—Vamos a casa, estoy cansado y me duele la cabeza —me pidió.

—Vaya, cariño, ¿y eso?

—No sé, no he dormido muy bien. Así que, por favor, coge a la niña y

salgamos de este maldito sitio.

Y así lo hicimos, nos montamos en el coche y nos pusimos en camino. Al llegar, se metió corriendo en casa, mientras yo aparcaba el coche, cogía a la niña y las pequeñas bolsas de lo que habíamos comprado.

Cuando entré, todo estaba demasiado silencioso y Nico había bajado las persianas del salón, estaba tumbado en el sofá.

—Cielo, voy a acostar a Carla la siesta y ahora bajo para darte una aspirina. —No recibí respuesta y supuse que le dolía mucho. Unos años atrás ya tuvo algún que otro problema de migrañas.

Pasados unos quince minutos, entré al salón y Nico estaba sentado en el mismo sofá donde había permanecido minutos antes tumbado.

—Siéntate, maldita zorra.

—¿Perdona?

—Me has oído perfectamente y déjame tu puñetero móvil.

—Nico, ¿ya empezamos de nuevo...? —supliqué incrédula por lo que estaba oyendo.

—¡Déjame tu móvil! —Y así lo hice, lo saqué del bolsillo y se lo entregué —. ¿Cómo has dicho que se llama ese doctorcito con el que te llevas tan bien y al cual no me habías mencionado nunca?

Me armé de valor y le contesté alzando un poco la voz.

—¡Te recuerdo que la semana pasada me metiste una paliza que casi me matas y me tuve que ir al hospital para que me vieran, y él estaba de guardia, pero no le conocía hasta entonces!

—¿Javier Fernández? ¿Cómo le tienes puesto? Como amante, como doctor... Yo perdonándote todo, y tú jugando a los médicos.

—¿Qué narices estás diciendo, Nico? Y, además, ¿qué tienes que perdonarme tú a mí? Te vuelvo a recordar que he sido yo la que te perdonaba por haberme pegado, por haberme insultado y, a pesar de todo eso, te amo, Nico. Te he perdonado y hemos pasado una semana estupenda en familia. Por una maldita conversación con una persona no tengo por qué haberte puesto los cuernos, de verdad, te lo prometo. Yo nunca te he sido infiel ni lo sería jamás.

—Deja de decir estupideces, no hago nada que no te ganes y esas palizas te aseguro que las mereces, porque no dejas de joderme todo el puto día con tus tonterías y ñoñerías. Dime cómo cojones lo tienes guardado en la agenda.

—¡Nico! ¡Te repito por enésima vez que no tengo nada que ver con este tipo! ¡Ni tengo su teléfono ni me he acostado con él! Te lo juro por lo más sagrado que tengo que es mi hija.

—Primero, ¡no me vuelvas a gritar en tu puta vida! —inquirió acercando su cara a la mía histérico y escupiéndome en la cara a la vez que me gritaba—. Y, segundo, lo más sagrado que tienes soy yo y luego, si quieres, esa mocosa.

—Nico, no empieces. Es tu hija, no la llames así.

—La llamo como me sale de los cojones y ni tú ni nadie me lo va a prohibir. —Me cogió del pelo y me arrimó hacia él—. ¿Lo entiendes mejor así?

—Me haces daño, Nico, suéltame.

—No te ha enseñado tu querida mamá que las cosas se piden por favor, maldita puta.

—Por favor, Nico, suéltame, te lo suplico.

—¿Sí? A ver...—Me siguió sujetando por el cabello y, a la vez que me daba tirones, me empotró contra el suelo—. A ver, suplicámelo ahora, suplicame que te suelte.

—Nico, por favor, suéltame, me estás haciendo mucho daño.

—Vaya, la princesita ahora se queja. ¿Cuando te la mete el doctor también te quejas así?

—Por favor, deja de decir estupideces de una santa vez. Jamás te pondría los cuernos, te amo demasiado, Nico. —Al parecer aquella última frase le hizo entrar en razón y al fin me soltó.

—Que sea la última vez que te acercas a un tipo tan cariñosamente, ¿entendido?

—Vale, no te preocupes, no volverá a pasar. Te lo prometo.

—Eso espero, si no te aseguro que no te va a reconocer ni tu santa madre de la paliza que te meto.

—¿Te estás escuchando? Si sigues amenazándome de esa forma, cojo ahora mismo mis cosas y me largo con la niña.

—No creo que te atrevas a salir por esa puerta sin mi consentimiento. De lo contrario, no vuelves a ver a tu hijita en lo que te resta de vida. —Dicho eso, se marchó a la cocina a por una cerveza y seguidamente se puso un partido de fútbol en la televisión.

—Nico, si no te importa me voy a tumbar un rato. No me encuentro bien.

—Sin problema, mientras te levantes para hacer la cena, por mí como si te das cabezazos contra la pared.

Me fui cabizbaja con las lágrimas brotando y resbalando por las mejillas. Nico ni se inmutó, y daba gracias, ya que de lo contrario me volvería a gritar y seguramente alguna bofetada me llevaría. Estaba claro que no había cambiado,

había sido una semana de tregua, pero una vez esto había empezado no acabaría nunca.

Mientras daba vueltas en la cama de un lado para otro sin dejar de llorar y apretando fuertemente contra mi cara la almohada para poder gritar sin que me escuchase, estuve pensando que lo mejor sería replantearme mi vida y volver con mi madre para dejarlo plantado y que jamás nos pusiese una mano encima. No lo merecíamos.

Pasadas las seis de la tarde me desperté, había dormido un par de horas y me levanté corriendo para ver a la niña. Entré en su cuarto y no estaba en la cama. Fui corriendo al salón y no había nadie. Salí a la calle y el coche no estaba aparcado donde yo lo había dejado, además, Nico tampoco estaba.

No me quería poner en lo peor y a lo mejor se la había llevado a jugar un rato al parque o a dar una vuelta. Por lo que lo llamé al móvil.

—¡Mierda! —El terminal estaba apagado.

Cada segundo que pasaba más nerviosa me ponía. Me vestí rápidamente con algo cómodo y me fui corriendo al parque más cercano, al que solíamos ir siempre. Cuando llegué los busqué de forma desesperada, pero no estaban allí y el corazón se me iba a salir del pecho, estaba histérica.

Volví a casa para ver si habían regresado. Al llegar y ver que todo seguía en calma y en silencio, fui hacia el dormitorio de la niña y abrí el armario.

—¡¡¡Mierda, mierda y mil veces mierda!!! —Su maleta no estaba y faltaba algo de ropa. Me puse en lo peor.

No quería llamar todavía a nadie, quizás se presentarían en casa de un momento a otro y no quería movilizar a la policía, a mi madre ni a nadie. Cada segundo, cada minuto... estaba más histérica y el corazón se me iba a salir del pecho. Mi querida Carla podría estar en peligro y yo no sabía ni qué hacer.

Fui al baño y me tomé un tranquilizante, fui al sofá para seguir dándole vueltas a la cabeza y pensar dónde se la podría haber llevado. Al cabo del rato sonó el teléfono y me sacó de mis absurdos pensamientos.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Cielo, soy mamá, ¿cómo te encuentras?

—Bien, mamá —contesté tajante, no quería decirle que Nico se había llevado a Carla, si no la mataría del disgusto.

—Qué seca, hija, encima que vas a pasar un domingo romántico.

—¿Cómo dices?

—Vaya, ¿ya he metido la pata de nuevo? ¡Qué desastre!

—No entiendo nada, mamá, ¿qué me estás contando?

—¡Ay! ¡Hija! He metido la pata, Nico acaba de dejarme aquí a Carla, que, por cierto, se os ha olvidado el pijama y los pañales, por eso te llamaba, menos mal que tengo alguno de repuesto, pero, por favor, para la próxima ya sabéis.

—¿Que tienes tú a Carla?

—Sí, hija, sí, qué razón tiene Nico, cada día estás más despistada, ¿o acaso te acabas de levantar?

—Me acabo de levantar, me dolía mucho la cabeza y me quedé dormida. No sabía que Nico te iba a llevar a la niña.

—Sí, dice que te quiere dar una sorpresa y me deja a la niña hasta el lunes, pero, como ya he metido la pata, te pido que no le digas que yo te lo he dicho.

—¿Y dónde está él?! —pregunté asustada, porque me temía que vendría para darme una paliza tremenda y por eso se había llevado a Carla con mi madre.

—Algo me ha comentado de que iba a pasar a comprar unas cosas al supermercado de camino a casa y luego te sorprendería, pero no sé más al respecto, cariño.

—Vale, mamá, muchas gracias. Cualquier cosa, me llamas y cuida de mi niña.

—Siempre lo hago, lo pasaremos genial jugando.

—Lo sé, mamá. Un beso grande para las dos. Os quiero.

—Qué ñoña te pones, solo son un par de días.

—Ya lo sé, pero me gusta decir lo que siento y de verdad que os quiero mucho.

—Pero ¿te pasa algo, cariño?

—Nada, mamá, solo estoy algo cansada, nada más, de verdad.

—Vale, hasta mañana, Laura.

—Hasta mañana, mamá.

Cuando colgué el teléfono algo en mí me advirtió de un mal presentimiento, que aquello que estaba preparando Nico no iba a ser bueno, por lo que no sabía si salir corriendo de casa o quedarme allí a esperarle. Opté por la segunda opción, me quedé en casa y preparé algo para cenar, tal y como me había indicado Nico horas antes, si llegaba y veía que yo no estaba, podría ser monumental la bronca o incluso ni lo contaba. Así que, consciente de ello y con el miedo por todo mi cuerpo, me puse manos a la obra en la cocina y preparé la mesa como a él le gustaba para que estuviese todo perfecto y no hubiese malentendidos.

Estuve haciendo un solomillo a la naranja y, de postre, mus de limón el cual sabía que le volvía loco, pero eran ya más de las diez de la noche y él no había vuelto a casa. Lo llamé varias veces al móvil porque estaba preocupada y seguía apagado.

A eso de las doce de la noche, apagué las velas, metí todo en la nevera y me fui a la cama para descansar, estaba agotada.

Capítulo 12

Se oyó un ruido tremendo, me levanté asustada de la cama, miré la hora y eran las cinco de la madrugada. Me puse la bata que había dejado encima del sofá y miré por el pasillo, avanzando despacio hasta llegar al salón. Encendí las luces y fue allí donde me encontré unas sillas por medio y a Nico tirado en el suelo con la cara llena de golpes y la camisa rota.

—¿Qué te ha pasado, Nico?!

—Quita, déjame, ¡no me toques!

—Solo quiero ayudarte, ven, apóyate en mí.

—Que me sueltes, que no necesito tu ayuda.

—Está bien, pues ahí te quedas. —Lo dejé tumbado en el suelo, y me fui de vuelta a la cama, pero esta vez más preocupada. No entendía nada y cada día que pasaba tenía más claro que debía separarme de él e irme con mi madre y la niña.

Al rato de meterme de nuevo en la cama, se abrió la puerta de la habitación y, con la luz que ya entraba por las rendijas de la persiana, pude ver a un demacrado Nico que se acercaba lentamente hacia mí. Empezaron a temblarme las manos, las piernas y en general el cuerpo entero. Me hice la dormida, pero le dio igual, tiró de la sabana para abajo y se puso encima de mí.

—¿Qué haces, Nico?! —sollocé con la voz temblorosa y con ganas de salir corriendo de allí.

—No lo ves, eres mi mujer y quiero follar contigo.

—Son las seis y media de la mañana, creo que no son horas y menos en tu estado. —Por decirle aquellas palabras me llevé una bofetada en la cara y empezó a quitarme las bragas y a subirme el camisón. Mi cuerpo parecía un flan de lo tembloroso que estaba, pero no podía casi moverme. Estaba asustada, muy asustada—. ¡Suéltame, por favor! No quiero hacerlo en estas condiciones.

—Lo harás cómo y cuándo yo lo diga, perra. Y ahora quiero que me folles como a ese doctorcito.

—¡Y dale! ¡Que no me he acostado con nadie! Suéltame, por favor, me haces daño. —Cada vez que intentaba enfrentarme a él con mis palabras y le suplicaba que me soltara, una nueva bofetada era estampada en mi cara.

Con la respiración agitada, forcejeaba de un lado a otro para intentar que me soltara y poder escapar, pero no había forma, él era más fuerte y al tenerlo encima de mí apenas tenía facilidad de movimiento.

Los segundos se me hacían eternos y por más que le pedía que me soltase, que se fuera, que me estaba haciendo daño y que no quería estar con él de ninguna forma, más me pegaba. Me forzó para que hiciésemos el amor entre llantos, bofetadas, mordiscos. Ya no podía más y estaba sin fuerzas. Cuando me dijo que bajase hasta su entrepierna para que le chupase el miembro, tuve la oportunidad de escapar tras propinarle un mordisco, pero mi cabeza no dejaba de pensar en mi querida hija y, si hacía eso, estaba segura de que me mataría. Por lo que accedí y de nuevo me vi en una situación muy desagradable con un hombre al que no reconocía y a la vez me daba pena.

Cuando conseguí que me dejara en paz, él se quedó tumbado en la cama medio dormido y yo me fui corriendo al baño. Quería darme una buena ducha, curarme nuevamente las heridas y estar sola. Estaba muerta de miedo y a la vez me daba asco de mí misma. ¿Cómo tenía el empuje para hacer todas esas cosas y no era capaz de irme de su lado de una maldita vez? Jamás volvería a ser el Nico de antes, mi Nico.

Me sentía muy sola, no tenía una amiga a quien contarle todo esto, mi madre no podía enterarse o la mataría del disgusto con la salud tan delicada que tenía, y tampoco quería acudir a la policía. Era una auténtica cobarde, pero, por más vueltas que le daba, estaba segura de que Nico todavía podía cambiar. Aunque, lo peor de todo, era que me estaba dando cuenta de las cosas que me estaba haciendo y era incapaz de reaccionar al respecto. Tenía la cabeza hecha un lío.

Cuando el reloj de la pared marcaba las ocho y media de la mañana, decidí salir a por algo para desayunar, no sin antes haberme maquillado a conciencia todos los golpes.

Era increíble, pero en la calle me sentía bien, me sentía segura y si algo me pasaba podía salir corriendo. De repente, un ataque de ansiedad por todos los acontecimientos agolpándose en mi cerebro provocó que me faltara el aire, empecé a marearme y fui tambaleándome como pude hasta el banco más cercano.

—Señorita, ¿se encuentra bien? Estaba haciendo *footing* y la he visto bambolearse mareada.

—Sí, no se preocupe, muchas gracias. —Pero, cuando levanté la cabeza, allí estaba el «doctorcito», como le llamaba Nico.

—Vaya, no sabía que eras tú, Laura, ¿estás bien?

—No te preocupes, todo está bien. —Miré hacia los lados para asegurarme de que Nico no estuviese por allí vigilándome, me levanté como pude y me fui dejándole con la palabra en la boca—. Lo siento, tengo que irme, un placer, Javier.

—Pero... ¿qué narices le pasará a esta mujer? —Le escuché que decía mientras me alejaba.

Cuando llegué a la panadería, cogí unos churros y un par de sobres de chocolate. Para volver a casa lo hice callejeando evitando tropezarme otra vez con el doctor. Si Nico me veía hablando con él podría sospechar nuevamente que teníamos algo y a saber qué haría conmigo. O, peor aún, con él.

Al llegar a casa y ver que todo seguía en calma, tal como lo había dejado, fui a la cocina para llevarle un buen desayuno a Nico, tal vez así se relajaría el ambiente y yo podría tener un día tranquilo.

Le preparé un buen vaso de zumo recién exprimido, dos churros rebozados en azúcar y un tazón de chocolate bien caliente como a él le gustaba. Al llegar a la habitación, subí un poco la persiana y con besos y arrumacos le dije que le traía el desayuno.

Me miró como si del mismísimo demonio se tratase, me asusté y me eché para atrás.

—¿Me despiertas para traerme esa mierda?

—Perdona, pero esta mierda, como la llamas, siempre te ha encantado. Quería traerte algo especial, Nico, pero ya veo que hoy tampoco estás de humor. Sigue durmiendo. Lo siento.

—Espera —dijo tajantemente.

—¿Qué? ¿Vas a volver a pegarme porque te he traído el desayuno que siempre te ha encantado? Pues, si es así, adelante. —Me armé de valor porque ya estaba empezando a estar cansada de la situación.

—No, Lau, espera, tráeme el desayuno que me lo como encantado.

—Vaya, es un logro que me digas algo de buena gana.

—Perdona, estoy teniendo una época un poco mala, pero ya verás cómo se arregla todo.

—Lo siento, pero no es excusa para tus maltratos. Te dejo aquí la bandeja, yo estaré recogiendo la cocina, no vaya a ser que también te moleste ver algún plato por medio.

—¡Ya basta! Sé que no soy el mejor marido, pero te aseguro que nadie te va a querer como yo.

—Nico, perdóname, pero creo que últimamente lo que tú sientes por mí es asco y por eso me pegas las palizas que me pegas, yo no aguanto más esta situación. Cualquiera día, de un mal golpe, me vas a matar.

—Creo que estás exagerando un poco, pero tienes razón, te prometo que voy a cambiar y mañana mismo empiezo a buscar trabajo para que seamos una familia feliz. Ahora, ven aquí conmigo y desayunemos juntos.

Una vez más me estaba metiendo en la boca del lobo, pero quería que mi matrimonio funcionase y que mi hija tuviese un hogar lleno de felicidad, de amor y respeto.

Me tumbé con él en la cama, desayunamos juntos, hablamos un poco de todo, y me juró y me perjuró que nunca más me pondría una mano encima. Después de un buen rato nos levantamos y nos fuimos a duchar juntos, allí y con todo, hicimos el amor bajo el agua y nos volvimos a besar con pasión como meses atrás.

Pasamos un domingo tranquilo en casa, viendo películas, series y haciendo alguna que otra vez el amor en el sofá. Me volví a sentir amada, pero no sabía si aquello duraría mucho. En cuanto probase otra gota de alcohol, si es que acaso no tomaba algo peor, o si se le cruzaba un cable volvería a golpearme sin miramientos. Mientras, disfrutaba de aquellos momentos de calma.

Capítulo 13

El lunes por la mañana fuimos a buscar a Carla, estaba deseando verla y sentir su calor, su ternura y sus abrazos más sinceros. Desayunamos con mi madre. Cada día que pasaba estaba más deteriorada y la quimioterapia la estaba destrozando. Charlamos de todo un poco y sobre todo de la niña, mi madre ya no estaba para cuidarla tanto tiempo y nos lo hizo saber.

Más tarde volvimos a casa y un coche patrulla estaba llamando a la puerta. Entré con Carla y la dejé en la habitación para que jugase con los muñecos. Seguidamente salí a la puerta y Nico estaba algo acalorado hablando con los policías.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunté acercándome hasta ellos.

—No sé, dímelo tú, me están diciendo que se ha puesto una denuncia contra mí por malos tratos.

—¿Perdona? ¿Y esa tontería a qué viene? Creo que se están confundiendo.

—Usted es Laura, ¿verdad? —se dirigió a mí uno de los policías.

—Así es, pero le repito que yo no he puesto ninguna denuncia por malos tratos.

—Ya, no ha sido usted, pero nos han dado aviso y por eso estamos aquí. Por favor, nos puede confirmar la sospecha que hay referente a que su marido le pega.

—Pues siento decirles que han venido en balde, porque soy sincera, por mucho que esté él delante, cuando digo que mi marido no me ha puesto nunca la mano encima.

—Muy bien, señora. De todas formas, si necesita cualquier cosa, ya sabe dónde encontrarnos. Que pasen un buen día.

—Muchas gracias, pero no los necesitaré. Adiós.

Con aquella conversación y, pensando en quién habría podido hacer aquella cagada, por no llamarle otra cosa; había cavado mi propia tumba. Nico estaba rojo como un tomate, con las venas del cuello a punto de estallar y apretando los puños fuertemente. Yo me quise morir en aquel instante o que me tragase la tierra, no lo tenía claro, pero sabía que aquello no traería nada bueno.

Le vi salir escopetado por la puerta y, por una parte, me sentí aliviada, me había librado de que me diese una buena tunda. Fui corriendo a por Carla, la

vestí enseguida para salir de casa y llevarla a la guardería. Luego me iría a trabajar y así no estaría en casa por si a Nico le daba por volver.

Una vez dejé a Carla y llegué al trabajo me sentí nuevamente protegida, allí no me pasaría nada y, en el caso de que apareciese Nico, no me atacaría delante de todos mis compañeros.

El día se me hizo eterno, los nervios los tenía a flor de piel, no di pie con bola en la oficina y, además, mi jefe no tenía su mejor día y todo lo pagaba conmigo. Llegamos más de una vez a alzarnos la voz, pero, gracias a Dios, nos llevábamos muy bien y siempre terminábamos con una broma.

Con mis compañeras de trabajo también me llevaba muy bien, pero no pasaba de una relación laboral. Alguna que otra vez habíamos salido a tomar unas cañas, pero no eran mis amigas íntimas, a las que les pudiese contar lo que me estaba ocurriendo. Echaba de menos tener una amiga, pero una amiga de verdad, desde que se fue Vanesa jamás volví a llevarme tan bien con nadie y, en este caso, ella sabría qué decirme, me diría las palabras exactas e incluso estaba segura de que le daría una paliza a Nico si se lo propusiera. Y, entre tanto pensamiento, ¿dónde estaría ella? ¿Le habría ocurrido algo? Jamás supe qué le pasó, si estaba bien, si estaba viva o simplemente quería alejarse tanto de su pasado que me había incluido en su olvido.

A eso de las cuatro de la tarde me monté en el coche y me fui a recoger a Carla. Estuvimos casi dos horas en el parque y después me marché a casa para empezar la rutina de todos los días. Cuanto más se acercaba el momento de volver, más me flaqueaban las piernas.

Entramos en casa y todo estaba a oscuras, corrí hacia la llave de la luz y no había nadie. Estuve mirando habitación por habitación y, nada, ni rastro de Nico.

Bañé a Carla y después le di la cena tranquilamente. Pintamos un poco y a las ocho y media la metí en la cama. Yo me preparé un par de sándwiches de jamón y queso y estuve viendo un rato la tele.

El reloj ya marcaba las doce y media de la noche, por lo que el sueño se estaba apoderando de mí y decidí apagar el televisor e irme a dormir, no sin antes dejar bloqueada la puerta dejando las llaves puestas por dentro. No quería que viniese Nico borracho y se desquitara conmigo a golpes o me volviera a violar ya que, por más que le decía que no quería, me obligaba mediante golpes. Tal vez dejarlo tirado en la calle sería peor para mí al día siguiente, pero no me importaba y prefería estar preparada y verlo venir a que pasase todo mientras dormíamos.

Mis mayores miedos en aquel instante eran que pudiese llegar a matarme con un mal golpe o que se llevase a Carla sin que yo pudiera hacer nada.

El sueño me venció y caí rendida en la cama, dormí toda la noche a pierna suelta al igual que Carla que no se despertó ni un solo segundo a pesar de estar con un *gripazo* tremendo. Lo primero que hice antes de despertarla fue ir a la puerta de entrada y mirar por la mirilla. Al ver que no había nadie, abrí y no había indicios de que Nico pudiese estar por allí. Volví a cerrar poniendo de nuevo las llaves y fui a preparar el vaso de leche y las galletas como cada mañana.

Aquel día también se me hizo eterno, pero al llegar a casa por la tarde Nico aún no había regresado, y tampoco parecía que hubiese entrado para coger ropa ni nada de sus pertenencias. Estaba empezando a preocuparme, pero no quería moverme mucho para encontrarle ya que podría saltar la liebre de todo lo que estaba ocurriendo de puertas para adentro.

Ese día cuando recogí a Carla fue diferente a otros, mientras caminábamos por el parque vi que un hombre haciendo *footing* se acercaba hacia nosotras, pero no se le distinguía la cara, me asusté y cogí en brazos a la niña por si era algún enviado de Nico. Mi cabeza no paraba de maquinarse y me estaba volviendo loca, sospechaba de todo lo que se meneaba.

Cuando tuve al dichoso hombre delante de nosotras, mi corazón se aceleró de tal manera que casi me caigo mareada al suelo.

—Hola, Laura, ¿cómo estáis?

—Hola, doctor —saludé fríamente mirando, como siempre, hacia los lados.

—¿Estáis bien? Te noto pálida.

—Estamos bien, es que la niña está mala y no me deja dormir por las noches —mentí.

—Deja que la mire, a ver si tiene algo grave y estáis sin llevarla al pediatra.

—No se preocupe, doctor, que la hemos llevado y se encuentra bien, solo es un resfriado sin importancia. Se lo agradezco, pero estamos bien. Ahora tenemos que marcharnos a casa antes de que se nos haga más tarde. Muchas gracias de todas formas.

—¿Queréis que os acerque? Tengo el coche allí mismo.

—Muchas gracias, pero vamos mejor dando un paseo. Que le vaya bien.

—Perdona un momento, Laura. Me dejas hacerte una pregunta.

—Sí, supongo que sí. Dígame.

—¿Se puede saber por qué siempre tienes tanta prisa? No puedo hablar

nada con vosotras, ¿ocurre algo? Además, deja de llamarme de usted y doctor, ya te dije que me llamo Javier. —Suponía que era fácil leer en mi cara el terror y sufrimiento que me provocaba estar allí hablando con él. Nico podría estar vigilándonos y me temía lo peor.

—No pasa nada, doctor.

—Llámame Javier, por favor.

—Pues eso, Javier, no nos pasada nada, simplemente que siempre nos coges en días que llevamos prisa y tenemos que hacer cosas.

—No sé, creo que hay algo en ti que me dice que mientes y tus golpes de aquel día me indicaron que no fue por una caída con un juguete. Por favor, mírame como a un amigo y si puedo ayudarte en algo aquí me tienes y, si no..., el otro día viste que mi hermana es un encanto. Con ella podrás hablar.

—No sé quién te crees para hablar de mi vida como lo haces, no me conoces de nada, pero te aseguro que tengo una vida estupenda. Ya te expliqué cómo me hice aquellos golpes y te puedo asegurar que ocurrió tal y como te conté. Agradezco tu ayuda, pero, de verdad, llevo una vida feliz junto a mi marido.

—Siento decirte que no me creo nada. Tus ojos reflejan auténtico pánico y aquellos golpes... yo sé lo que vi. Por eso llamé a un buen amigo mío, ya sabes que tuve que redactar un informe. Pero ya me dijeron que tú los echaste prácticamente de la casa.

—¿Fuiste tú quien llamó a la policía y puso la denuncia contra mi marido? —espeté alzando un poco la voz mientras él no me quitaba ojo.

—Sí, claro, fui yo, ya te dije que tenía que redactar el informe tal y como lo veía y, a mi modo de ver las cosas como profesional que soy, querida Laura, eso no te lo hiciste como cuentas. Solo puedo ofrecerte mi ayuda y recomendarte que salgas cuanto antes de esa maldita casa donde te están matando a ti y a tu hija lentamente.

—Te estás pasando, Javier. No tienes ni idea, no me conoces, ni a mí, ni a mi marido, por lo tanto, déjame en paz y no vayas divulgando a los cuatro vientos que soy una mujer maltratada, porque no te lo permito —bramé con la voz entrecortada y con la respiración agitada. Me estaba poniendo muy nerviosa aquella conversación con él. Y, cuanto antes me marchara, mejor.

—Perdona, no quiero ofenderte, pero trabajo en Madrid en uno de los mejores hospitales y veo muchos casos de estos. Soy traumatólogo y, no es por dárme las de nada, pero bastante bueno. Solo puedo ofrecerte de nuevo mi ayuda y que denuncies ante cualquier sospecha o indicio de que te pueda pasar

algo grave, a ti o a tu hija. Tal vez mañana sea tarde y no puedas ni contarlo. Hazme caso, eres una buena mujer y no te mereces eso.

—Gracias por los consejos, pero estamos bien. Ya nos vemos por aquí. Adiós, Javier —me despedí con un nudo en la garganta y a punto de echarme a llorar. Cogí nuevamente a Carla y nos fuimos rápidamente a casa. Necesitaba desahogarme y no quería que ningún vecino me viera en ese estado.

Al llegar y ver que la llave no estaba echada, como yo la había dejado al marcharme, mi corazón se aceleró. Las piernas y los brazos empezaron a temblarme como de costumbre últimamente. Solté a Carla por miedo a que se me cayera de los brazos.

—Espera a que pase mamá primero, cariño —le pedí a mi pequeña dulcemente para que no notase nada extraño.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, cielo. Que quiero ver una cosa.

La niña se agarró fuertemente a mis piernas, sabía que algo no iba bien, podía ver su miedo en aquellos bonitos y pequeños ojos verdes. Volví a cogerla, tal vez si Nico estuviese en la casa y me veía entrar con la niña en brazos no se atrevería a tocarme.

Antes de cerrar la puerta, y como no se veía prácticamente nada al estar todas las persianas bajadas, encendí la luz del *hall* y fue ahí cuando mis ojos se abrieron como platos al ver lo que había ocurrido y lo que estaba a punto de pasarme.

Capítulo 14

—¿Nico? —balbuceé asustada. Pero todo estaba en silencio y no me contestó—. ¿Nico? —volví a llamarlo, pero nada, todo seguía con un silencio abrumador.

Fui encendiendo cada luz de la casa intentado proteger a Carla por si nos asaltaba. Cada habitación que iba viendo estaba peor que la anterior, todo tirado por el suelo, revuelto y aquello no era un robo pues no faltaba nada. Por lo tanto, solo me quedaba deducir que Nico se había enfadado por no encontrarme allí cuando llegó y había pagado su mal humor, su borrachera o lo que fuese con la casa. Y estaba segura de que después, después iríamos nosotras. Estaba muy asustada, quería salir corriendo a casa de mi madre, pero si iba allí se enteraría de lo que estaba pasando. De repente, entre elucubraciones y con los nervios a flor de piel, se oyó el ruido del teléfono y me sobresalté.

—¿Dígame? —repondí bajito y asustada.

—Laura, soy mamá.

—¡Ahh! Hola, mamá. ¿Cómo estás? —Suspiré aliviada de escuchar una voz tranquilizadora que me daba paz y me hacía sentir que no estaba sola.

—¿Qué te pasa, hija? Te noto rara.

—Y, dale, ¡otra igual!, que no me pasa nada —protesté subiendo un poco mi tono de voz, pero a la vez contenta de que mi madre me llamase y me sacara un poco del aturdimiento que estaba viviendo en ese momento.

—Veo que no estás hoy de humor.

—Perdona, mamá, es que no he dormido bien con el constipado de Carla, ya sabes... —me disculpé sintiéndome mal, porque cada vez que hablaba con alguien más mentiras decía y más implicaba a mi pobre hija.

—Te llamaba para decirte que estoy en el hospital, no me encuentro bien y me han traído en ambulancia.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunté muy preocupada.

—Van a hacerme pruebas, aún no lo saben, pero tiene que ver con esta maldita enfermedad que me quita la vida por momentos.

—Ahora mismo voy para allá, dejaré a Carla con alguna vecina y me voy contigo.

—No molestes a nadie, cielo, estaré bien cuidada, yo te iré llamando en cuanto pueda.

—Pero, mamá... —Me cortó.

—Ni mamá, ni leches, quédate con tu hija y cuídala como haces siempre. Yo estaré bien, cualquier novedad te llamo. De verdad, no quiero verte por aquí.

—Está bien, mamá, te haré caso, pero, por favor, vete llamándome a cada rato, estaré muy pendiente del teléfono. Te quiero mucho, mamá.

—Y yo a ti, mi niña preciosa. Nunca olvides que pase lo que pase, siempre estaré a tu lado. Has sido y siempre serás la mejor de las mujeres, haz de tu hija un ser tan maravilloso como yo he hecho contigo.

—No dudes que así lo haré, mamá. Pero, por favor, no me digas estas cosas que suenan a despedida.

—No, cariño, aún tengo que dar mucha guerra, pero no quiero que lo olvides nunca. Te adoro.

Y así, sin más, me colgó el teléfono. Sentía que me moría en aquel instante, aquellas palabras tan bonitas y a la vez tan agotadoras como habían sonado en su voz me hicieron saber que mi madre no duraría mucho y eran sus palabras de despedida. Por lo que no me quedé conforme y decidí dejarle la niña a una de las vecinas que de vez en cuando me hacía un favor de ese tipo.

Cuando fui hacia la puerta para bajar con ella de la mano, noté cómo unas manos golpeaban mis hombros con fuerza empujándome contra la pared.

—¿Dónde crees que vas, maldita puta?

—Nico, ahora no, por favor. Tengo que ir con mi madre, está enferma en el hospital.

—Me suda la polla. ¡Carla! Vete a tu habitación a jugar con la cocinita, hazle ese favor a papá y cierra la puerta.

—*Pedo*, papi, *ahoda* no *quiedo* jugar.

—¡He dicho que te largues a jugar o te castigaré contra la pared toda la tarde!

—Vale, papi, no te enfades —murmuró la niña a punto de echarse a llorar. Cogió un peluche que estaba por el suelo y se marchó a su habitación.

—Nico, por Dios, déjame, tengo que ir con mi madre, se está muriendo. Tengo un presentimiento.

—A ver si es verdad que esa maldita vieja nos deja de una vez y no se mete más en nuestros asuntos.

—No se te ocurra hablar así de mi madre.

—¿Cómo dices? ¿He oído bien? —Dispuso a la vez que me cogía del pelo.

—No, por favor, suéltame, no empecemos. ¿Qué te he hecho ahora?

—¿Que qué has hecho? Por dónde empiezo...

—Tal vez no debas empezar por nada, porque te repito que he sido siempre una buena mujer contigo, te he sido fiel y siempre he intentado que seamos felices.

Después de aquellas palabras me tiró al suelo y empezó a golpearme todas las partes de mi cuerpo. Cara, espalda, abdomen, piernas, brazos... De repente, paró en seco, me cogió nuevamente por el pelo y me levantó tirándome encima del sofá. Se sentó sobre mis piernas, sacó una cuerda del bolsillo del pantalón y me ató las manos por detrás de la espalda. Estaba prácticamente inmovilizada. Forcejeé con todas mis ganas para que no lo hiciera y así escapar de allí, pero todos mis intentos fueron inútiles. Tenía el doble de fuerza que yo.

Cuando termino de atarme y de tenerme como él quería, siguió abofeteándome una y otra vez. Notaba cómo la sangre corría por toda mi cara y unas ganas terribles de vomitar me embargaron, pero a la vez deseaba golpearle como él estaba haciendo conmigo. Estaba asustada, tenía pánico y solo sonaban unas palabras en mi cabeza: «tal vez la próxima vez no lo cuentas, Laura», aquello fue lo que me dijo Javier unas horas antes y temía que hubiera llegado ese momento. Nico estaba tan furioso que no pararía hasta verme muerta.

—Ahora te voy a follar como nunca, para que jamás vuelvas a pensar en el doctorcito. Por cierto, ya no te cortas ni un pelo, estando con él en público y en el mismo parque donde íbamos nosotros con la niña.

—¿Nos has visto?

—Claro que sí y se os veía fantásticamente bien, pero con lo que vas a sentir ahora jamás volverás a pensar en él.

—No he hecho nada con él, te lo juro por lo más sagrado, Nico, suéltame ya —rogué llorando cada vez con más fuerza.

—¡Te vas a acordar de lo que me estás haciendo toda tu puta vida, aunque sea lo último que haga, hija de la gran puta, zorra asquerosa! —No dejaba de gritar y de escupir por su boca todos los insultos habidos y por haber.

—Papi, ¿qué pasa?

—Cariño, vete a tu habitación. Ahora va mamá.

—¡Aquí el que da las órdenes soy yo! —vociferó a la vez que me daba otra bofetada en la cara. Carla vino corriendo hacia su padre para morderle porque odiaba la violencia, además, aunque era pequeña sabía que no estaba bien lo

que me estaba haciendo.

Nico no se achantó, ni reuló un instante antes de soltarle una bofetada a la pequeña que hizo que saliera disparada contra la pared desplomándose en el suelo.

—¡Cabrón!, ¿cómo has podido hacerle eso a tu hija? Es solo una niña de tres años. —Me revolví para que me dejara salir, pero me dio un puñetazo cerca de la sien y me quedé mareada y con la visión nublada. Entre tanto vi cómo él se levantaba y cogía a la pequeña Carla, la cual parecía estar bien. Oí un portazo e intenté levantarme, pero, cuando estaba a punto de conseguirlo, Nico volvió y me empujó contra el sofá.

—¿Dónde te crees que vas?

—¿Cómo está la niña?! Suéltame ya, he aprendido la lección, jamás volveré hablar con nadie. Déjame ver a Carla.

—De eso estoy seguro. Primero, vas al hospital sin mi permiso, segundo, me pones una denuncia y, tercero, retozas como una zorra con el doctor guaperas.

Se fue acercando poco a poco hacia mi boca para besarme, pero cuando lo tenía cerca de mí, me incorporé un poco y le mordí el labio. Sin embargo, fue peor el remedio que la enfermedad, no conseguí nada con esa maldita actitud. Me dio varios puñetazos en la tripa, en el costado y en la cara. Ya no me quedaban apenas fuerzas para luchar contra él.

El teléfono empezó a sonar, sería mi madre, a la cual le había pedido que me llamase ante cualquier novedad.

—Déjame cogerlo, es mi madre. Quiero saber qué le ha dicho el médico.

—Ni hablar, ahora vamos a seguir jugando un poco.

Seguí llorando de la impotencia que tenía encima, quería saber cómo estaba mi madre y la vez estaba deseando correr a ver a Carla y comprobar que estaba bien.

Saltó el contestador y una voz de hombre anunciaba, a la vez que Nico me arrancaba la ropa, que mi madre acababa de fallecer, el cáncer estaba extendido por todo su cuerpo y su corazón había dejado de latir.

—¡Bien, un problema menos! —sentenció mientras seguía con su función.

—¡Suéltame, hijo de puta! Mi madre se acaba de morir. Quiero ir a verla, despedirme de ella. Suéltame, jodido cabrón —grité furiosa mientras las lágrimas salían como un grifo resbalando por toda la cara a la vez que las venas del cuello estaban a punto de estallarme.

—Te soltaré cuando me salga de los cojones, ahora trágate tus insultos y

disfruta, zorra.

Tras aquella sentencia, se deshizo de mi ropa y los dedos de Nico se incrustaron fuertemente dentro de mi vagina sintiendo un dolor enorme. Después los sacó y seguidamente me penetró con su erecto pene empalándome una y otra vez mientras yo gritaba de dolor. Cuando terminó, me dio la vuelta como pudo sin que yo dejase de llorar. Esta vez en silencio y pensando en mi madre y en Carla, sentí cómo de nuevo me penetraba por detrás y sin ningún miramiento seguía golpeándome por la espalda.

Cuando todo aquello terminó, me desató las manos, me dio la vuelta y, sin quitarme ojo de encima, me dijo:

—Espero que te acuerdes de esto cada vez que pienses en hablar con alguien, sea quien sea, porque te juro que la próxima vez no lo cuentas, ni tú, ni tu maldita hija. Ahora recoge todo este desastre, date una ducha y hazme la cena, tengo hambre.

—Necesito ir a ver a mi madre.

—No vas a salir de casa hasta que yo lo diga. Así que haz lo que te digo o te juro que no vuelves a ver a tu hija.

Con todo el dolor de mi corazón hice todo lo que me pidió, pero apenas podía moverme. Me sangraba todo. Tardé más de media hora en curarme y en que mi vagina dejara de sangrar, me había desgarrado por dentro.

Recogí poco a poco la casa, no sin antes haber pasado por la habitación de Carla y ver que estaba bien, jugando con su cocina y sus peluches.

El teléfono no paraba de sonar y, cada vez que lo hacía y saltaba el contestador, era una persona diferente; familiares, médicos y diferentes enfermeras del hospital donde acababa de fallecer mi madre. Imaginaba que estaban esperando a que fuera para encargarme del cuerpo sin vida de mi querida Patro, mi mamá, mi mami.

Capítulo 15

Habían pasado varios días y en uno de los mensajes que me había dejado un primo mío decía que se había encargado del cuerpo de mi madre y que la habían enterrado en el Cementerio Municipal de Guadalajara.

Nico nos tenía prácticamente secuestradas, no dejaba que saliéramos a la calle, ni para trabajar, ni para comprar, ni nada. Yo le había dicho por activa y por pasiva que necesitaba que me viese un médico, me dolían hasta las pestañas, pero cada vez que se lo decía se creía que lo hacía por ver a Javier, el doctor que tantos celos le despertaban, y me soltaba otros cuantos golpes, dejándome cada día peor. Alguno de mis familiares se había pasado por casa, pero cuando llamaban al timbre nos hacía estar en silencio y apagaba las luces, televisión y todo lo que pudiese hacer ruido.

Aquello se había convertido en una verdadera pesadilla, no podía casi ni ir al baño sola, me vigilaba todo el tiempo y cuando él se iba de casa nos echaba la llave para que no nos escapáramos. La niña no dejaba de hacer preguntas y de querer jugar con su padre y él la rechazaba continuamente. Apenas me dejaba llorar, porque también me pegaba. No podía más con aquella situación. Mi cabeza solo maquinaba la forma de salir corriendo de allí para no volver jamás. Por suerte, tenía algunos ahorros debajo del colchón y, si encontraba la forma de escapar de casa con la niña, podríamos coger un autobús a Madrid y allí perdernos en la gran ciudad para que Nico no nos encontrara.

Una noche, como una de tantas, Nico llegó borracho. Carla ya estaba acostada. Yo estaba viendo la televisión. Estaba demasiado aburrida de estar encerrada, pero tampoco podía hacer gran cosa al no poder moverme a mi antojo por los dolores y por estar metida en casa veinticuatro horas.

—Laura, ¡hazme la cena! Vengo hambriento —exigió mientras se quitaba la chaqueta en la entrada y se tambaleaba de un lado a otro.

—Nico, son las doce de la noche, ¿de verdad quieres que me ponga ahora a hacerte algo de cenar?, ya me iba a dormir —mentí, pero no me apetecía meterme en la cocina a esas horas y menos para hacerle nada a alguien que me resultaba cada día más desagradable.

—¡Levántate del puto sofá ahora mismo y hazme algo de cenar! O si no te juro que esto sí que no lo cuentas —me amenazó con la vena del cuello a punto

de estallarle y acercándose a mí con el puño cerrado.

—Ya voy, pero, por favor, no me pegues más.

—¿Que no te pegue más?! —Llegó hasta mí y me dio un puñetazo en el pómulo, me desplomé en el sofá y me tapé la cara por si continuaba con los golpes—. La próxima vez lo haces sin rechistar, me tienes hasta los cojones con tus numeritos. —Me levantó agarrándome fuertemente por el cabello y me empujó contra la puerta del salón para que me dirigiese a la cocina.

—Nico, estoy cansada de que me pegues a todas horas, de verdad, ¿qué he hecho para que nos hagas esto? Yo te quería, bueno..., te quiero —rectifiqué atemorizada—, pero ya no puedo aguantar más esta situación. Dejémoslo aquí y no nos hagamos más daño. Te lo pido por favor, ni si quiera me dejas salir a ver la tumba de mi madre, eso no te lo podré perdonar nunca. Siempre fue como una madre para ti. Por favor, terminemos con este sufrimiento, aquí y ahora. —Me armé de valor y le dije toda aquella retahíla, no estaba dispuesta a recibir más golpes gratuitamente sin ton ni son y sabía que aquello podría traer de nuevo consecuencias horribles.

Se fue acercando lentamente hacia mí y yo entré en la cocina, cogí la sartén para hacerle una cena sencilla. Huevos fritos, antiguamente le encantaban, pero, tal y como estaban las cosas, seguramente me los tiraría a la cabeza. Aunque era cierto que al no salir a la compra tampoco quedaba nada en la nevera y poco podía hacer para contentarlo. Cuando me agaché para coger el salero, noté cómo Nico me cogía del brazo, me daba la vuelta y, cuando estábamos frente a frente, me besó fuertemente mordéndome el labio haciéndome una pequeña herida que empezó a sangrar de inmediato.

—Todo lo que has dicho me ha parecido un discurso encantador, pero que te quede bien clarito. —Me dio con su dedo índice en la cabeza—. Eres y serás siempre mía. Nadie más te tendrá, maldita zorra. Y ahora te vas a tragar tus propias palabras. Jamás me dejarás, jamás.

Me empotró contra la encimera, me abofeteó la cara con las dos manos a la vez. Fui cayendo poco a poco al suelo y, una vez sentada, como pude, me tapé la cara y siguió pateándome todas las partes de mi cuerpo mientras intentaba arrastrarme por el suelo para poder levantarme y quitármelo de encima, aunque fuese para encerrarme en el baño. La sangre recorría de nuevo todo mi rostro y tanto las costillas como la tripa me dolían a rabiar.

Cuando conseguí levantarme y él se calmó un poco, mi parte de diablo salió de mí y vi que tenía cerca la sartén que había sacado para hacerle la cena. Cuando fue a la nevera para coger una cerveza, agarré el mango y me acerqué

silenciosamente hacia él. Sin pensarlo dos veces, cuando lo tenía a escasos centímetros de mí, con todas mis ganas y pensando más que nunca en mi hija, le di en toda la cabeza fuertemente y se desplomó al suelo tirando la lata que tenía en la mano.

Cuando le vi tirado en el suelo, me agaché para ver si respiraba y, al comprobar que lo hacía sin dificultad, le di otro sartenazo en el mismo sitio para tener el tiempo justo de coger a la niña, la bolsa que ya tenía preparada desde hacía tiempo, el dinero que tenía escondido y salir corriendo.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Dónde vamos? —Carla estaba asustada, además, yo seguía sangrando y casi no podía correr, pero no tenía tiempo de darle explicaciones, ya llegaría el momento para eso.

Cuando estaba a punto de salir por la puerta, miré hacia la cocina y Nico seguía allí tirado, por lo que cogí los abrigos y salí a la calle.

—Mamá, ¿qué le ha pasado a papá?

—Nada, hija, está malito. Pero vamos a buscar a alguien para que nos pueda ayudar, ¿vale? Tú no te preocupes y agárrate muy fuerte a mamá. Prométeme que vas a ser buena.

—Sí, mami.

Y, sin más, eché a correr como pude hacia el hospital donde se suponía que los fines de semana estaba Javier de guardia. Era la única persona que en aquel momento podría ayudarme.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta de urgencias, y ya casi sin fuerzas para correr, me paré para ir más despacio, con la mala suerte de que una mano agarró mi brazo y quise morir en aquel instante.

Me di la vuelta con el miedo invadido por todo mi cuerpo y temblando, pero a la vez armándome de valor por lo que pudiera pasar.

—¿Qué te ha pasado?

—Javier, ¡eres tú! —Mi cara fue de alivio al saber que por fin estaba a salvo, pero de todos los nervios acumulados casi me desplomo al suelo. Javier, consciente de que me había mareado, nos cogió a las dos con sus fuertes brazos y enseguida pidió una camilla y que llamaran a su hermana la cual, por lo visto, era pediatra.

—Tranquila, ya estáis a salvo, ahora déjanos que te cuidemos.

Antes de que me tumbaran en la camilla ya estaba totalmente desmayada. Mi cuerpo no podía aguantar más el dolor ni los nervios, por lo que mi mente, al saber que ya estábamos en buenas manos, dejó de funcionar y se relajó dejando paso a los doctores y enfermeras.

Capítulo 16

—¿Dónde estoy? —Intenté levantarme, pero Javier me sujetó y me volvió a tumbar lentamente en la cama.

—Estate tranquila, Laura, te hemos examinado a fondo y tienes lesiones bastantes graves. Ahora tienes que descansar y cuidarte.

—¿Y mi hija? ¿Y mi marido? No estará aquí —balbuceé bajando la voz y a punto de ponerme a temblar.

—Tranquilízate, por favor. Tu hija está en buenas manos, está con mi hermana, ella no tiene nada, solo está preocupada y preguntando por ti todo el tiempo. Me he tomado la libertad de que le preparasen una cama en Pediatría y ahora estará dormida. Se ha tomado un zumo y unas cuantas galletas. Y tu marido, ese malnacido, porque no se le puede llamar otra cosa, se ha escapado. Cuando ha ido la policía a tu casa ya no estaba. Pero está en busca y captura.

—Vendrá a por mí y a por mi hija y nos matará.

—Tranquila, no voy a dejar que os pase nada, aunque me tenga que quedar aquí las veinticuatro horas del día.

—Tengo que salir de aquí. —Histérica, empecé a quitarme los cables que tenía enganchados por todo el cuerpo. Javier no me dejó seguir y me puso una inyección que, debido al sueño que me embargó enseguida, supuse que se trataba de un tranquilizante.

—Descansa, yo me ocuparé de todo —murmuró acariciándome el pelo y yo cerré los ojos lentamente volviéndome a quedar dormida.

Cuando volví a despertar estaba sola en la habitación. Intenté incorporarme un poco para llamar a una enfermera y que me diesen un poco de agua. Apenas podía tragar saliva.

—Laura, ya has amanecido, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, más tranquila. ¿Qué hora es?

—Son las doce de la mañana. Has dormido muchas horas, pero eso es bueno para recuperarte lo antes posible.

—¿Las doce?! Hacía mucho tiempo que no dormía tanto, por si me volvía a... —Me quedé callada, no quería seguir hablando de Nico—. Me gustaría ver a mi hija, seguro que no deja de preguntar por mí y estará muy nerviosa.

—Siento decirte que está estupendamente con mi hermana y con las enfermeras de pediatría, las está volviendo locas a todas. No para de correr de un lado a otro.

—Cuanto lo siento, déjame salir de aquí y nos iremos cuanto antes.

—No digas tonterías, tienes que descansar y recuperarte. Ella está bien cuidada, la dejaré que pase un ratito a verte y se volverá con mi hermana. Se han hecho muy amigas. Además, ya hemos pedido el traslado al hospital de la Princesa, donde trabajamos los dos, para que te vengas con nosotros. Allí estarás mejor y tendremos más medios para atenderte.

—¿Por qué me estás ayudando tanto? —pregunté sorprendida por tantas molestias que se estaba tomando—. He sido una estúpida contigo. Te he tratado mal.

—No digas eso, Laura, sé que te comportabas así porque el cobarde de tu marido cada vez que hablabas conmigo te pegaba una paliza. —Al pronunciar esas palabras cerró el puño y se llevó los nudillos a la boca—. Te juro que odio a la gente así, los mataría con mis propias manos.

—No tuve valor para denunciarlo, debí hacerte caso aquel día, y casi nos mata.

—Lo sé, por eso mandé a la policía, estaba seguro de que algo no iba bien y eres una buena chica que no te mereces esto.

—Gracias, muchas gracias, eres increíble.

—Es un placer poder ayudarte, ¿tienes más familia aquí? ¿Alguien a quien podamos llamar?

—No... —Fue ahí cuando me acordé de mi madre y las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

—¿Qué pasa? ¿Te duele algo?

—No, es que... —Casi no podía hablar, tragué saliva y decidí desahogarme con él. Era lo único que ahora mismo tenía en mi vida, aparte de mi hija—. Mi madre murió hace unos días, me llamaron desde aquí diciéndome que había fallecido porque su corazón dejó de latir por lo afectada que estaba por el cáncer. Justo aquella noche, Nico, mi marido, me estaba dando una paliza impresionante y no me dejó venir al hospital, ni al entierro, ni a nada. Jamás podré perdonarle eso, era mi madre, mi amiga, la que me daba fuerzas día a día... —No pude seguir hablando y lloré. Lloré con rabia.

Javier se acercó a la cama y me abrazó con fuerza. Por una vez en mucho tiempo me sentía bien. Pero mi mente era más fuerte y, cuando me di cuenta de lo que estaba pasando, lo empujé.

—Lo siento, yo..., si Nico nos ve puede matarme.

—Aquí no está tu marido y la policía está buscándolo. Te juro que van a dar con él y pagará por todo lo que te ha hecho.

—No sé, estoy muy asustada.

—Te entiendo. No te preocupes. ¿No tienes entonces más familia por aquí?, ¿solo estaba tu madre?

—Más o menos. Para que te hagas idea, aquí no me queda nada. Por eso estaba intentado escapar y coger un billete para irme a Madrid y, una vez allí, buscarme la vida. Estoy muy perdida, no sé qué va a ser de nosotras.

—Te he dicho que vamos a ayudarnos, mañana nos trasladamos juntos a Madrid y podéis quedaros en mi casa o en la de mi hermana. Encontrarán a tu marido y podréis vivir felices de una vez.

—Muchas gracias. No tendré vida para agradeceréte.

—No es nada, de hecho, es un placer poder ayudarte. Estarás en buenas manos y juro que, aunque sea lo último que hagamos mi hermana y yo, no volverá a tocarte ese jodido cabrón.

—No hables así, por favor, me recuerda a él.

—Eso no me lo digas, jamás pondría la mano encima a una mujer. Jamás.

—Me imagino, no era mi intención ofenderte, solo me refería a que esas palabras no me gustan. Me asusta todo ahora mismo.

—Es normal y esto va a ser un proceso duro, sobre todo hasta que lo cojan y tú puedas estar totalmente tranquila y vivir en paz. Siento ser tan sincero, pero debes saber cómo va a ser a partir de ahora tu vida. Mucho cuidado con quién hablas y dónde vas porque, en cualquier esquina, puede estar él. Será mejor que te quedes en mi casa, allí tenemos vigilancia y podrás estar a salvo.

—Lo sé, te agradezco que seas sincero. No sé qué voy a hacer con mi vida... —Rompí en llanto nuevamente—. Por favor, quiero ver a Carla.

—La traeré cuando dejes de llorar, no querrás que ella te vea así, ¿verdad? Tranquilízate que ya estás aquí con nosotros, todo irá bien. Lo prometo.

Me sequé las lágrimas y Javier se fue a por la niña, estaba deseando verla, abrazarla y sentir sus manitas en mi cara.

—¡Mi niña! Ven aquí con mami. ¿Cómo estás? —le pregunté a punto de echarme de nuevo a llorar, pero tenía que ser fuerte por ella.

—Mami, ¿qué te ha pasado?

—Nada, estoy bien mi niña.

—Ha sido papá —me dijo a la vez que me acariciaba con sus manitas tan suaves.

—Mami se va a poner buena muy pronto, ya lo verás. Ahora hay que cuidarla mucho y darle muchos besos y abrazos, ¿vale? —le explicó Javier a mi pequeña, consciente de que el nudo de mi garganta me impediría hablar. Alzó la mano y la niña la chocó con él. Parecía que se llevaban estupendamente y no habían pasado ni un día juntos. Carla era una niña muy cariñosa.

—¡Sí! —exclamó acercándose a mi cara y me dio un beso que me llenó de fuerzas.

—Ahora tenemos que dejar a mami que descanse, por la tarde vienes otra vez a verla. Y ya mañana será toda tuya. Vamos, te llevaré con Laura.

—Adiós, mamá —dijo con la voz algo apagada. Se la notaba triste, pero era una niña fuerte.

—Hasta luego, mi vida, pórtate bien, ¿vale?

—Sí, mami, hasta *lego*. —Se fue alejando por el pasillo y yo sonreí de verla tan bien, pero, al igual que ella, me sentía triste y muy asustada.

Al día siguiente ya me encontraba mucho mejor y más calmada. Javier se había pasado la noche al lado de mi cama vigilándome. No entendía por qué alguien que apenas me conocía se comportaba así, pero se lo agradecía infinitamente.

Por la tarde cogimos las pequeñas bolsas que habíamos traído de casa y nos fuimos al coche con Laura y Javier. Eran dos hermanos muy guapos, amables y simpáticos. Estaba segura de que nunca encontraría a nadie como ellos que se involucrasen tanto. Eran mi salvación y la de mi hija. Ni todo el dinero del mundo podría pagarles lo que estaban haciendo por nosotras.

Durante el trayecto no hablamos mucho, la niña estaba dormida y yo estaba en estado de *shock*. No podía creer lo que estaba haciendo. De hecho, antes de comer, le había comentado a Javier que se fueran sin nosotras, que no podía hacerle eso a mi marido. Pero en un segundo volvió a abrirme los ojos, me puso a mi hija delante y me dijo que, si nos quedábamos, nos mataría a las dos; o me mataría a mí y seguramente a mi hija le iba a dar una mala vida. Aunque eran palabras duras, agradecía mucho su sinceridad.

—Ya estamos llegando —me informó Laura mirando hacia atrás y sacándome de mis pensamientos—. Vete despertando a la niña.

—Ya mismo.

—Has estado muy callada, ¿te encuentras bien? ¿Te duele algo?

—Si os soy sincera, me duele hasta el alma y estoy muy asustada. Estoy segura de que Nico nos buscará y no parará hasta que nos mate. —Nuevamente

las lágrimas aparecieron en mis ojos.

—Laura, ya te hemos dicho que con nosotros estarás a salvo. Ya he dado orden para que pongan más vigilancia en mi casa y, por favor, eso sí, no salgáis sin mí o sin los policías por nada del mundo.

—Lo cogerán, bonita, ya verás. Ahora céntrate en recuperarte y en cuidar a tu hija —comentó la hermana de Javier cariñosamente.

—Así lo voy a hacer. Muchas gracias, chicos.

Llegamos a la enorme casa de Javier, estaba en una urbanización en la Moraleja. Era un chalet de dos plantas con un jardín enorme donde Carla podría correr a sus anchas y una piscina bastante grande. Cada rincón por el que pasábamos me parecía más alucinante.

Nos llevó a la que sería nuestra habitación, era inmensa, pintada de gris claro y una decoración muy moderna. Tenía dos camas y una de ellas con dos barreras puestas.

—¿Os gusta?

—Tienes una casa preciosa y la habitación es perfecta para las dos. Por lo que veo estás en todo, hasta las barreras están puestas.

—Llamé desde el hospital para que la chica que se encarga de la casa junto a su marido las pusieran.

—Gracias, muchas gracias.

Me acerqué y le di un abrazo corto, pero intenso. Me separé enseguida, sentí que le estaba siendo infiel a Nico y estaba segura de que pagaría por ello. Me estaba volviendo loca.

—Deja de darme las gracias, lo hago encantado. Bueno, lo hacemos. También he encargado que os comprasen algo de ropa, la tenéis en el armario. Poneos cómodas y bajad a la cocina, en nada vamos a cenar.

—Enseguida bajaremos y de nuevo muchas...

—Shhhhhhhh, he dicho que no me des más las gracias.

—Vale... Ahora bajamos, Javier.

Capítulo 17

Había pasado una semana desde que estábamos ocupando un sitio en la casa de Javier. Fue una semana donde todo habían sido atenciones hacia mí y hacia mi hija.

Javier decidió no ir en unos fines de semana como voluntario al hospital de Guadalajara, ya que quería estar a nuestro lado. Y la verdad es que eso también se lo tuve que agradecer mucho. Él me daba una seguridad y una paz inigualable. Sentía que nada nos iba a pasar estando a su lado y Nico jamás volvería a ponerme una mano encima.

Como ya estaba más recuperada, decidimos pasar el sábado en el campo, para que Carla jugase y corriese a sus anchas. Cuando me quise dar cuenta estaba sentada en el césped mirando como una tonta a Javier y a la niña. Se rebozaban por el suelo y se reían. Nunca había visto así a Nico y a mi hija y me volvió a dar un vuelco al corazón de pensar en él. ¿Y si estaba observándonos? ¿Y si de repente salía de detrás de un árbol y nos atacaba? Me empecé a poner muy nerviosa. Llamé rápidamente a Javier, le conté lo que me estaba pasando y decidimos irnos a comer algo a un restaurante cerca de su casa. Más tarde nos fuimos para que Carla se echara la siesta tranquilamente.

Mientras Carla dormía plácidamente, Javier y yo salimos al jardín para tomar un café y charlar un rato.

—¿Cómo te encuentras? ¿Se te ha pasado el miedo?

—Sí, perdóname, soy una boba, sé que no está por aquí, pero todavía es pronto para sacármelo de la cabeza y creo que hasta que no lo vea encerrado no podré estar tranquila al cien por cien.

—Te entiendo, pero creo que no sabe ni por asomo dónde estáis.

—Tal vez tengas razón, pero entiende que tengo pavor, lo he pasado muy mal estos meses y, si no llega a ser por ti, me mata. Nos mata. —Sin poder evitarlo me eché a llorar, me tapé la cara con las manos, no quería que él me viese así.

—¡Eh!, no llores, estáis a salvo y eso es lo que importa —me reconfortó acercándose a mí y me acarició el pelo—. No dejaré que os ocurra nada malo, te lo prometo.

—Gracias, Javier, muchas gracias. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Si es fácil, sí.

—Supongo que lo será.

—Te escucho entonces —dijo mientras se ponía en cuclillas a mi lado.

—¿Por qué nos estás ayudando tanto?

—Sinceramente, porque en mi familia han pasado cosas..., cosas que ahora no vienen a cuento. No puedo permitir que un hombre, un cobarde, pegue a una mujer sin ton ni son. Y, aunque tuviese motivos para hacerlo porque ella sea lo peor del mundo, no hay que llegar a eso jamás. Vamos, ni un hombre ni una mujer, odio la violencia como no te puedes imaginar. Y tu marido es, y siempre será, un cobarde y un mierda. No le voy a permitir que te haga daño ni a tu hija tampoco.

—No tendré vida para agradecerte todo esto, muchas gracias de nuevo. En cuanto las cosas se calmen, buscaré un empleo y dejaremos que vuelvas a tener tu vida. Te estamos estorbando e igual tu novia no puede campar por aquí a sus anchas.

—¿Novia? ¿Qué es eso?

—Con lo apuesto y bueno que eres, seguro que tienes una cola esperando en la puerta —advertí a la vez que sentía cómo me ponía colorada.

—No te confundas, soy un tipo normal con una vida muy revolucionada y nadie quiere estar con alguien como yo. Además, supongo que aún no he encontrado a la chica adecuada.

—¿Estás esperando a tu princesa?

—Supongo que sí.

—Perdona mi indiscreción, pero ¿qué edad tienes?

—Treinta y cinco, estoy en la flor de la vida.

—Y que lo digas, todavía te queda una vida entera por delante. —Era un hombre muy atractivo y caí en la cuenta de que, con todo lo que había pasado, ni siquiera me había fijado en él como lo estaba haciendo en ese momento. Era alto, medía casi metro ochenta, por lo que podía calcular. Moreno de ojos oscuros con una sonrisa perfecta, la cual muchas veces me quedaba atontada mirando—. De todas formas, lo que te he dicho, en cuanto pueda nos iremos y dejaremos de molestarte.

—No digas chorradas, he sido yo, junto con la ayuda de mi hermana, los que hemos pensado en esta idea y los que queremos ayudaros. Podéis estar en esta casa el tiempo que haga falta. Además, he cogido mucho cariño a Carla.

—Y ella a ti —le interrumpí.

—Por eso, yo estoy más que encantado de que estéis aquí conmigo, así

tengo un motivo por el que sonreír cuando vengo a casa. No estoy solo y llenáis esto de alegría.

—Gracias por tus bonitas palabras. Eres un hombre encantador. Ojalá te hubiera conocido a ti y no a mi marido, seguro que todo hubiese sido muy diferente... —confesé arrepintiéndome de cada palabra, me ruboricé y miré hacia abajo. Noté cómo Javier se acercaba hacia mí y, colocando los dedos en mi barbilla, me subió la cabeza para que lo mirara a los ojos. Cuando me quise dar cuenta tenía sus labios rozando los míos. Fue un beso corto, pero intenso, al que yo correspondí. Sin embargo, en cuanto fui consciente de lo que estaba ocurriendo, le di un pequeño empujón y lo aparté de mí—. Pensé que querías ayudarnos, no que harías esto a la primera de cambio. —Lo dejé sentado en el sitio con cara de confusión y me marché corriendo a la habitación. Sabía que yo le había correspondido al dichoso beso, pero no quería dar mi brazo a torcer y parecer una cualquiera. Hacía solo una semana que estábamos en su casa y ya pasaba eso y no podía permitírmelo. Era muy guapo y encantador, pero no quería que jugaran conmigo y volver a tener una experiencia mala con un hombre.

Me tumbé en la cama y me quedé dormida pensando en aquel beso que había significado mucho para mí, pero segura de que lo había hecho por la pena que le daba mi situación. Solo por eso quería darme cariño de algún modo o aprovecharse de mí y llevarme a la cama. «¿Qué estoy diciendo, de tanto golpe me he quedado tonta?».

A eso de las seis de la tarde Carla saltó sobre mí y me despertó, me comió a besos y abrazos y pensé, más que nunca, que no había mejor forma de despertar que esa. Me levanté más calmada después del encontronazo con Javier.

Bajamos las dos a la cocina para merendar algo y nos lo encontramos preparando unos sándwiches de Nocilla.

—Vaya, ¿también eres cocinero?

—No hace falta hacer un máster para hacer estos sándwiches —respondió algo serio.

—¿A mí me *guta* eso, mamá?

—Ahora te comes uno para ver si te gusta, lleva chocolate, ¿vale, cielo?

—Vale, mami.

Me puse junto a Javier para ayudarle a terminar la merienda y salir un rato al jardín para seguir charlando. Tenía que pedirle disculpas. No parecía el típico hombre que jugase con los sentimientos de las personas y menos cuando

se había tomado tantas molestias para que mi hija y yo estuviésemos en buenas manos.

—Laura, yo... lo... lo siento mucho, no era mi intención besarte.

—No te preocupes, me ha gustado mucho, pero no estoy preparada para esto, no me siento bien. Lo siento, me he pasado contigo.

—No, mujer, el que se ha pasado he sido yo. No pienses que he abusado de tu tristeza para acercarme a ti.

—Solo ha sido un beso, no he dicho que abusaras de mí.

—Es un decir, no quiero que pienses nada raro sobre mí. Es cierto que me gustas, me pareces una mujer estupenda, buena, amable, guapa, buena madre y te mereces lo mejor en la vida. Ser feliz. No quiero decir con esto que esa persona que te deba hacer feliz sea yo, pero, más adelante, cuando encierren a tu marido y puedas divorciarte, me gustaría que pudiéramos intentar algo.

—Vaya, no me esperaba algo así y menos cuando nos acabamos de conocer como quien dice. Es un halago que pienses todo eso de mí, pero ahora mismo no estoy preparada para tener nada con nadie. Lo siento, de verdad que lo siento mucho, Javier. Pero que sepas que yo no te merezco.

—¿Que no me mereces? ¡Menuda gilipollez!, con perdón de la palabra. Eres una mujer fantástica, no vuelvas a decir eso en la vida.

—Mami, tengo *hambe*.

—Ya vamos, mi vida. ¿Quieres zumo?

—Sí —respondió sonriéndonos.

Terminamos de preparar la merienda y salimos al jardín. Mientras Carla jugaba a los diversos juegos que había esparcidos por toda la casa, pelotas, pinturas, muñecos, etc..... Javier y yo seguimos aquella animada charla que dejamos a medias en la cocina cuando nos interrumpió la niña.

—Laura, no quiero que pienses nada raro, pero de verdad que me gustas mucho y creo que podríamos ir conociéndonos y luego Dios dirá.

—Como he dicho antes, es un halago que sientas eso por mí. Pero yo solo tengo la cabeza ahora mismo para cuidar de mi hija, que encierren a Nico para siempre y poder vivir tranquila. Hasta entonces, por favor, te pido tiempo. No estoy preparada para empezar nada en estos momentos. No podría corresponderte como mereces. Nico me ha dejado bastante «tocada» en todos los sentidos.

—Te dejo todo el tiempo que necesites, no obstante, por lo menos piénsalo.

—Te prometo que así lo haré, pero es pronto aún.

Al rato de estar en el jardín tranquilamente, se nos unió Laura, la hermana

de Javier y la tarde se convirtió en una velada muy entretenida. Hicimos entre todos la cena, pizzas caseras, para ser exactos. Acostamos a Carla cantando una canción entre los tres y después bajamos para tomarnos una copa y charlar de todo un poco.

Capítulo 18

Aquel día me sentí como hacía tiempo que no lo hacía. A parte de estar contenta, feliz y a salvo del que en aquel momento era mi peor pesadilla, había sentido cosquillas en el estómago con el beso que me dio Javier y con todas aquellas palabras tan bonitas que salieron de su boca.

En mitad de la madrugada, nos despertamos de un sobresalto ya que se escuchaba a todo volumen la alarma de la casa. Oí cómo corrían Javier y Laura, la cual se había quedado a dormir esa noche, por el pasillo. Me levanté corriendo de la cama y cogí a Carla en brazos.

—Mami, ¿qué pasa?

—Tranquila, tú sigue durmiendo.

Entró Javier en la habitación sin llamar y preguntó si estábamos bien, le dije que sí y se nos unió Laura.

—No os mováis de aquí, por favor, voy a ver qué pasa.

—No bajes, por favor, puede ser peligroso —rogué mientras sentía que las piernas me temblaban y apenas podía mantenerme en pie—. Laura, Nico está aquí, lo presiento.

—Tranquila, seguro que es una falsa alarma.

—No soy tonta, si fuese una falsa alarma no hubieseis venido aquí corriendo a por nosotras.

—Solo estábamos preocupados. Ya verás como no es nada.

De repente oímos un ruido muy fuerte de una puerta que se cerraba. Me abracé a Carla y a Laura, estaba muy asustada. Me temía lo peor y no quería que nuestra vida acabara así.

—Chicas, ¿estáis bien? —Oímos la voz de Javier que se iba acercando a la habitación.

—Sí, estamos aquí —contestó Laura soltándome la mano y dirigiéndose hacia la puerta.

—¿¿Qué ha pasado?! —pregunte aún temblando de la angustia.

—No te preocupes, está todo bien. Ha debido de ser un gato. Han estado aquí los vigilantes y no han visto nada. Es lo normal por aquí, dichosos animalitos, los sustos que nos dan a estas horas. —Pero a mí no me convenció aquella explicación.

—Todos a dormir —dispuso Laura abriendo la boca para bostezar.

—Será lo mejor, ¿estás bien?

—Supongo que sí —mascullé una vez más mintiendo.

—¿Quieres que me quede en la cama de al lado y tú te acuestas con Carla?

—Supe entonces que mi temor era más que evidente para Javier, sin duda.

—¿No te importaría?

No quería parecer una cobarde, pero no podía evitarlo. Estaba tan asustada que casi no podía articular palabra y me daban escalofríos.

—Claro que no, venga, acuesta a la niña, tumbate y yo apago la luz.

—Gracias de nuevo, Javier. Te debo otra.

—Y dale, ¿no te cansas? —me reprendió sonriendo.

—Nunca me cansaré de darte las gracias por todo lo que estás haciendo por nosotras. Buenas noches.

No pude conciliar el sueño a pesar de que la casa estaba vigilada y Javier estaba en la misma habitación. Además, no sé por qué razón, no podía parar de pensar en aquella sonrisa tan bonita y esos dientes tan perfectos. Fue lo último que vi antes de que Javier apagara la luz. Algo en mi interior me decía que empezaba a sentir algo por él, pero tal vez estaba algo confusa por todo lo que me estaba pasando en tan poco tiempo.

Después de dar vueltas y vueltas y casi cayéndome de la diminuta cama, me senté y miré hacia donde estaba la silueta medio desnuda de Javier. Tenía un cuerpo increíble, fibroso y sin vello. Cuando me di cuenta de que mi corazón y lo que no era mi corazón palpitaban con fuerza me ruboricé.

—¿Te encuentras bien? —Escuché de pronto.

—Sí... —respondí tímidamente ya que yo misma estaba avergonzada de lo que estaba sintiendo y pensando antes de que Javier me hablase.

—No te creo.

—Es que esta cama es tan pequeña que me da cosa aplastar a la niña y no consigo dormirme. —Volví a mentir.

No me podía dormir porque no paraba de pensar en él y yo misma me estaba sorprendiendo de todo lo que estaba sintiendo.

—Ven aquí conmigo, prometo que ni si quiera te voy a rozar.

—No te preocupes, tú duerme. —Creo que mi cara estaba más roja que la sangre.

—No seas tonta, esta cama es gigantesca y cabemos los dos. Ven —me pidió a la vez que daba palmaditas en el colchón.

—Vale. —No estaba muy segura, pero accedí, no tenía por qué pasar nada.

Me acosté a su lado dándole la espalda.

—Buenas noches, Laura.

—Buenas noches.

Antes de dormirme noté cómo la respiración de él me hacía cosquillas en el cuello. Los pelos se me erizaban cada vez más. Me moví un poco para dejar de sentir aquello y me dejé vencer por el sueño plácidamente.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, a eso de las nueve de la mañana, Carla seguía dormida como un tronco y Javier estaba abrazado a mí. Me quedé muy sorprendida, no me había dado cuenta de cuándo se había acercado tanto a mí. Intenté despojarme de él con cuidado para no despertarlo y cuando su brazo rozó mi cara pude aspirar su increíble olor y así me quedé un rato, embriagándome de él.

—¿Estás intentando aprovecharte de mí? —me preguntó mientras abría los ojos.

—No me digas eso, me dan escalofríos. Solo te estaba quitando de encima para irme a desayunar. No quería despertarte, lo siento —solté algo borde.

—Perdona, no me había dado cuenta. Cuando duermo con alguien a media noche sin darme cuenta, lo juro, la abrazo. Me gusta dormir así. No te enfades, lo hago inconscientemente.

—No me enfado por eso, bueno, ni por nada. Solo quería dejarte dormir.

—Te acompaño. Ya no quiero dormir más.

Cuando salió de la cama, recordé que estaba medio desnudo, me deleité durante un rato con aquel cuerpo que estaba empezando a volverme loca.

Bajamos a la cocina y allí ya estaba Laura dándole que te pego a la cafetera y haciendo unas tortitas. Nos recibió con una gran sonrisa y yo me puse colorada. No quería que pensara lo que no era.

Aquel día lo pasamos los cuatro juntos. Fuimos al zoo, después comimos unas hamburguesas que a Carla la volvían loca; más tarde paseamos por el parque, donde Laura y Carla se lo pasaron en grande tirándose por el tobogán mientras Javier y yo nos tumbamos en el césped y veíamos como hacían el café y se reían sin parar.

—Laura, tengo una cosa que decirte. Creo que ya estás preparada para escucharla —me dijo muy serio.

—Me estás preocupando, ¿han encontrado ya a Nico?

—No, no tiene nada que ver con eso. Bueno, un poco sí, pero no es sobre si le han encontrado o no.

—Dímelo ya, me estás poniendo histérica.

—Verás, no te lo he dicho antes porque no sabía cómo te sentaría y tenías que estar tranquila y recuperarte un poco, pero, ahora que estás mejor, creo que debes saberlo. Estás en tu derecho y no seré yo quien te prive de saberlo.

—¡Suéltalo ya! —Me estaba enfadando.

—Cuando viniste al hospital, te desmayaste y te hicimos varias pruebas. Y en una de ellas nos dimos cuenta de que acababas de abortar.

—¿Cómo?! No puede ser..., si... yo no... yo...

—Tranquilízate. Por lo poco que me has contado, en alguna de las ocasiones que ese maldito cerdo te violó, te quedaste embarazada.

—Joder, ¿por qué me tiene que pasar a mi todo esto? —me lamenté a punto de echarme a llorar. Me daba pena haber perdido al bebé, pero por otro lado era un bebé que nacería por una violación. Estaba confundida en aquel momento, pero me sentía triste, muy triste—. ¿Sabes?

—¿Qué?

—Creo que a veces no mido mis palabras, porque era..., Bueno, es mi marido y no sé qué pensar. A veces creo que no es que me violase, sino que quería hacerlo conmigo y como yo no quería, pues...

—No lo pienses así ni en broma, Laura. Tú no querías, por lo tanto, se lo hacías saber y él te forzaba y te pegaba. Eso aquí, en mi pueblo y en todos los lugares del mundo, es una violación.

—Ya, no sé.

—Laura, has pasado un momento muy duro en la vida. Nosotros vamos a ayudarte a superarlo. Tienes que dejar de pensar así, tu marido es un delincuente que se merece pagar por lo que os ha hecho. Y tú te mereces ser feliz con tu hija. Y déjame decirte que eso pasará muy pronto.

Sin pensarlo dos veces me levanté y le di un abrazo fuerte a Javier. Sabía decir las palabras exactas en el momento exacto y me hacía sentir verdaderamente bien. Ojalá tuviera razón y pronto nos diesen la noticia de que Nico estaba detenido y Carla y yo podríamos vivir por fin en paz. Podríamos salir a la calle, ir al parque solas, a la compra. Las cosas normales que nos gustaba hacer antes de toda aquella mierda. De pronto, mientras le daba vueltas a todos aquellos anhelos, me vino a la cabeza algo muy importante.

—¿Qué piensas?

—Estaba pensando que me gustaría llevar a Carla a la guardería. En Guadalajara se lo pasaba en grande y por lo menos se relacionaba con otros niños.

—Yo conozco una muy buena, si quieres podemos acercarnos mañana y le

echas un vistazo.

—Tengo miedo de que Nico aparezca y se la lleve.

—Eso es fácil, le damos los datos a la guardería, una foto de él y les decimos que no se la puede llevar bajo ningún concepto y listo. Les diremos que si aparece llamen enseguida a la policía. Te recuerdo que está en busca y captura.

—Bueno, eso es verdad. Vayamos mañana. Me gusta la idea y mi hija se lo pasará estupendamente allí con los demás niños.

—Perfecto.

Capítulo 19

Al día siguiente cuando Javier salió de trabajar a eso de las cinco de la tarde, vino a recogernos a casa y nos fuimos directos a la guardería de la que habíamos estado hablando el día anterior.

Aparcamos en doble en fila ya que estaba complicado encontrar un hueco libre. Miré todo el edificio de arriba abajo, era muy grande y en la parte superior de la fachada estaba el nombre de la guardería en colorines y letras gigantescas. Pasamos directos donde estaban los despachos y allí nos recibió una chica rubia, alta, guapa y muy simpática.

Estuvimos charlando más de media hora y luego nos enseñó todas las instalaciones. Las clases eran grandes, acogedoras y estaban llenas de juguetes y dibujos. En la piscina había un grupo de bebés con el maestro y parecía que disfrutaban de lo lindo.

Por último, volvimos al despacho y nos dio la lista de precios, nos dijeron que la profesora se llamaba María Jesús, la clase que nos tocaría era el aula roja y podríamos llevar a Carla al día siguiente. Nos despedimos y fuimos directos al coche.

Pasamos un rato por el centro comercial a comprar unas cosas que nos faltaban y nos fuimos a casa para empezar la ronda de duchas, cenas y demás quehaceres del día a día.

—¿Qué te ha parecido? ¿La llevaras mañana?

—No creo, no tengo trabajo y no me lo puedo permitir, es un dineral.

—Por eso no te preocupes, yo puedo ayudarte.

—Bastante estás haciendo ya como para que encima pagues la guardería de mi hija.

—Solo hasta que encuentres algo y seguro que algún día me pagarás de otra forma todo esto —agregó sonriendo.

—¿Cómo dices? —pregunté confundida.

—Nada, solo era una broma estúpida para quitar un poco de hierro al asunto. Ya hablaremos cuando encuentres un empleo de cómo me lo devuelves, pero de momento creo que le vendrá bien y yo puedo hacerme cargo. Además, ya has visto que es amiga mía y nos ha rebajado un poco la cuota mensual.

—¿Es solo tu amiga? —le pregunté sin saber muy bien por qué, pero me

arrepentí al segundo.

—Sí, es la mujer de uno de mis mejores amigos. ¿Por qué?

—No, simple curiosidad —mentí. Aunque me costaba admitirlo, aquel comentario había despertado celos en mí, cosa que no entendía, pues no tenía ninguna lógica.

—Laura, hazme caso. La niña necesita estar con otros niños y olvidarse un poco de todo lo que está pasando. Y te vendrá bien tener algo de tiempo para ti.

—Tienes toda la razón, pero con una condición, Javier.

—¿Cuál? Y yo también tengo una condición para ti, que a partir de ahora me llames Javi.

—Vale, eso es fácil. Y, en cuanto encuentre trabajo, aunque tenga que trabajar día y noche, te pagaré hasta el último euro que te deba, además de un extra por el alojamiento y por tu ayuda en todo este tiempo. No sé el tiempo que me quedaré aquí, pero te prometo que en cuanto pueda me voy. —Me dio un vuelco el corazón, en realidad no quería irme, me sentía estupendamente a su lado y por nada del mundo quería marcharme de su casa, de su lado y de sus mimos. ¿Qué me pasaba con ese hombre?

—No hay prisa, aquí estáis en vuestra casa y no me molestáis, todo lo contrario. Ya te lo he dicho alguna vez, me gusta llegar a casa y que no esté vacía. Pero por otra parte entiendo que os queráis marchar, yo no soy nadie en vuestra vida y estaréis deseando hacer lo que os dé la gana. — Noté cómo su mirada se entristecía y bajaba la cabeza.

—No seas tonto, Javi. Aquí estamos estupendamente. Pero siento que en ciertos momentos estorbamos. Imagino que querrás tener aquí a tus ligues, a tu familia, a tus amigos y por nosotras estás dejando de hacer tu vida.

—Nunca he traído aquí a nadie, aparte de a mi hermana.

—¿Por qué?, si se puede saber —curioseé a la vez que me ponía colorada.

—Mi familia es mi hermana, las mujeres últimamente no entran en mi mente y mis amigos son escasos. Pero ya te he dicho lo que me gustaría que pasara entre tú y yo. Por lo tanto, deja de decir comentarios de mis ligues o de mujeres porque no pienso en eso ahora mismo. Y tú bien lo sabes.

—Sí, sé lo que piensas sobre nosotros. Y en lo otro estamos igual. Yo no tengo familia con la que me hable, amigas tenía una y desapareció del mapa y para el único hombre con el que he estado me ha dejado una huella tremenda.

—De repente las lágrimas resbalaban por mis mejillas—. Lo siento, qué tonta soy.

—Para nada, es normal que estés así. Ese capullo te ha jodido la vida. Pero te juro que, aunque sea lo último que haga en mi vida, lo va a pagar caro y tú vas a ser inmensamente feliz.

—Aunque te suene increíble y me digas que soy la tía más rara del mundo, no lloro porque el capullo de mi marido me haya hecho esto.

—¿Entonces? —pregunté algo confundido y arqueando una ceja.

—Lloro porque hace mucho tiempo que no sé lo que es tener una amiga. Para mí la amistad lo es todo, incluso a veces más que tener un amor. Para mí, una amiga es tener a alguien al lado para lo bueno y lo malo. Alguien a quien llamar de vez en cuando solo para escuchar su voz y que te saque una pequeña sonrisa en tus días más malos. Alguien con quien compartir tus peleas con tu novio, marido o lo que sea. Alguien a quien acudir cuando estás confundida. Alguien que no puede faltarte nunca, y yo..., yo no tengo de eso. Me siento tan sola que se me parte el corazón solo de pensarlo. No puedo confiar en nadie, no puedo llamar a nadie solo para decirle que me duele una uña, nadie para tomar una simple Coca-Cola y nadie para abrazar y sentir que jamás me soltará la mano —bramé aquella retahíla llorando cada vez más.

—Vaya, qué concepto más bonito tienes de la amistad. —Se acercó a mí y me acarició el hombro para que dejara de llorar.

—Di, mejor, tenía. Para mí la palabra amistad es mucho más que una palabra, pero hace tiempo que no creo en eso, ni creo en nada.

—Es una pena que sientas eso cuando hablas tan bien de ella. Yo no soy una chica, pero si me dejas puedo ser tu amigo.

—Claro que te dejo. —«Pero me gustaría ser más que tu amiga», dije para mis adentros al mismo tiempo que me ruborizaba yo sola de mis pensamientos picantes.

—Estupendo, cuenta conmigo para lo que necesites.

—Lo sé y, aunque ahora no sea la mejor compañía, te digo lo mismo.

Y con aquellas pequeñas confianzas nos pusimos a cenar y seguidamente nos fuimos a la cama. Javier tenía una operación de rodilla a primera hora de la mañana y tenía que estar descansado.

Cuando me levanté tenía una nota en la cocina que ponía: «te dejo café preparado, que tengas un buen día». El corazón se me aceleró como por arte de magia, era un detalle tonto, pero a la vez muy bonito.

Desayuné tranquilamente, desperté a Carla y nos fuimos las dos a vestir para empezar una nueva aventura que debíamos comenzar juntas.

Nos llevó uno de los vigilantes hasta la puerta de la guardería y esperó

abajo a que yo volviese.

—Hola, María Jesús. Soy la mamá de Carla, empieza hoy.

—Sí, me lo ha comentado Ana. Y, por favor, llámame Chus, lo otro suena muy serio.

—Encantada de conocerte. Te dejo en buenas manos, Carla, pórtate bien, ¿vale? —Me agaché para darle un beso y despedirme de ella.

—Tranquila, se lo pasará en grande.

—No lo dudo, pero tengo miedo de... da igual....

—Lo sé, me lo han contado, no te preocupes que cualquier cosa os llamamos y también a la policía. Aquí estará a salvo y disfrutando de los compañeros. ¿A qué hora vendrás a recogerla?

—A eso de las tres y media —dije poco convencida, me parecía una eternidad tantas horas sin verla y sin saber nada de ella.

—Está genial, hasta entonces.

—Hasta luego, Chus.

Bajé las escaleras aguantándome las lágrimas, tenía un mal presentimiento, pero no quería que nadie me tomase por una zumbada.

Cuando llegué a casa me sentía sola, sin saber qué hacer, dando vueltas por todas partes, de arriba abajo, de izquierda a derecha, por el jardín, por el porche y, cuantas más veces la recorría, más impresionante me parecía todo. ¿Cuánto ganaría Javier? ¿Desde cuándo llevaría trabajando para haber llegado tan lejos? Seguro que han pasado muchas chicas por aquí y me lo ha ocultado para no hacerme daño. ¿Y por qué iba a hacerme daño? ¿Qué hago pensando tanto en él?

—Ahhhh, ¡me estoy volviendo loca! —grité poniéndome las manos en la cara y tapándome.

Después de un rato deambulando por todos los rincones de la casa decidí darme una ducha y después calentaría uno de los mil táperes de comida que habían en el congelador. Me llené la bañera hasta arriba, eché un poco de jabón para formar espuma y me colé dentro soltando un suspiro.

Cerré los ojos mientras sonaba la música de Andrés Suárez a todo volumen. Sus letras decían tanto que me dio por desahogarme y llorar como una tonta. Echaba de menos el amor que un día me dio Nico, echaba de menos ese abrazo caliente de Vanesa que me hacía sentir protegida y querida, el cariño de mi madre y sus palabras más tiernas cuando me decía bajito al oído lo mucho que me quería. Me sentía tan sola, tan poca cosa que por un momento pensé que sería mejor que me quitase de en medio. No podía con tanta angustia, con tanta

tristeza y jamás podría ser feliz.

En ese momento y llorando todavía a moco tendido oí cómo se abría una puerta de golpe. Me levanté corriendo y abrí la cortina.

—¿Qué... qué haces aquí? —pregunté a la vez que volví a echar la cortina.

—Perdona, Laura, había escuchado la música, pero como está puesta en tu habitación pensé que estabas allí, no aquí, en el baño..., desnuda. Bueno, quiero decir..., eso..., aquí, duchándote. —La voz de Javier sonaba nerviosa, muy nerviosa—. Me voy, lo siento mucho.

En ese momento sí que me quería morir, Javier me había visto como Dios me trajo al mundo. No podría volver a mirarle a la cara. «¡Qué vergüenza!».

Me duché rápido, me sequé y me fui corriendo hacia el cuarto para vestirme. Como estaba sola no me había preparado nada y había pensado salir del baño en pelota picada. ¡Qué cabeza la mía!, no estaba en mi casa y debía pensar más antes de actuar y hacer lo que me diese la gana.

Cuando salí de la habitación estaba Javier a punto de entrar en el baño. Estaba desnudo de cintura para arriba y volví a sentir calor en mis mejillas.

«Creo que se ha dado cuenta de que lo estoy mirando», pensé mientras lo escrutaba con ojos deseosos de ver más.

—Laura, perdóname, yo... yo lo siento, no me he dado cuenta.

—No pasa nada, es tu casa y...

—Por mucho que sea mi casa debí llamar. Aunque con la música tal vez no me hubieses oído. Lo siento mucho.

—Tranquilo. — Me armé de valor y solté un pequeño chascarrillo—. Has visto una vaca en la ducha.

—Serás tonta, eres muy guapa y estás... Mejor me callo, de hecho, casi no he mirado.

—¿Casi? —pregunté con cara de sorpresa para hacerle sentir avergonzado.

—Sí, bueno, ya me entiendes. Era imposible no mirar. Será mejor que me meta ya en la ducha.

—Sí, mejor... —«Pero ¿se puede saber por qué tengo este tipo de conversaciones con él y cada vez que lo veo me palpita el corazón como a una colegiala?—. ¿Quieres algo de comer? —Me obligué a pensar en otra cosa.

—No, he quedado para almorzar. Muchas gracias.

—¿Con quién? —Me salió del alma y los celos volvieron a aparecer—. Perdona, no es asunto mío. —Supuse, avergonzada, que se empezaba a dar cuenta de mis chorradas y mis comentarios fuera de lugar.

—No te preocupes. He quedado con mi hermana, queremos ver unos documentos.

—Genial. Dale recuerdos.

—¿Te quieres venir? Y así luego vamos juntos a recoger a Carla.

—No quiero molestaros.

—Nunca molestas, no seas boba. Venga, ánimo.

—Vale, me pongo otra ropa y te espero abajo.

—Estupendo.

Capítulo 20

Una vez en el restaurante, saludamos a Laura y nos sentamos juntos, escrutando la carta para pedir algo de picoteo. Al principio estuvimos hablando de la niña y de la guardería.

—La verdad es que la profesora me ha parecido encantadora, pero muy tímida.

—Chus lleva muchos años, pero nunca dejará de ser esa niña tímida.

—Se la ve, pero me parece muy buena persona y una profesional de la cabeza a los pies. Y la niña seguro que se encariña pronto con ella.

—Eso no lo dudes. Ya verás cómo en dos días no querrá salir de clase. — Nos echamos los tres a reír y seguimos comiendo charlando de cosas varias.

—Tengo que ir al baño —me disculpé levantándome—. Ahora mismo vengo.

Cuando volví a la mesa Laura y Javier estaban viendo unos papeles, que imaginé que no querían que viese, puesto que en cuanto me senté los guardaron.

—Perdonad, no quería molestar. Si queréis me marchó para que podáis hablar tranquilamente.

—No te preocupes —dijo Javier algo consternado.

—No le has contado nada, ¿verdad? —intervino su hermana con cara de confusión.

—¿Qué tiene que contarme? ¿Es algo de Nico? —Empecé a temblar.

—No tiene nada que ver con eso. Es sobre nuestra familia. Ahora, si me permitís, tengo que ir al baño.

—¿Qué pasa Laura? ¿Qué me estáis ocultando?

—No es sobre Nico ni sobre ti. Es un asunto familiar que nos trae por la calle de la amargura. Pero no seré yo quien te lo cuente. Javier quiere llevarlo muy en secreto y no quiero que me odie por habértelo desvelado.

—Si es eso, me alivia, quiero decir...

—Sé lo que quieres decir, tranquila —me interrumpió Laura y justo llegó Javier.

—¿Me estabais poniendo verde?

—¡Uy! No sabes cuánto... Te han debido de estallar los oídos —bromeé

sonriéndole al mismo tiempo que él me guiñaba un ojo.

Aquella noche, mientras cenábamos los dos tranquilamente una vez habíamos dejado durmiendo a Carla que cayó rendida después del día tan estupendo que había pasado en la guardería, noté que Javier estaba muy serio y a la vez sus ojos estaban tristes.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien? —pregunté pensando en que me mandaría a la mierda por meterme en sus asuntos.

—Sí, un mal día, no te preocupes.

—Yo he estado en parte de tu día, espero que no haya hecho nada malo.

—Tú qué vas a hacer nada malo, todo lo contrario, te agradezco que estés aquí y te preocupes por mí. Aunque estoy bien, solo son unos asuntos con la familia, nada más. —Su voz era triste, por lo que pensé que algo no iba bien. Pero tampoco quería insistirle más y que pensase que era una cotilla de telenovela.

Cuando nos fuimos a dormir no podía conciliar el sueño y me puse a pensar de nuevo en Javier. Estaba preocupada por él, era evidente que algo malo le sucedía y no sabía qué hacer para ayudarlo. Al igual que él estaba haciendo todo esto por mí yo quería hacer algo por él.

Estaba a punto de dormirme cuando se oyó un ruido extraño que parecía un disparo. Me levanté corriendo en dirección al pasillo y vi que Javier salía corriendo escaleras abajo.

—¿Qué ha pasado?

—¡Coge a la niña y no salgas de la habitación!

—¡Ten cuidado! —grité muerta de miedo.

Ya no le volví a oír. Me encerré en la habitación y puse una silla en la puerta para que no pudiesen abrir el pomo. Me escondí en una de las esquinas de la habitación con la pequeña Carla. Gracias a Dios era tan dormilona que, sin inmutarse, se volvió a quedar dormida en mis brazos.

Habían pasado unos diez minutos cuando oí cómo intentaban abrir la puerta de la habitación.

—¡Abre la puerta! —por un momento me pareció que la voz de Nico se metía en mis oídos y el corazón se me iba a salir del pecho—. Laura, soy yo, Javi. Abre, ¿estáis bien?

A pesar del pánico, me obligué a levantarme y a correr hasta la silla para apartarla. Entró Javier agitado y, en cuanto comprobó que estábamos bien, nos abrazó fuertemente.

—¿Estáis bien?

—Sí, ¿y tú? ¿Qué ha pasado?

—Los vigilantes no saben, pero alguien ha disparado a una farola de las de debajo de la puerta de la entrada.

—Seguro que ha sido Nico, nos ha encontrado.

—No, estoy seguro de que ha sido una chiquillada. Ha pasado más veces.

—Si hubiese pasado más veces no habrías bajado tan rápido y menos hubieses subido tan preocupado. Algo raro pasa y lo sabes igual que yo.

—Deja a la niña durmiendo. Bajemos a tomar una taza de café.

Nos preparamos una taza de café y nos fuimos al salón para seguir la conversación que habíamos dejado a medias.

—Suena muy raro todo esto. Reconócelo, Javi.

—No quiero mentirte, Laura. Sé que parece extraño, pero no ha podido encontrarnos aquí. Los vigilantes están mirando por toda la urbanización y no han visto nada. Estate tranquila.

—No puedo estar tranquila, entiéndeme. Como nos encuentre nos va a matar a todos. Me repitió una y otra vez que lo haría en el momento en el que me volviese a ver contigo.

—¿Te pegó por mí?

—Sí, bueno, no. Se creía que le había puesto los cuernos, que me había acostado contigo. Por más que le dije que no, me pegó, me violó y me dijo que, si me volvía a ver a tu lado, hablando contigo o lo que fuese, nos mataba.

—¡Qué cabrón! Laura, te juro que, aunque sea lo último que haga, no te va a tocar un pelo nunca más y a Carla tampoco. Te lo prometo.

—Esto es cosa mía y si te pasa algo por mi culpa no me lo perdonaría jamás. Javier, tenemos que irnos. No puedo permitir que te mate. Mañana nos... —No me dejó terminar.

—No te vas a ir a ningún lado. Vais a estar aquí. Y mañana reforzaré la vigilancia si hace falta. Pero no te vayas, por favor —me rogó mirándome fijamente.

—Pero si te pasa algo yo... —Me tapó la boca con sus dedos, se acercó a mí y lentamente agacho la cabeza hasta acercar sus labios a los míos.

—Sé que no debería, pero si no lo hago me muero, Laura. —Me quedé quieta, sin pronunciar palabra y me besó. Entrelazamos nuestras lenguas entrándome nuevamente un escalofrío por todo el cuerpo.

—No puedo hacerlo, lo siento, Javi. Perdóname.

—Lo siento yo, pero tenía tantas ganas de sentir tus labios. No quiero que pienses que me estoy aprovechando de tu debilidad ni nada. Desde el primer

día que te vi pensé que eras la chica más guapa, sexi e impresionante que había visto nunca.

—Por eso me estás ayudando, ¿para aprovecharte de mí? Quieres acostarte conmigo y luego tirarme como una colilla, ¿verdad?

—Para nada, ¡eso no es así! —me explicó desesperado por las elucubraciones de mi mente—. Te juro que me gustas, me gustas como no me ha gustado nadie en mi vida. Solo quiero ayudaros y en un futuro ya se verá. Quiero cuidarte, hacerte feliz y que jamás vuelvas a llorar a no ser que sea de alegría.

—Tendrías que haberte visto la cara. Ya lo sé, tonto. —le dije dándole un codazo para quitar tensiones—. Yo siento en el alma no poder corresponderte como me gustaría. Pero me ha dejado tan tocada el tema de Nico que cada vez que siento que alguien, más bien un hombre, me toca, siento asco. No sé por qué. Me gustas mucho, pero no puedo avanzar, todavía no.

—Qué susto me has dado. De todas formas, no quiero que pienses eso de mí ni en broma. Y te entiendo. Es pronto aún y nos va a costar sacarte de tus miedos. Pero juntos vamos a poder con todo esto y más.

—Muchas gracias de nuevo, eres un buen hombre y creo que no te merezco.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no te mereces pasar por esto. Te mereces a una mujer que pueda darte todo lo que tú te mereces. Y yo ahora mismo siento asco por mí. No puedo ni darte un beso sin sentir asco, pero no por ti, Javi, por mí. Me doy un asco horrible.

—No digas tonterías, Laura. Eres una buena mujer y lo que te ha pasado no es culpa tuya. Entiendo que ahora mismo no puedas ni mirarte a un espejo, no eres la primera ni la última mujer a la que le pasa esto, por desgracia. Pero estoy seguro de que vas a poder salir de esta, cueste lo que te cueste. Tienes una hija preciosa y tienes que salir adelante por ella. Y yo..., yo te esperaré lo que haga falta porque nunca encontraré a nadie tan increíble, tan fuerte y tan buena como tú y lo cierto es que no quiero estar con nadie más que contigo. Estos días que estamos pasando, a pesar de tu dolor, estoy conociendo a dos mujercitas maravillosas y ya no podría vivir sin vosotras.

—Eres un cielo, Javi. Un cielo. —Me acerqué a él y le di un beso corto, pero estaba segura de que para Javi significaría mucho—. Vamos a dormir, mañana madrugamos.

—Sí, vamos —Me cogió por la cintura y subimos a las habitaciones.

Capítulo 21

A la mañana siguiente cuando todavía todo el mundo dormía bajé a la cocina para preparar el desayuno. Hacía tiempo que no me sentía tan bien y tenía la intuición de que iba a ser un gran día.

Me pasé más de media hora haciendo algo parecido a unas tortitas. La cocina no se me daba del todo bien. Solía preparar cosas sencillas, pero ricas.

—¡Qué bien huele aquí! Buenos días, Laura. ¿Qué tal estás?

—Buenos días. Pues, ya ves, estupendamente. Hacía tiempo que no me sentía tan bien. —Quería ser sincera y hacerle ver que la conversación de la noche anterior había tenido un buen efecto en mí.

—No sabes lo que me alegra oírte hablar así.

—Yo también me alegro mucho. Necesito olvidarme de todo de una vez y seguir con mi vida, tal y como me dijiste. Sobre todo, por mi hija.

—Así se habla, Laura. —Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla a la vez que me acariciaba el hombro.

—Te dejo que me des uno en los labios para ir acostumbrándome a esto de tener de nuevo a alguien que me quiera —le pedí risueña.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Y así lo hizo, me dio un beso intenso, donde, de nuevo, nuestras lenguas se juntaron—. Me encantan tus besos.

—Gracias. Los tuyos tampoco están mal. —Le guiñé un ojo para que entendiera que era una broma—. Vamos a desayunar, vas a llegar tarde.

—Cierto, tengo que desayunar en diez minutos. Dame unas tortitas de esas que tienen tan buena pinta.

—Creo que deberías comerte unos cereales, esto no sabe muy bien.

—Seguro que sí, trae aquí el plato.

Después de darle el primer mordisco y ver su cara de satisfacción supe que no me había salido tan mal. Eso o era el mejor actor del mundo.

—Están de vicio, Laura. Eres una buena cocinera, si yo tuviese que hacer esto sería mejor que fuera a un bar y te las trajera.

—No seas pelota, seguro que lo dices con la boca pequeña y en cuanto me dé la vuelta lo escupes.

—Que no, que no. Están muy ricas, te lo prometo.

—Está bien, te creo. Ahora date prisa o llegarás muy tarde.

Una vez se fue Javi desperté a la niña para que se tomara la leche e irnos inmediatamente a la guardería. Aquella mañana estaba feliz y me había levantado dispuesta a ponerme las pilas para buscar empleo. Estaba segura de que Nico no nos encontraría y podría seguir con mi vida. No quería que Javi me siguiera pagando todo.

Cuando llegué a casa me puse la música a todo volumen, encendí el ordenador, cogí un vaso de zumo y me puse manos a la obra. La asistenta se había ido a hacer la compra, por lo que dentro de la casa estaba sola y podía manejarme a mi antojo.

Preparé mi currículum, me hice una foto con la *webcam* y ya estaba lista para ir a por un empleo. Primero busqué como secretaria o administrativa, de periodista y por último de comercial. Aunque de este último no estaba muy convencida de que si me llamasen fuese a cogerlo, serían muchas horas al día, incluso fines de semana y no podía dejar a mi hija tanto tiempo sola o depender de alguien que la cuidara, ya que tendría que darle todo mi sueldo.

Entre mis pensamientos se oyó un alboroto enorme en la calle aun teniendo la música a tope. Fui hacia la puerta para preguntarle al guardia qué pasaba. Pero cuando abrí...

—¡Ay, Dios mío! Pero ¿qué ha pasado aquí? —Me temí lo peor, aquello era cosecha de Nico. Estaban todos los guardias tirados en el suelo, algunos con un golpe o, lo que es peor, otros con una bala en su cuerpo. Entré corriendo en la casa para llamar a la policía, pero cuando estaba a punto de llegar al teléfono noté cómo me golpeaban fuertemente las piernas con un objeto contundente y caí de bruces contra el suelo.

—Mira a quién tenemos aquí, a la más traidora y zorra del mundo. ¡Qué bien te veo, Laura!

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo nos has encontrado?

—Te recuerdo que uno de mis mejores amigos es Guardia Civil y tiene muchos contactos... Me bastó con decirle que te habías llevado a la niña y le faltó tiempo para buscarte. Y, *voilà!*, aquí estás con el medicucho. Ya veo que os lleváis muy bien y os dais besitos por la mañana.

—Lárgate, Nico. Ya no pintas nada en mi vida. La niña y yo queremos ser felices y estar con un hombre que no nos maltrate toda la vida. Eres un cobarde y un mal hombre. No te mereces para nada estar ni un segundo más a nuestro lado. —Aquellas palabras bastaron para enfurecerle al máximo. Se acercó rápidamente hasta donde estaba mi cuerpo tirado en el suelo después de aquel golpe que me había propinado con un bate de béisbol.

—¡Lamentarás haber nacido, maldita zorra! —me gritó mientras me amenazaba con el bate poniéndolo a la altura de mi garganta—. Primero te daré una paliza, después traeré aquí a tu hijita para que veas cómo la mato y, por último, a tu doctorcito. Verá cómo te violo hasta dejarte seca, ¡puta! Luego lo mataré y después te vendrás conmigo y viviremos felices para siempre.

—Contigo es difícil ser feliz y nunca volverás a tener mi amor. Así que será mejor que acabes conmigo ahora mismo.

—Más quisieras. Vivirás conmigo, te follaré todos los días, te recordaré a tu hija y a tu doctorcito cada minuto del día para que jamás puedas vivir en paz.

—No vas a hacer nada de eso. Te repito que nunca volveré a quererte ni volveré a tocarte. Me das pena y, lo que es peor, me das asco. No me volvería a meter contigo en la cama aunque me dijeran que con eso desaparecerías de nuestras vidas. Y, como te atrevas a tocarle un pelo a mi hija o a Javi, te juro que será lo último que hagas, porque te encontraré y si hace falta te mataré con mis propias manos. —Me armé de valor para soltarle toda aquella retahíla sin importarme las consecuencias. Sabía que la niña estaba bien cuidada con Chus y que Javier no volvería en horas.

—Qué valiente te has vuelto desde que estás aquí. A ver si es verdad que puedes matarme con tus propias manos. —Después de decir aquellas palabras, Nico empezó a golpearme sin ningún tipo de miramientos.

Patadas por todo el cuerpo, puñetazos en la cara y en el estómago. Me levantaba tirándome de los pelos para darme con el bate en las piernas y volver a caer al suelo para que siguiera golpeándome. Yo estaba demasiado aturdida para poder hacer algo. La sangre me resbalaba a chorros por la cara, me dolían todas y cada una de las partes de mi cuerpo. Las piernas no me respondían, atrofiadas por los golpes. Intenté levantarme cuando por fin dejó de golpearme, dándome por muerta, supuse; entonces, de nuevo reaccionó empujándome contra el suelo. Me arrancó la ropa de cuajo. No podía ver con claridad, pero estaba claro que iba a violarme sin piedad. Cuando sentí su pene entre mis piernas quise morir. Unas ganas tremendas de vomitar se apoderaron de mí e intenté echarme a un lado poniéndome la mano en la boca, pero Nico no me dejó y me penetró de una estocada. Gemí del daño que me estaba haciendo y una rabia en mi interior quiso sacar fuerzas de donde no tenía para cogerle del pelo y acercarlo a mí para intentar morderle la cara.

Sin embargo, no tenía fuerzas para atacarlo ni haciendo acopio de todas ellas. Él, viendo mis intenciones, más fuerte entraba y salía de mí a la vez que

me abofeteaba la cara.

—Así es como lo hace tu querido doctorcito, seguro que echas de menos cómo te follaba yo. ¿Verdad, querida? —Su risa se clavó en mis oídos sintiendo cada vez más rabia.

—¡Eres un desgraciado! ¡Te aseguro que pagarás por todo esto! —espeté casi sin aliento mientras otro puñetazo se clavaba en mi pómulo.

Pasados unos minutos que me parecieron horas, se oyó una voz de mujer dirigiéndose a mí.

—Señorita Laura, ¿está en casa? —Era la asistenta—. He llamado a la policía al ver todo el desastre que hay aquí fuera.

—Salvada por la maldita asistenta —escupió Nico incorporándose—, volveré a por ti y, recuerda, te estaré vigilando allá donde vayas. —Me intentó dar un beso y con las pocas fuerzas que me quedaban le mordí. Pero, antes de marcharse, me pateó fuertemente las costillas y salió corriendo hacia la puerta de atrás.

—Pero, señorita Laura, ¡qué desastre! No se mueva, quédese donde está, voy a llamar a Javier para que venga urgentemente. La policía no tardará en llegar. —Entre que no tenía fuerzas y mis ojos cada vez se nublaban más y sentía que perdía el conocimiento, pude oír cómo la asistenta llamaba a Javier—. Javier, es urgente que venga a la casa. Todos los vigilantes están tirados en el suelo, algunos con disparos. No sé si estarán muertos. Y Laura está muy mal. Ya he llamado a la policía.

En algún momento después de aquello, en un estado de semiinconsciencia que me impedía saber cuánto tiempo había transcurrido, sentí cómo me cubrían con una manta.

—Laura, ya estoy aquí, puedes estar tranquila.

—Javi, mi hija..., cuida de ella, por favor.

—Lo haré, ahora estate tranquila, vamos a llevarte al hospital.

—Gracias y ten cuidado, sigue suelto y vendrá a matarnos a todos.

—No hables más, ahora descansa.

Ya no pude pronunciar palabra, me subieron a una camilla y me desmayé.

Capítulo 22

Intenté abrir los ojos, pero me era imposible. En la habitación se oía mucho alboroto. Entre sombras podía averiguar varios bultos moviéndose de un lado para otro.

—Me da igual lo que tengáis que hacer, pero quiero que cojáis a ese cabrón y pague por todo esto. —Reconocí la voz de Javi.

Hice señas con la mano para que alguien viniese en mi ayuda, ya que no podía abrir los ojos ni pronunciar palabra. No me salía la voz. Pero nadie venía a mis llamamientos, por lo que, del esfuerzo, volví a quedarme dormida.

Noté cómo alguien me cogía de la mano y me desperté. De nuevo hice amago de abrir los ojos, pero no había forma.

—Laura, tienes que ponerte bien. La niña pregunta mucho por ti y en casa te echamos de menos. Mi hermana nos está echando una mano con todo este follón. No sé qué me pasa contigo, pero si te pasa algo me muero. Te quiero mucho y, aunque ahora no puedas oírme, en cuanto despiertes haré que seas mi mujer y la madre de mis futuros hijos. En este poco tiempo a tu lado me he dado cuenta de que ni puedo ni quiero vivir sin ti. Sois todo lo que necesito para ser feliz.

Hice otro intento de hablar, pero seguían sin salirme las palabras. Por lo que mandé a mi cerebro a que moviese la mano que Javier me estaba agarrando para que supiera que le estaba oyendo.

—Laura, cariño, ¿me oyes? —Le volví apretar la mano—. ¿Puedes hablarme? Abre los ojos. —Como no podía hacer nada de lo que me estaba pidiendo y, mi ansiedad cada vez era mayor, la máquina que media mis pulsaciones empezó a pitar con fuerza—. Tranquila, no te preocupes. Si no puedes hablar, apriétame dos veces. —Y así lo hice—. ¿Y los ojos tampoco los puedes abrir? Apriétame otras dos veces si no puedes. —Y volví a repetir el gesto.

Mi cuerpo empezaba a temblar. Quería verlo, quería decirle que yo también lo quería a pesar del poco tiempo que habíamos pasado juntos, quería preguntarle por Carla, necesitaba abrazarla.

—No te preocupes, Laura, es normal esto que te está pasando. Escúchame con atención. Los ojos dudo que puedas abrirlos por lo hinchados que los

tienes. Y la voz, voy a intentar quitarte el tubo que tienes en la garganta, que es lo que te impide hablar. Te va a doler, pero intenta estar lo más quieta posible. Si estás preparada, apriétame de nuevo la mano. —Casi sin fuerzas y con muchas ganas de llorar, le volví apretar la mano.

Sentí como si me estuviesen sacando las tripas por la boca. Tenía muchas ganas de vomitar, pero aguanté como pude. De repente las lágrimas empezaron a resbalar por los laterales de mi cara y Javier con sus dedos las sujetaba para que no terminasen de caer.

—No llores, todo estará bien y en unos días podrás volver a casa. ¿Puedes hablarme? —Hice el intento y un hilo pequeño de voz apareció.

—Ja... Javi. —Me dolía mucho la garganta.

—Tranquila, con oírte eso es suficiente para saber que puedes hablar. Ahora será mejor que descanses. En un rato volveré para comprobar cómo estás. Tengo que ir a ver a otros pacientes.

—No... No te... no te vayas —le pedí como pude y le agarré de la mano todo lo fuerte que pude.

—Tienes que descansar. Llevas unos días sin conocimiento y no es conveniente que fuerces.

—¿Días? —pregunté muy bajito.

—Sí... Llevas cinco días ingresada. Te desmayaste cuando llegó la ambulancia a casa y no has despertado hasta hoy. —Le apreté de nuevo la mano y las lágrimas volvieron a salir—. Tienes que estar tranquila, por favor. No te pongas así.

—La niña...

—La niña está estupendamente. Le hemos dicho que has tenido que ir Guadalajara a recoger unas cosas y que vuelves en unos días. No sabíamos exactamente qué querías que le contásemos. Así que, cuando salgas de aquí que será muy pronto, decide qué quieres explicarle. Ahora descansa. Ella está en buenas manos. Entre mi hermana, Chus y yo estamos haciendo todo lo posible para que no se entere de nada y está contenta. —Intenté sonreír. Javi me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Pasado un rato y sin poder dormir, veía sombras a mi alrededor que corrían de un lado a otro. Oía las voces de las enfermeras preguntando a unos y a otros cómo estábamos.

Ya era hora de comer. Noté cómo un hombre, que parecía alto y fuerte, entraba en la habitación donde estaba y sonó cómo echaba la cortina.

—Javier, ¿eres tú?

—No, le traigo la comida —dijo una voz grave.

—¿La enfermera vendrá a ayudarme? —Cada vez me iba saliendo más la voz.

—Sí, ahora mismo viene. Le dejo aquí su bandeja.

—Gracias —respondí intentando abrir un poco los ojos, pero me era imposible. No me dijo nada más y se marchó.

Al rato entró otra persona y esta sí debía ser la enfermera para ayudarme a comer algo, aunque imaginaba que solo sería líquido para ir cogiendo un poco de fuerzas.

—La verdad es que me muero de hambre. —Nadie contestó—. ¿Hay alguien?

«Qué extraño —pensé—, me ha parecido que alguien entraba en la habitación. Esto de no ver me está matando. Menos mal que este tormento solo durará unos días hasta que baje la hinchazón». Debía tener la cara como un monstruo y, aun así, Javier estaba pegado a mí casi las veinticuatro horas del día. Era un hombre increíble.

De repente noté cómo alguien me cogía los brazos.

—¿Quién es? ¿Qué hace? —Pero nadie contestaba. Aunque me resultaba imposible ver lo que hacían, sentía que me ataban las dos manos con una cuerda—. Nico, eres tú, ¿verdad? Otra vez no, por Dios, déjame en paz.

—Te dije que nunca te dejaría en paz, que los mataría a todos delante de ti. Pero no me has dejado elección, a ellos ya me los he cargado. Pero ahora tú te vendrás conmigo.

—No habrás sido capaz de tocarles un pelo, si no te juro que soy capaz de matarte con mis manos. —¿Sería verdad que los había matado? De repente sentí un dolor muy fuerte en el pecho. Como si me hubiesen arrancado el corazón de golpe. Si aquello era cierto, mi vida se habría acabado y ya no tendría nada que perder.

Nico me quitó todos los cables que estaban pegados a mi cuerpo. Me arrancó las vías y sentí la sangre recorrer mis manos.

Me cogió en brazos para sentarme en una silla de ruedas, pero me revolví encima de él para intentar escapar. Me dolían todas las partes del cuerpo, hasta las que ni sabía que existían. Me golpeó fuerte en el abdomen y ya apenas podía moverme. Justo cuando iba a gritar me puso una cinta en la boca.

Pude ver que se abría la puerta y él empujaba la silla de ruedas. Una vez fuera empezó a correr. Algunas enfermeras gritaban y decían que llamase alguien a la policía. En ese instante se oyó un disparo y todo el mundo se

quedó en silencio. No podía ver con claridad qué pasaba, pero sabía que Nico había disparado, no sé si al aire o a alguien.

Aquella situación se le estaba yendo de las manos. No entendía cómo aquel hombre maravilloso que un día fue, se había convertido en aquella persona tan horrible que quería acabar con todo el que se cruzase en su camino, incluso con su hija.

—¡Suéltala, maldito hijo de puta! —Reconocí la voz de Javier. Por un lado, sentí alivio de saber que Nico había mentido y seguía vivo. Pero, por otro lado y sabiendo que llevaba una pistola, temí por su vida. No pararía hasta meterle un balazo entre ceja y ceja.

Otro disparo se oyó y a su vez muchos gritos.

—¡Agachaos todos! —chilló Javier. A lo lejos se oían las sirenas de la policía. Y, por una vez en horas, me sentí aliviada. Sabía que esa vez era la definitiva para que lo cogieran.

Intenté levantarme de la silla, pero Nico me cogió por los hombros y me sentó de nuevo. Me quitó como pude la cinta que tenía en la boca.

—Nico, por favor, suéltame y entrégate a la policía. Déjanos vivir en paz de una vez.

—¡Cállate, zorra! —Me volvió a golpear.

En ese momento entraron unos diez agentes de policía armados. Yo solo veía bultos moverse y a la gente hablar y gritar sin parar.

Nico me cogió por el cuello, me levantó de la silla y me puso la pistola en la cabeza.

—Si movéis un solo dedo juro que aprieto el gatillo y me la cargo.

Empezamos a andar marcha atrás y yo no podía seguir el ritmo, me dolían todas las partes habidas y por haber. Cuando Nico se dio cuenta de que yo era una carga y la policía estaba a punto de cogerle, me soltó de golpe y caí al suelo. Disparó al aire y siguió corriendo para conseguir escapar. La policía fue tras él.

A los pocos segundos alguien me cogía para ponerme de nuevo en la silla de ruedas.

—¿Estás bien? ¿Te ha disparado a ti?

—No, gracias a Dios, no y, sí, creo que estoy bien a pesar de todo.

—Vamos, tengo que volver a examinarte.

—Pero ¿y si vuelve Nico?

—Tranquila, la policía ya se está encargando de él. En cuanto le cojan no volverá a ver la luz del día ese mamonazo.

—Por favor, no me vuelvas a dejar sola. Me dijo que os había matado y yo... —No pude seguir hablando, mis lágrimas salían a borbotones.

—Ya ha pasado todo, te lo prometo. Ahora, estate tranquila y déjanos que te examinemos.

Intenté dejar de llorar, pero me era imposible. La rabia, la desesperación y el malestar se habían apoderado de mí y no había forma de contener las lágrimas. Cada vez lloraba más y más.

—Una última cosa, Javi.

—Dime.

—¿Cómo está mi niña?

—Mi hermana y yo la hemos llevado esta mañana con Chus, y está bien, echándote de menos. Por eso ahora tienes que dejar que te reconozca para que te recuperes cuanto antes y puedas reunirte muy pronto con ella. Túmbate y deja que nos ocupemos de ti. Descansa.

Seguidamente noté un pinchazo en el brazo, cerré los ojos y me quedé dormida.

Capítulo 23

—¡No! ¡Mi hija no, por favor!

—Laura, ¡despierta! —una mano tocaba mi cuerpo dándome pequeños golpes.

—¿Qué ha pasado? ¿Carla? ¿Dónde está Carla?

—Tranquila, está con Javier y su hermana.

—Chus, ¿eres tú?

—Sí, tranquila, tu niña está en buenas manos, y tú también.

—Lo último que recuerdo es que Nico estaba aquí, me dijo que había matado a Carla y a Javi.

—Sí, así es, pero por suerte era una más de sus mentiras. Ellos están en la cafetería, de hecho, he traído yo a la niña. Quería pasar a verte un rato y se ha quedado con ellos abajo.

—Muchas gracias, ya me ha dicho Javi lo bien que te estás portando con ella y con nosotros. No tendré vida para agradecerte todo lo que estás haciendo, Chus.

—No hay nada que agradecer. Estoy segura de que, si yo estuviese en tu lugar, harías lo mismo.

—Eso no lo dudes ni un segundo.

—No lo hago, además, Javi en su día también me ayudó mucho a mí y le estoy muy agradecida por ello. Y ahora que tú eres su amiga, por llamaros de alguna manera, también eres la mía y estaré aquí siempre que me necesites.

—Muchas gracias. Eres una mujer estupenda —le dije intentando alcanzar su mano para estrechársela en forma de agradecimiento. Seguía sin ver mucho, por lo que me era muy difícil distinguir las cosas y a las personas—. ¿Qué te pasó a ti para que Javi tuviese que ayudarte? Si se puede saber...

—Claro que se puede saber y estaré encantada de contártelo en otro momento. Ahora tengo que llamar a la enfermera para que te revise. Llevas dos días dormida y será mejor que los avise cuanto antes.

—¿Dos días? ¿Otra vez he perdido dos días de mi vida en esta cama?

—No te pongas nerviosa, has estado descansado y recuperándote para poder estar con tu hija lo antes posible. Créeme que esto te ha venido de perlas. No te lo tomes como una pérdida de tiempo, sino como un pequeño

descanso antes de volver a comerte el mundo cuando salgas de esta maldita habitación.

—No sé cómo tomarme esto, ya estoy cansada, quiero poder vivir tranquila.

—Y así lo harás, te lo prometo.

—Una última cosa antes de que te vayas, ¿han atrapado a Nico?

—Eso no me corresponde a mí decírtelo, será mejor que venga Javi. Voy a buscarlo.

—Gracias, Chus. Muchas gracias por todo. Sé que apenas nos conocemos, pero te importaría darme un abrazo. No tengo a nadie y tú estás aquí ayudándonos y... —No pude seguir, nuevamente las lágrimas resbalaban por las mejillas.

—¡Eh! ¡No llores! Te doy uno y mil abrazos. Sabes que me vas a tener aquí cuando me necesites. Seguro que seremos buenas amigas.

—Muchas gracias. Eres una mujer estupenda.

—Eso ya lo sé, mujer —bromeó echándose a reír para apaciguar un poco las aguas—. Voy a buscar a Javi y a la enfermera. Nos vemos pronto, cuídate y no te preocupes por Carla, es una niña maravillosa y lo pasamos genial en clase. Aprende muy rápido.

—Dale un beso de mi parte, dile que en nada su mamá estará con ella. —Seguí llorando sin consuelo. Anhelaba tanto sus besos, sus abrazos y sus caricias con esas manos tan pequeñas que se me partía el corazón de no poder estar a su lado.

—Así lo haré. Adiós, Laura.

Pasados unos cinco minutos entró Javier acompañado de una enfermera. Se quedaron hablando en la puerta y casi no podía oír lo que decían. Cuando terminaron de hablar, se oyó de nuevo la puerta e intenté fijar la vista para ver quién se había quedado en la habitación, ya que solo necesitaba a Javier en aquel instante. Era el único que podría darme explicaciones a todas esas preguntas que, a cada minuto que pasaba, más se agolpaban en mi cabeza.

—Laura, ¿cómo te encuentras?

—Hola, Javi, qué bien que estés aquí. Tengo tantas cosas que decirte.

—No sé cómo tomarme eso. No me asustes.

—No, tonto, no es nada malo —dije intentando hacer una mueca para reírme—. ¡Auu! Cómo me duele el labio.

—Te tienen que doler todas las partes del cuerpo. Estás muy magullada. El malnacido ese no te ha dejado nada sin marcar.

—¿Han atrapado a Nico? —solté sin rodeos.

—Verás, em..., sí. Bueno..., no. —Estaba claro que no esperaba la pregunta y le había cogido desprevenido.

—¿Sí o no?

—Estuvieron a punto de cogerle, pero escapó, se puso a pegar tiros a diestro y siniestro. Amenazó a una señora con la pistola a que saliera del coche y se marchó burlando a toda la policía. No es tan tonto, tiene todo bien atado.

—¿Me estás diciendo que seguimos todos en peligro de muerte?

—Hemos ampliado la vigilancia, tanto aquí como en casa. Estamos seguros, Laura.

—No, no lo estamos. El día que me pegó también había varios agentes en la puerta y mira... ¡No pueden con un hombre de mierda! —Empecé a ponerme muy nerviosa y las máquinas que tenía alrededor pitaban sin parar.

—Laura, estate tranquila, por favor. Esto no ayuda a tu recuperación.

—Claro que no ayuda, no podré volver a dormir tranquila hasta que lo atrapen. ¿No lo entiendes, Javier? Estaré pensando si estáis bien hasta que aparezcas a la mañana siguiente. Ni si quiera yo sabré si llegaré a la mañana siguiente si ese capullo aparece y me mata sin que nadie se dé cuenta.

—Lo entiendo perfectamente, pero no podemos hacer nada más al respecto. La policía está haciendo su trabajo.

—¡Menudo trabajo de mierda! No han sido capaces de atraparlo todavía. ¡No puedo seguir así!

—Lo sé y te aseguro que no voy a dejarte sola, no volveré a dejar que te pase nada malo.

—Mientras tú estás aquí conmigo, mi hija, tu hermana y todo el que tenga algo que ver conmigo, corre peligro. Entiéndelo, Javier, no podemos seguir así. Tengo que marcharme con mi hija y dejaros en paz, no quiero que os pase nada por mi culpa. —Entonces fue cuando empecé a quitarme todos los cables que estaban enganchados a mi cuerpo.

—¡No hagas eso, Laura, estate quieta, debes descansar y recuperarte!

—Debo irme, estáis todos en peligro... —No pude seguir hablando, cuando estaba a punto de levantarme de la cama me mareé y caí de nuevo.

—¡Ves! Debes estarte quieta y descansar. Hazme caso, por favor.

—Está bien, tú ganas. En cuanto me recupere y pueda valerme por mí misma cogeré a mi hija y me marcharé.

—Eso ya lo veremos.

—No, Javier, no, no hay que ver nada. Será como estoy diciendo. Te

agradezco en el alma todo lo que estás haciendo por mí y por Carla, pero no puedo permitir que os haga nada. No me lo perdonaría y no podría resistir vivir con ello.

—Laura, ya hablaremos de esto. A lo mejor de aquí a un par de días han cogido a ese cabrón y podemos estar tranquilos de una vez por todas. Ahora déjame que te ponga la medicación y descansa.

No pude seguir hablando, noté que se me adormecía todo el cuerpo y los ojos se me cerraban lentamente.

Capítulo 24

Había pasado más de una semana y yo por fin me pude ir a casa de Javier con mi hija. Nuestro reencuentro estuvo cargado de lágrimas. A pesar de lo pequeña que era, sus sentimientos eran como los de cualquier persona mayor.

Cuando por fin estuvimos juntas nos pegamos jugando en su habitación durante toda la tarde, de un lado para otro. A eso de las siete y media la bañé y le di de cenar. Había echado mucho de menos todas aquellas pequeñas cosas que sin saberlo me hacían muy feliz.

Una vez la acosté bajé de nuevo a la cocina y estuve preparando algo sencillo para cuando viniese Javier. Estaba agotado de pasar tantos días conmigo en el hospital porque, además de haber estado trabajando y haciendo turnos, había estado cada noche a mi lado para vigilar que Nico no apareciese de nuevo para intentar matarme. ¡Qué hombre más bueno! Y sin pedir nada a cambio.

A eso de las diez de la noche se abría la puerta y aparecía un Javier con unas ojeras que le llegaban a la barbilla.

—Buenas noches, ¿cómo te encuentras? —me preguntó con esa sonrisa que le hacía tan especial.

—Estoy bien, ¿tú cómo estás? Se te ve agotado.

—La verdad es que estoy muy cansado. Han sido días muy duros. Pero pronto estaré como nuevo.

—Seguro que sí. Vamos a la mesa, ya he preparado la cena.

—Muchas gracias, no tenías por qué, tienes que descansar.

—Ya estoy cansada de descansar. Además, me apetecía prepararte algo. Te mereces todo lo mejor. —Me acerqué a él y le di un beso. Un beso que él me devolvió enseguida y duró más de la cuenta. El pelo se me erizó y me hubiese gustado llegar a más, pero había algo en mi mente y en mi corazón que todavía no estaba preparada para eso. Lo debió notar y se separó de mí—. Vamos a cenar y luego a la cama a descansar.

—Estupendo —le dije sin más.

Cuando terminamos de recoger toda la cocina nos fuimos derechos a la cama. Estaba a punto de entrar en mi habitación cuando noté la respiración de Javier en mi cuello.

—Laura, ¿quieres dormir conmigo? —me susurró al oído. Me dejó sin habla. No estaba segura de qué contestar. No estaba preparada para llegar a nada más—. Te prometo que solo será dormir. Necesito sentirte cerca, yo también lo he pasado mal y pensaba que te podía perder.

—Está bien, cojo el pijama y voy.

—Te espero en la cama. Gracias —respondió sonriendo.

—Gracias a ti por todo lo que estás haciendo. Eres increíble. —Y le devolví una pequeña sonrisa mientras a él se le iluminaban los ojos.

Unos diez minutos después, cuando entré en su habitación, Javier estaba profundamente dormido. Era muy consciente de lo agotado que estaba.

Me acosté junto a él, mirándole como una tonta. Me encantaba su olor, su cara, su cuerpo, su manera de ser. Todo. Me gustaba todo de él. Si le hubiese conocido antes que a Nico todo hubiese sido diferente.

Al rato de estar observándole me quedé dormida. Pero a media noche, cuando todo estaba en silencio, oí un ruido aterrador. Intenté despertar a Javi, pero no había forma.

Me levanté de la cama sin hacer ruido. Me dirigí directamente hacia la habitación de Carla, no sin antes mirar bien a mi alrededor y asegurarme de que no había nadie.

Cuando llegué a su habitación no podía creer lo que mis ojos estaban viendo. Carla estaba boca arriba en la cama con un balazo en el corazón y todo su pijamita lleno de sangre. Me acerqué y la cogí entre mis brazos con la cara llena de lágrimas y el corazón a punto de estallarme.

Pero, de repente, otro sonido de una pistola me sacó de mis pensamientos y corrí hacia la habitación de Javier con Carla en mis brazos y le encontré del mismo modo que a mi hija.

—¡No! ¡Nooooooo! ¡Hijo de puta! ¡Te mataré con mis propias manos, te lo juro! ¡Nooooooo!

—Laura, despierta. Estás soñando. ¡Despierta!

—Javier, ¡qué horror!, ¡qué pesadilla tan horrible! Tendrías que haber visto a mi pequeña, llena de sangre y a ti.... —De nuevo las lágrimas se apoderaron de mí. El corazón me iba a mil por hora.

—Tranquila, estamos bien. —Me enseñó la cámara donde Carla dormía plácidamente—. Solo ha sido una pesadilla. —Me abrazó y se volvió a quedar dormido. Yo estuve dándole vueltas a la maldita pesadilla. Si Nico seguía libre, cualquier día, aquellos horribles sueños se volverían realidad y yo no podría soportarlo. Así que, sin dudarle ni un segundo, después de muchas

vueltas al tema durante el resto de la noche decidí que tenía que marcharme del lado de Javier para que Nico no le hiciese daño.

Cuando vi la luz del sol entrar por las rendijas de las persianas me levanté de la cama con un dolor de cabeza horrible. Bajé a la cocina para preparar el desayuno como cada día desde que había aparecido en aquella casa y para darme una buena ducha. Mi plan trazado durante la noche iba a ponerse en marcha en pocas horas.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días. He tenido noches mejores —afirmé agachando la cabeza. Era incapaz de mirarle a la cara sabiendo que después de todo lo que había hecho por nosotras y, todo lo que sentíamos el uno por el otro, me marcharía sin decirle nada, todo se iría al traste de un momento a otro.

—¿Por la pesadilla? Fue solo eso, una pesadilla. Tienes que estar tranquila.

—Sí, lo sé, pero después de ese sueño no fui capaz de cerrar los ojos sin veros llenos de sangre.

—Me puedo hacer una idea. Pero, tranquila, todo irá bien.

—Lo sé —mentí de nuevo.

—Ven aquí. —Me acerqué a él y me cogió por la cintura para que me sentara en sus piernas. Me besó en los labios dulcemente y, como cada vez que lo hacía, me dio un escalofrío por todo el cuerpo. Cuando parecía que estábamos a punto de pasar a algo más, la voz de Carla hizo que nos separáramos y volviésemos a la realidad.

—Voy a por ella —dije con la voz agitada.

—Aquí os espero.

Cuando terminamos de desayunar Javier se marchó a trabajar y yo me puse a preparar la diminuta maleta. No teníamos nada en aquella casa, por lo que cogí algo de ropa, algún juguete y poco más.

Antes de marcharnos decidí dejarle una nota a Javier, no se merecía que me marchara sin apenas darle una explicación.

Lo siento, Javi. No puedo decirte otra cosa que no sea gracias. Gracias por habernos ayudado tanto en este tiempo. Gracias por protegernos con tu vida y gracias también a tu hermana. Después de la pesadilla de anoche no he parado de darle vueltas y no quiero que te pase nada, ni a ti ni a tu familia. Por lo que nos marchamos, no intentes buscarnos, te lo pido por favor. Sabes que te quiero, que te quiero mucho y no tendré vida para agradecerte todo. Ojalá algún día podamos reírnos de todo esto.

P.D.: Te he cogido algo de dinero, te juro que cuando todo esto pase te devolveré hasta el último céntimo. Gracias de nuevo.

Te quiero. Te queremos.

Cogí la maleta y a Carla en brazos para marcharme inmediatamente.

Llegué a la entrada y estaban los guardias mirándome de arriba abajo.

—Buenos días —saludaron los dos a la vez—. ¿Dónde va con esa maleta?

—Buenos días. Esto... estos son unos libros para llevarlos a la guardería. Hablé con la profesora y, como la niña ya no los quiere, allí les serán de utilidad.

—Muy bien, señorita, que pasen un buen día.

—Igualmente y llamadme Laura, por favor. —Qué más daba ya, si no volvería a aquella casa y encima les había mentido. Me sentía la peor persona del mundo. Javier no me lo perdonaría jamás.

Cuando cogimos el taxi le pedí que me llevara al centro de la ciudad a un hostel barato. Pasaríamos allí el día y podría buscar algún empleo. Seguiría llevando a Carla a la guardería, hablaría con Chus, no me quedaba más remedio que rogarle que no le dijera nada a Javier.

La habitación era algo antigua y olía a lejía. Dejé la maleta cerca de la entrada. No estaríamos allí mucho tiempo.

Carla se puso a saltar en la cama mientras yo inspeccionaba cada rincón de la diminuta habitación por si había bichos o algo inesperado.

Bajamos a dar una vuelta y a ver todo lo que había alrededor. Estábamos rodeadas de bares, de tiendas de ropa, de alimentación y algún que otro banco.

Pasamos por un parque y dejé que Carla jugara con otros niños mientras yo hablaba con sus madres. Así se distraía un rato. La pobre no me había hecho ninguna pregunta al respecto y yo en el fondo sabía que se enteraba de las cosas.

A eso de las dos de la tarde cogí algo para comer y volvimos de vuelta al hostel. Carla debía comer un poco y echarse un rato la siesta. Había estado correteando todo el rato.

Mientras mi pequeña dormía, yo no dejaba de pensar en la reacción de Javier cuando volviese a casa y se encontrase con aquella nota. Jamás me perdonaría y lo peor es que había destrozado de un plumazo lo que estábamos construyendo entre los dos.

«¡Por favor, que alguien se lleve mi alma, me seque las lágrimas, me borre la memoria y me llene el corazón! ¿Quién me iba a decir hace un año que mi vida sería así? ¡Qué puto infierno, con perdón!», lloré interiormente.

Capítulo 25

Al día siguiente cogimos un autobús para llevar a mi pequeña a la guardería. Eso sí, más tarde de lo normal, para que así Javier no pudiese encontrarnos. Además, quería tener una pequeña charla con Chus.

—Ya estamos aquí, princesita. ¿Tienes ganas de ver a tus amiguitos?

—Sí, a María, a Daniela...

—¡Qué bien!, ya verás como lo pasas genial. Y prométeme que te vas a portar muy bien.

—Vale, mami.

Sin más la dejé en su aula, justo a la hora que les tocaba la clase de inglés y yo aproveché para hablar con su profe.

Toqué a la puerta donde ella se encontraba y con un pequeño hilo de voz me dio paso.

—Hola, Chus, ¿tienes un segundo para hablar?

—Claro, pasa, Laura. No me esperaba verte por aquí, ¿estás bien?

—Sí, ya imagino que Javier ha venido a verte.

—No te voy a mentir, ha venido hecho un manojo de nervios a las ocho de la mañana para ver si yo sabía algo de ti.

—Siento haberte metido en todo esto sin querer, no quería que nadie más estuviese pendiente de mí.

—No sientas nada, mujer, solo ha preguntado por ti y, al decirle la verdad, que no sabía absolutamente nada de ti, se ha marchado.

—¿Cómo estaba?

—Sinceramente...

—Te agradecería la verdad. Que de mentiras y problemas empiezo a estar cansada.

—Te entiendo y mucho, créeme.

—Cierto, tenemos una conversación pendiente. No se me ha olvidado.

—Ya veo, ya.

—Ahora, dime, cómo estaba Javi, por favor.

—Lo he notado muy nervioso, pero sobre todo muy preocupado por ti y por Carla. Me ha dicho no sé qué de una nota y que ya no estabas en casa.

—Le dejé una nota para que supiese que me iba, que no me buscara.

—Se marchó diciendo que tenía que encontrarte. No le había visto nunca así y eso que hace ya unos añitos que nos conocemos.

—Me da mucha pena haberme marchado así, pero no quiero que nadie más sufra por mi culpa.

—No me quiero meter donde no me llaman, pero creo que deberías llamarlo. No es tu culpa todo lo que está pasando, Laura, eso tienes que tenerlo muy claro. El único culpable aquí es el malnacido de tu marido.

—Se ha portado muy bien conmigo.

—Espero que estés hablando de Javier.

—Sí, claro que hablo de él. Ha sido un placer conocerlo y soy muy egoísta por marcharme así después de todo lo que ha hecho por nosotras, pero... — No pude seguir hablando. Un nudo en la garganta me lo impidió.

—Tranquila, entiendo que quieras huir de todo el que te rodea para que no les hagan daño y bla, bla, bla. Te repito que te entiendo. Pero hay gente que te quiere, que quiere ayudarte y tú tienes que dejarte ayudar. Huir de los problemas no es la solución, Laura.

—Lo sé, créeme que lo sé. Pero no podría soportar que le hiciesen daño, ni a él, ni a su hermana y, en este caso, también a ti.

—¿Y crees que huyendo el estúpido de tu marido no le puede hacer daño a Javi? Todo lo contrario, Laura. Puede hacerle daño igualmente para joderte a ti y luego tenerte cogida por los huevos, como se suele decir. Si me permites un consejo...

—Claro, dime, eres la única persona que me queda.

—No digas eso, tienes a más gente, pero estás huyendo de los que realmente te quieren y no lo debes hacer así. Mi consejo es que vuelvas al lado de Javi, que llevéis la protección de la policía el tiempo que haga falta, y seguro que pronto cogen a ese individuo.

—No lo sé, no tengo ni la menor idea de lo que estoy haciendo. Déjame que lo piense y después veo qué hago con mi vida, con nuestra vida, mejor dicho.

—Toma, este es mi número de móvil. Llámame cuando quieras y, por favor, piénsatelo mucho y vuelve con él. Creo que lo tienes enamorado hasta las trancas y eso pocas mujeres lo han conseguido —me dijo Chus tan sonriente como siempre.

—Ya será menos.

—¡Uy!, ya te digo yo que no. Y, si no, al tiempo.

—Ese es el problema, que no sé si ese cabrón nos va a dejar tiempo.

—No te voy a decir que algún día nos reiremos de esto, porque no es un

tema para reírse, pero te aseguro que algún día podremos decir que somos unas valientes y que somos felices. Entiendo que ahora mismo es muy difícil, que estás confundida y no sabes cómo avanzar en la vida. Pero te juro que te voy a ayudar a salir de esta.

—No sé cómo agradecerte todo esto. Eres un amor de persona y sin apenas conocerme has decidido ayudarme sin importarte nada más.

—Laura, mañana salgo antes de la guardería, si quieres tomamos un café mientras Carla merienda aquí y nos contamos un poquito nuestras vidas. ¿Te parece? Y entenderás muchas de las cosas que te digo. No quiero que me des las gracias por nada.

—Me parece estupendo. Y, una última cosa, no le digas nada a Javier de momento.

—Tú lo has dicho, de momento. Mañana te veo, entonces, aquí a las tres y, por favor, cualquier cosa ya sabes dónde estoy. —Se acercó lentamente a mí y me dio un abrazo. Un abrazo de esos que te hacen sentir protegida, que no estás sola. Y me sentí muy bien.

—Hasta mañana, Chus. Cuídate.

—Lo haré, pero tú más, por favor.

Para mí la amistad es muy importante y creo que sin ella muchos de nosotros no seríamos capaces de avanzar. Un amigo es aquel que ayuda a levantarte en los momentos más duros, que te escucha, y que, aunque parezca que ya nada tiene solución, hace que veas una pequeña luz al final del túnel con su mejor sonrisa y cogiéndote de la mano para que no te sientas solo jamás. Aunque tengo que añadir a esto un pequeño punto negativo. Cuando te aferras a alguien fuertemente, porque piensas que esa persona está las veinticuatro horas para ti, cuando piensas que no hay nada más en el mundo que esa persona, que todo gira a su alrededor, porque es la única que puede salvarte y de pronto se va, se aleja —por el motivo que sea o, simplemente, porque la vida es así—, te quedas vacío, como si una parte de ti se hubiese muerto, tu corazón ya no late tan fuerte y la vida te parece un poquito más oscura.

Y así, sin más, dejando a mi pequeña Carla divirtiéndose con sus amigos me marché a la solitaria habitación de hotel, donde nadie me esperaba, excepto mi soledad y la esperanza de que todo acabase pronto.

Aquella pequeña conversación con Chus me había dejado algo más aliviada, era muy buena persona y sabía que podíamos ser buenas amigas en un futuro.

Compré algún que otro periódico para buscar alguna oferta de empleo y empezar cuanto antes, el dinero que le había cogido prestado a Javier no me daría para más de quince días. Me sentía como una persona rastrera por haber jugado con su confianza y más por haberle cogido aquel dinero, ¡qué horror! Jamás pensé encontrarme en aquella situación.

El día pasó tranquilo, fui a recoger a Carla, estuvimos un rato en el parque y luego nos fuimos a bañar y a cenar algo.

Por la mañana, después de dejar a la niña en la guardería, me fui a una entrevista de trabajo. No era de lo que más me gustaba, pero tenía que sacarnos adelante como fuese.

¡Y, sí, me cogieron en una cafetería del barrio!

Al día siguiente estaría con el delantal puesto y sirviendo cafés y bocadillos a tutiplén.

Con la emoción por el nuevo empleo me había despistado de la hora. Eran las dos y media, tenía que salir corriendo a mi súper quedada con Chus. Me apetecía mucho desconectar un poco de lo maravillosa que estaba siendo mi vida. Ironía pura y dura.

—Hola, guapa —me saludó a la misma vez que venía a darme uno de esos abrazos tan tiernos que empezaban a gustarme mucho.

—Hola, Chus. —Le devolví el abrazo, pero con menos efusividad que ella, pues yo aún seguía reticente a encariñarme con alguien. Sin saber muy bien por qué mi corazón había levantado un escudo que no dejaba traspasar a nadie. De momento.

—Vamos al bar de aquí enfrente.

—Donde tú me lleves, no conozco casi nada de esta zona.

Era un local bastante acogedor, con unas seis mesas y sillas de madera. Las paredes de un color morado clarito. La música a un volumen normal donde se apreciaban las canciones de Cadena Dial.

Nos sentamos en una de las mesas que había más alejadas de la puerta, nos pedimos un refresco y a charlar.

—Pues soy toda oídos, cuéntame qué ronda por esa cabecita —me pidió con su mejor sonrisa.

—Creo que últimamente están pasando tantas cosas por esta cabeza gorda que me estoy volviendo loca. No sabría por dónde empezar.

—Por el principio estaría bien.

—Ojalá fuera tan fácil, Chus.

—Sé que en esta vida no hay nada fácil. Pero si te parece empiezo yo a

contarte mi historia y, cuando terminemos, me cuentas la tuya. ¿Vale?

—Me parece buena idea. Te escucho encantada.

—Te haré un resumen, pues, si no, no recoges a Carla en una semana. —Nos echamos las dos a reír. Una risa tranquila y sincera—. Verás, hace ya unos años tenía una familia con dos niños, me había casado con el que pensé que era el amor de mi vida. Era diseñador y un día lo destinaron a los Ángeles durante unos meses para llevar a cabo un proyecto.

»Yo me quedé aquí con los niños, pues entonces con su sueldo yo no necesitaba trabajar, aunque tenía la carrera de Educación Infantil. Lo eché mucho en falta, necesitaba su apoyo, su cariño, su todo..., ya me entiendes. Casi no hablábamos por teléfono, estaba todo el día metido en reuniones y demás quehaceres.

»Cuando regresó de ese maldito viaje estaba muy distante conmigo, no hacíamos el amor, me esquivaba todo el tiempo, se quedaba en la oficina hasta altas horas de la madrugada y casi no se encargaba de sus hijos. —Paró un segundo para beber y aclararse la garganta, se notaba pena y tristeza en su voz—. Iban pasando los días y cada vez estábamos peor, no dejábamos de discutir.

—Madre mía, me suena lo que me estás contando. Sigue.

—Una noche, después de acostar a los niños, me senté un ratito en el sofá a ver la tele ya que Alex no había llegado. Cuando estaba a punto de irme a dormir escuché cómo la puerta se abría y entraba borracho, descamisado y lleno de carmín por la cara. No sabes la rabia que me entró por todo el cuerpo. Me fui hacia él hecha una furia. No para pegarle, sino para zarandarle y que me diese una maldita explicación de por qué estaba haciendo todo aquello. ¿Y sabes qué?

—Sorpréndeme.

—Empezó a insultarme, a decirme que era la peor esposa, la peor madre y sin más me soltó un bofetón. Y fue entonces cuando empezó la peor pesadilla de mi vida. Cada noche venía más borracho, me pegaba palizas de terminar en el hospital e incluso un día me clavó un cuchillo. Un poco más y no lo cuento. —Se subió un poco la camiseta para enseñarme la cicatriz y me quedé pegada a la silla.

—Me quedo alucinada con lo que me cuentas, Chus. No entiendo cómo puede haber hombres tan cobardes y tan mierdas. Si ves que la cosa no va bien, márchate, pero no me jodas a mí la vida.

—Eso mismo pensé yo. Lo que pasa es que lo mío fue algo más sencillo de

lo que está siendo tu historia. Mientras estaba en el hospital tras la última paliza, conocí a Javier y fue él el que me ayudó con el tema de la denuncia. Me quedé en casa de su hermana por un tiempo y ahora, mírame, aquí estoy, feliz con mi nuevo marido, con mis hijos que cada día están más guapos y el otro capullo, por no decir algo más fuerte, está entre rejas y en tratamiento.

—Y, dime una cosa, ¿no tienes miedo de que salga y os haga algo?

—Siempre se tiene miedo de algo. Me costó mucho conocer a mi actual pareja, lo pasé muy mal. Fueron meses recibiendo paliza tras paliza, sin poder decir nada a nadie. Nadie que mitigase este maldito dolor. Yo sola contra el mundo. Pero creo que él se terminó dando cuenta de lo que hizo y quiero pensar que no se atreverá a tocarnos un pelo cuando salga de la cárcel. Que eso será dentro de años. Y, contestando a tu pregunta, tengo miedo de muchas cosas, pero sigo viva y disfrutando de mis hijos y del que hoy es mi marido y, a lo mejor, si no me hubiese pasado esto no le hubiese conocido, ¿y qué quieres que te diga? Por una parte, me alegro.

—Me dejas perpleja, pero envidio tu fortaleza.

—Lo mío me ha costado, Laura. Fue muy duro todo y gracias a mi pareja pude salir adelante. Necesité que alguien me escuchara y tuve que asistir a un psicólogo y, sí, ese psicólogo que me ayudó es mi marido. Pero fue un proceso lento y duro, muy duro, te lo aseguro.

—No sabes cuánto me alegro de que hayas salido de esto y ver que tus ojos brillan de felicidad. Sé que es una historia que nunca se olvida, que estará presente, pero, si ahora eres feliz y tienes gente a tu lado que te quiere y te apoya, se lleva mucho mejor.

—Eso está claro, Laura. Nunca voy a olvidar una cosa así, pero es cierto que tengo un apoyo incondicional en casa y eso, déjame decirte, es fabuloso para estas cosas. Y tú, querida cabezona, podrías estar mejor si estuvieses al lado de Javi. No sé qué le has hecho que le has robado el corazón.

—¿Yoooo? Nada, te juro que nada, porque el pobre ha aguantado mis rabietas, mis malas caras, mis desprecios y mi todo. Casi pierde la vida por mi culpa... y ahora mira cómo se lo estoy pagando.

—Si ha aguantado todo eso y, aun así, sigue buscándote desesperadamente es porque te quiere muchísimo y deberías volver a su lado.

—Te juro que cuando gane todo lo que le cogí prestado para devolvérselo, acabe toda esta mierda y ese desgraciado esté entre rejas, volveré a su lado si todavía quiere, claro está. Hasta entonces, por favor, no le digas nada.

—Yo no tengo por qué decir nada, es tu decisión y no puedo meterme.

Aunque no la comparto. No debes estar sola en estos momentos y más con ese mamón suelto. Os puede hacer mucho daño a ti y a tu hija. Y eso sé de sobra que no podrías soportarlo.

—Ya, si lo sé, pero estoy perdida, déjame que me encuentre.

—Tardarás siglos en encontrarte, te lo digo yo. Pero tienes que mirar por tu hija. No tiene nada más en el mundo y tienes que luchar y salir por ella. Hazme caso, Laura. Y, ahora que ya te he contado mi historia, Resumida, pero ya sabes el porqué de todo; te toca a ti. Desahógate, que te va a venir de perlas.

Y entre lágrimas, risas y varios refrescos le conté toda mi historia con Nico.

Capítulo 26

Llevaba un par de meses trabajando en la cafetería y me iba muy bien. Había cogido la práctica de todo e, incluso, había aprendido a llevar la bandeja sin derramar nada al suelo. ¡Menudo logro!

Carla cada vez estaba más contenta en la guardería y adaptándose a la pequeña habitación que había podido alquilar.

Mi relación con Chus cada día era mejor, no había ni un día que no hablásemos. Estábamos conociéndonos muy deprisa. Quedábamos cada dos días para tomar un café antes de que saliese la niña. Gracias a sus charlas y a su apoyo me estaba manteniendo tranquila e intentando poco a poco encauzar mi vida.

Estuve un día en la policía para ver si sabían algo de Nico, pero no había rastro de él, se lo había tragado la tierra.

De Javier poco sabía, Chus me contaba alguna que otra cosa, sobre todo que estaba destrozado por mi marcha y sin comprender nada. Quería que volviese a su lado como fuese, no quería perderme. No entendía muy bien ese aferramiento hacia mí. ¿Sería verdad que se había enamorado locamente? ¡No!, no tendría lógica, le había dado muchos desplantes y dolores de cabeza y no lo merecía. Todo mi ser decía que sería mejor olvidarlo y que encontrase otra mujer que mereciese la pena. Por otro lado, mi corazón no dejaba de latir por él. Cada día recordaba su olor, su tacto, sus ojos, su sonrisa tan perfecta, la manera de hacerme reír aun sin tener ganas, sus besos, su todo.

Y, de repente, un día de tantos llega esa noche en la que no te puedes dormir y te das cuenta de que ese hombre por el que tanto lloras y echas de menos tal vez sea el amor de tu vida. ¿Y por qué lo supe entonces? Porque esas cosas se notan. Porque cuando te paras a pensar en estar sin él y sientes que el corazón se rompe en mil pedazos, que empiezas a temblar, que las lágrimas resbalan sin sentido por las mejillas, que sientes miedo al acostarte y levantarte sin él, supongo que eso..., eso es amor.

Había llegado el punto de no querer nada con él y de quererlo todo. No me atrevía a dar el paso y volver a su lado. O por lo menos no quería mover un dedo hasta que no encontrasen a Nico.

Una mañana mientras limpiaba una de las mesas que se había quedado libre

se oyó la puerta de entrada y miré hacia ella. Entraba un hombre que yo conocía muy bien y se sentó en una de las mesas.

Intenté que una compañera lo atendiese para yo salir por la puerta de atrás, pero no pudo ser, estaba haciendo el pedido de la semana por teléfono y me pidió que le tomara la comanda inmediatamente. Me acerqué a él lentamente y profesionalmente le dije:

—Buenos días, caballero, ¿qué quiere tomar?

—Buenos días, Laura. Un café con leche y una tostada con mermelada de fresa, por favor.

—Muy bien, ahora mismo se lo traigo —contesté temblando. Tenía que salir corriendo lo antes posible. Entré rápidamente en la pequeña cocina e hice la tostada y el café, lo puse en una bandeja y cuando fui a llevárselo de los nervios que tenía se me cayó todo al suelo. Él, que se había percatado de todo, vino en mi ayuda y recogimos el estropicio entre los dos.

Mientras estábamos agachados me cogió del brazo con suavidad.

—Tengo que hablar contigo, por favor. Vayamos un momento a un lugar tranquilo. Necesito que hablemos.

—No puedo, estoy trabajando. Además, tengo que arreglar este desastre.

—Por favor, Laura, es lo último que te pido.

—Está bien, espera un segundo que recoja esto y le digo a mi compañera que atienda ella las mesas.

—Esperaré fuera.

Recogí todo lo que quedaba, fregué el suelo y salí a la calle.

—No puedo quedarme mucho. Tú dirás.

—¿Por qué me tratas así? El ofendido debería ser yo.

Tenía toda la razón del mundo, pero me había propuesto ponerme un escudo y parecer indiferente a todo, no quería seguir sufriendo y mucho menos que Javier pensara que moría por sus huesos. Cuando lo único que quería es que él fuese feliz con otra mujer y Nico no le pudiese hacer daño.

—Si has venido a por el dinero te juro que te lo devolveré muy pronto. Estoy haciendo horas extras para poder pagarte hasta el último céntimo.

—¿Crees que estoy aquí por el maldito dinero?

—Entonces, ¿por qué estás aquí si no es por eso? —pregunté en un tono que ni a mí me gustó. Yo no era así, pero quería que se olvidase de mí y siguiera su vida.

—¡Maldita sea! —protestó subiendo el tono de voz.

—Si vas a seguir gritando será mejor que me marche. No quiero que me

despidan.

—Espera, por favor, déjame hablar y después, si no quieres saber nada más de mí, me marcharé. Pero solo te pido que me des un minuto para hablar.

—Te concedo ese minuto. Pero ni uno más, tengo prisa.

—No entiendo por qué te marchaste sin decirme nada, solo con una simple nota. Te quiero, Laura, me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida y no quiero que te alejes de mí. Todo lo contrario, quiero que lo compartamos todo. Te necesito. Te necesito ahora y siempre. Jamás había sentido algo tan fuerte por una mujer y no quiero perderte por nada del mundo. Cada día que pasa estoy más asustado por no saber de ti y de Carla. No quiero que os pase nada. Por favor, volved conmigo. Os puedo ayudar y muy pronto cogerán a ese hijo de puta y nosotros podremos ser felices. —Mis ojos se pusieron vidriosos, pero no quería que me viese débil. Sus palabras se clavaron fuertemente en mi pecho y quería saltar de alegría, besarlo, abrazarlo. Pero sabía que tenía que alejarme por su bien.

—Te agradezco tus palabras tan bonitas. Pero será mejor que te vayas, no quiero que te pase nada. Ahora tengo que volver al trabajo. Pronto te devolveré todo el dinero que te cogí. Aunque si quieres denunciarme estás en todo tu derecho.

—Nunca haría eso, Laura. No sé por quién me tomas. Pero, visto que no quieres saber nada de mí, me marcho. Y el dinero te lo regalo, no lo quiero. ¡Ah! Por cierto, aquí tienes esta pulsera que me ha dado el amigo que tengo en comisaría para que estés localizada en todo momento.

—¿Es para que me tengan localizada ellos o tú?

—Mira, eso da lo mismo, es para que lo estés y punto. Si quieres verlo así, estupendo, pero no quiero que tu hija se quede sin madre. Me marcho, Laura. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. —Se dio media vuelta y empezó a caminar.

—¡Espera! —lo llamé alzando un poco la voz. Se volvió a dar la vuelta y mirándole a los ojos pude notar que las lágrimas se agolpaban en ellos—. ¿No desayunas?

—Se me ha quitado el apetito. Gracias.

—Gracias a ti, Javier. Por todo... —murmuré para que apenas me oyera y, sin más, se marchó. ¿Cómo pude ser tan tonta? Después de todas aquellas palabras que sabía que habían salido de lo más profundo de su corazón solo me salió preguntarle si quería desayunar. Me golpeé en la cabeza con mis propias manos.

Me metí corriendo en el local y fui directa al baño. Necesitaba desahogarme y llorar a moco tendido.

Aquella conversación me había tocado muy profundamente. Sus palabras de cariño fueron infinitamente aterradoras y a la vez preciosas. Lo quería. Lo quería mucho. Nadie entendía que solo lo quería proteger.

A pesar de toda la pesadilla vivida con Nico, aquel fue uno de los días más largos de mi vida. Estaba deseando salir para ir a buscar a la niña y marcharme a descansar.

Durante la noche no dejé de pensar en él, en sus palabras y en el bonito gesto de darme la pulsera para que no me pasase nada y la niña siempre me tuviese. Se notaba a leguas que nos quería con locura y yo le estaba haciendo mucho daño. Pero no sabía qué otra cosa podía hacer al respecto.

Siguieron pasando los días y no había novedad en el frente. Todo estaba en calma y yo cada vez me sentía más sola y sin ayuda.

Capítulo 27

Era viernes y Chus se había llevado a mi pequeña a su casa para que jugase todo el fin de semana con su hijo pequeño. La verdad es que me apetecía mucho tener un par de días solo para mí haciendo cosas que a toda mujer le gusta.

La primera tarde me fui de compras. Necesitaba ropa y algún que otro producto de cosmética. Después pasé por el supermercado a por un poco de pescado, carne y algo de fruta. La nevera estaba como un solar a pesar de ser un piso compartido. He de reconocer que la pareja de estudiantes que regentaban el piso eran muy amables y muy buenos con nosotras.

Cuando estaba a punto de entrar en casa las tripas me rugían a rabiar, por lo que subí a colocar la compra y volví a bajar para tomarme unos sándwiches en el Rodilla, un local que había cerca de la vivienda, evitando perder el tiempo en hacer cenas tomando algo rápido.

A eso de las diez de la noche y con un aire atroz, volvía a casa encogida y deseando darme una ducha para relajarme e irme a descansar. Los fines de semana, Paula y Tony no solían estar, pues se iban con sus respectivas familias. ¡Aquel fin de semana tenía toda la casa para mí sola!

Con los cascos a medio volumen, mientras sonaba una de mis canciones favoritas y sin apenas gente por la calle, fui a abrir la puerta del portal y, antes de que pudiese poner un pie dentro del edificio, sentí un dolor tremendo en la cabeza y me desplomé en el suelo.

Cuando empecé a tener de nuevo consciencia me quise llevar una mano a la cabeza, pero no pude, las tenía atadas a una silla.

—Vaya, vaya, ya se despierta la bella durmiente.

—¿Cómo me has encontrado?

—No ha sido muy difícil, he seguido los pasos de tu doctorcito y te vi en la guardería. Te seguí durante varios días. Estuve en tu trabajo y tú sin darte cuenta. Cada día soy más consciente de que me casé con una estúpida.

—Suéltame o lo lamentarás. La policía te está buscando por todos lados.

—Eso es lo que te hacen creer, pero no me han buscado ni un solo día. Deambulo por este barrio desde hace meses, también por el de tu amante, y nada, ni un solo policía.

—Suéltame, Nico, por favor. Yo no te he hecho nada para que me trates así. ¿No crees que ya me has hecho bastante daño como para que sigas aquí cada segundo de mi vida atormentándome?

—No he hecho nada que no merezcas. Te recuerdo que sigues siendo mi mujer y me lo estás pagando de esta forma. Nos casamos para lo bueno y lo malo. ¡Y tú, maldita zorra asquerosa, no lo has cumplido!

—Una cosa es en las buenas y en las malas y otra muy distinta que tengas derecho a pegarme y a insultarme cuando te dé la gana. Para eso no me casé contigo. Tal vez las mujeres de antes aguantasen estás cosas, pero estamos en el siglo veintiuno y te aseguro que yo no voy a permitir que me toques un solo pelo más.

—¿Cómo has dicho? Creo que no te he oído bien. —Se acercó a mí y me dio un guantazo en la cara—. ¡Putá! ¡Vas aguantar lo que a mí me salga de los cojones! Aquí nadie va a poder encontrarte, por lo que haré de ti un ser al que nadie querrá volver a mirar en su vida.

De repente mi móvil comenzó a sonar en mi bolsillo. Nico corrió hacia mí y lo sacó con cuidado para no descolgarlo sin querer. Por lo poco que pude ver en la pantalla ponía el nombre de Chus. Seguramente me llamaba para contarme cómo estaba Carla y para charlar un rato como cada día. Cuando colgó, Nico apagó el móvil y lo dejó encima de la encimera de la cocina.

—Suéltame, por Dios, no tienes un poquito de corazón, si algo me pasa, Carla se quedará prácticamente huérfana.

—Por eso puedes estar tranquila —me dijo mientras me acariciaba la cara con sus cochinas manos—, primero me encargaré de ti para que no puedas mover ni un músculo y después te traeré a la niña para que veas cómo la destrozo delante de ti.

—Aunque sea lo último que haga en esta vida te juro que como le toques un solo dedo a mi hija te mato, te lo juro, Nico, te mato.

—¿Que tú qué? No me hagas reír, por favor. —Su cara se enfureció y me cogió del pelo agachándome casi hasta las rodillas susurrándome al oído—. Te repito una y otra vez que eres mi mujer y que, si no eres para mí, no serás para nadie. Y esa pequeña que dices que es mi hija, dudo que lo sea. Por lo tanto, me importa una mierda lo que le pase.

—Eres un desgraciado. Jamás me acosté con otro hombre y a día de hoy tampoco, por lo que te aseguro que esa hija que dices que no te importa, es tuya. Aunque te digo una cosa, me arrepiento mucho de que seas su padre. Esa niña tan encantadora y tan cariñosa no se merece a alguien como tú en su vida.

Has sido y serás el peor de los hombres y el peor padre que alguien pueda tener. Ojalá no te hubiera conocido nunca. —Cuando terminé aquella retahíla de pequeños insultos, porque todos se quedaban cortos, se abalanzó sobre mí, tiró la silla en la que estaba sentada al suelo y empezó a golpearme como si no hubiese un mañana. Las botas de montaña que llevaba se clavaban una y otra vez por todo mi cuerpo, los puñetazos iban a la velocidad del rayo y la sangre cada vez era más abundante, me escupía, me pisaba y así pude calcular que estuvo durante más de cinco minutos. Los minutos más largos de toda mi vida. Por un momento pensé que allí acababa todo, mis ojos se fueron cerrando poco a poco y mis fuerzas habían desaparecido por completo.

Un rayo de sol entraba por la ventana dándome fijamente en los ojos. Pensé en lo que había pasado y supe que ya no estaba en la tierra, sino que había pasado a una vida mejor. Los tremendos golpes que había sufrido habían hecho de mí un cadáver magullado.

Pero, entre tanto pensamiento, oí un ruido que me sacó de aquel aturdimiento. Intenté moverme, pero me fue imposible. Me dolían hasta las pestañas. Moví la cabeza para ver quién era y ahí, apoyado en la pared, entraba un desaliñado y borracho Nico. Y fue entonces cuando mi pesadilla retornó. No estaba muerta, estaba de parranda, como dice la canción, y de la «parranda» que me esperaba no sabía si saldría viva. Empezaba a estar muy asustada, no sabía qué iba a ser de mí.

Se fue acercando lentamente y yo me hice de nuevo la inconsciente, no quería que se percatara de que estaba despierta y volviese arremeter contra mí.

Cuando estaba prácticamente echándome el aliento en la nuca, me dio varios toquecitos para ver si me despertaba y yo, con toda la tranquilidad del mundo, permanecí quieta.

Aun con lo borracho que estaba, tuvo el tino para subirme despacio la silla y me colocó un poco la cabeza. Seguidamente, atisbé cómo se acercaba a la nevera para abrirse una cerveza. Como si no fuese suficientemente ciego como para beber más. Entre sombras seguí mirando cómo se apoyaba en la encimera de la cocina y me miraba fijamente.

De nuevo y con la cerveza en la mano se fue acercando a mí, me dio un guantazo en la cara para ver si despertaba, pero yo seguía en mis trece de no querer abrir un ojo e intentar que me dejase en paz.

Aquella vez mi teoría falló. Dejó la lata apoyada en la mesa y, sin decir absolutamente nada, me arrancó con un cuchillo las cuerdas de las manos y los

pies y me rajó la ropa de arriba abajo.

Y, sí, me hizo lo que estáis pensando. Me violó por delante y por detrás y me pegó una y otra vez. Mis lágrimas recorrían mi cara silenciosamente. No sentía dolor, no sentía nada. Deseaba que toda aquella pesadilla terminase cuanto antes. Necesitaba salir corriendo de allí y ver, aunque fuese por última vez, a mi niña, mi adorada niña. Por ella estaba teniendo las fuerzas suficientes para aguantar todo aquel tormento. Ojalá terminase pronto.

Cuando por fin terminé me subió a la silla atándome de nuevo, dejándome medio desnuda. Mi cuerpo no paraba de temblar y de sangrar por todas partes. Mis fuerzas se agotaron y mis ojos se cerraron nuevamente.

Capítulo 28

Cuando mis ojos se abrieron de nuevo, allí estaba yo muerta de frío y de dolor atada en el mismo lugar. Miré a los lados para comprobar que Nico no estuviese presente y pudiese atacarme de nuevo. No estaba. Aunque me dolían hasta las entrañas sentí un alivio tremendo al no percibir su presencia cerca de mí.

Y entre tantos pensamientos mis lágrimas brotaron nuevamente.

Un día de tantos, al levantarte, te das cuenta de que estás solo, que el que dijo ser tu amigo no está, se ha ido. Que, el que dijo que siempre estaría, te demuestra que fue todo mentira. Un día, de esos de tantos en los que necesitas de un abrazo, no hay nadie, estás abandonado. Pasan los días. Esos días. Tu tristeza aumenta cada segundo y el aire que respiras es veneno y te das cuenta de que estás muriendo por dentro. Aunque lo intentas, no sale una sonrisa por muy forzada que la hagas, pues te das cuenta de que no hay alma, que no hay vida y las ganas de morir son infinitas.

Y así me sentía en aquel lugar vacío, sin vida, pero con un hombre lleno de odio capaz de hacerme cualquier cosa. Era una mujer valiente, pero tenía miedo. Pánico. No saldría de aquel lugar con vida. Estaba segura de ello. Aquella vez todo era diferente y acabaría conmigo allí sin miramientos.

Me detuve en otro de mis pensamientos y aquel era un poquito más bonito. Aún tenía la esperanza de escuchar un «te quiero» saliendo de su boca tan perfecta.

—Javier, te quiero, te quiero mucho —dije susurrando y llorando a más no poder.

Por él y por mi niña debía salir de aquel infierno. Quería o, más bien necesitaba, ser feliz de una vez y, con ellos, así sería.

Intenté mover la silla, pero me era imposible, todos, absolutamente todos los músculos y huesos de mi cuerpo me dolían en exceso. No dejaba de temblar y las ganas de beber agua eran tremendas. Ignoraba cuánto llevaba sin comer ni beber nada. Había perdido por completo la noción del tiempo.

Mi móvil estaba encima de la encimera de aquella cocina llena de mugre. Tenía que llegar hasta él sí o sí, si quería salvar mi vida.

Cuando estaba a punto de intentar moverme de nuevo con la silla, la puerta

de la calle se oyó y me quise morir.

—¿Qué estabas intentando, puta?!

—Nada, solo tengo frío y me estaba moviendo un poco para entrar en calor —mentí—. Te juro que no estaba intentando nada más, tengo mucho frío. Por favor, ponme una manta o algo.

—No tienes tú fe, ni nada..., por mí como si te mueres congelada.

—Por favor, Javier, hazlo por el amor que un día nos tuvimos.

—¿Cómo me has llamado? Javier...

—No sé qué he dicho, ni siento ni padezco, pero por favor, ten piedad.

—¿Piedad? ¿La tuviste tú cuando te acostabas con ese tal Javier? ¡Eres una zorra! —Y de nuevo empezó a golpearme. El subconsciente me jugó una mala pasada y la equivocación me costó cara.

—Para ya, por favor —rogué en un susurro, pues apenas me salía la voz.

—Pararé cuando crea que has aprendido la lección.

—La he aprendido, créeme que la he aprendido, pero, ahora, déjame, por Dios. Me vas a matar.

—¿Acaso te has parado a pensar que es eso lo que quiero hacer? Acabar con tu vida.

—Pues entonces acaba de una vez por todas y no me hagas sufrir más. ¡No soporto un golpe más! ¡Coge esa pistola que tienes y mátame de una vez! No puedo más —le exigí gritando a la vez que lloraba. Se acercó a mí por detrás y me dio un golpe que me estrelló contra el suelo. Menos mal que la silla a la que estaba atada amortiguó un poco la caída, de lo contrario me hubiera abierto la cabeza.

Me hice la inconsciente pues así se apiadaría un poco de mí y dejaría de golpearme, porque, si seguía así, esa vez no lo iba a contar. Esperé ansiosa que esa vez mi teoría funcionase. No tenía fuerzas ni para mover un solo dedo. Daban igual mis pensamientos para hacerme fuerte. Ya no podía seguir.

Cuando sentí que se alejaba, abrí un poco los ojos para ver si se iba y poder moverme como fuese para alcanzar el móvil. Pero, para mi desgracia, se quedó parado ante mí, con otra de sus magníficas virtudes de sujetar una cerveza en la mano. No podía soportar más aquel dolor. No había pedazo de mi cuerpo que no estuviera magullado.

Estaba a punto de desmayarme y aquella vez de verdad, cuando escuché que la puerta se abría de golpe.

—¡Levanta las manos! —alguien ordenaba a grito pelado.

Seguidamente entraban varios hombres vestidos de negro. Supuse que era la

policía y respiré aliviada al mismo tiempo que empezaba a llorar. Por fin aquella maldita pesadilla había terminado.

Uno de los hombres que vestía un chaleco, y al que apenas podía diferenciar, se agachó para levantarme, a la vez que me preguntaba si estaba consciente. Como pude y con el único hilo de voz que me quedaba le dije que me sacara de allí.

—¡Hija de puta! ¡No sé cómo lo has conseguido, pero te juro que te mataré!
—Aquellas palabras se me clavaron como un cuchillo en el corazón. No pararía hasta conseguirlo.

—Tranquila, no volverá a tocarte un pelo. Se va a pudrir en la cárcel y me encargaré de ello personalmente.

—¿Javier? ¿Eres tú?

—Sí, princesa, soy yo. Ya estás a salvo. No dejaré que vuelvan a hacerte daño, ni él, ni nadie. —Me cogió en volandas y me aferré a su cuello llorando desesperadamente a la vez que seguía respirando aliviada por estar allí, entre sus brazos, aquellos brazos que me protegerían para siempre.

—¿Dónde está Carla?

—Tranquila, sigue con Chus, tal y como la dejaste el viernes.

—Pero ¿está bien?

—Sí, estupendamente, pero pregunta mucho por ti. Así que vamos al hospital para que pueda examinarte de nuevo y en unos días podrás verla.

—Perfecto —mascullé ya sin aliento. No pude seguir despierta y me desplomé.

Noté que algo rozaba mis manos mientras me hablaban, pero no quería abrir los ojos, aún no.

—Laura, por favor, tienes que despertar. Llevas varios días inconsciente. Tu hija y yo te necesitamos. —Su frente se quedó apoyada en mi brazo mientras me acariciaba mi magullada piel.

Intentaba moverme, pero me era imposible. Tenía todo el cuerpo lleno de cables, tubos y demás chismes. Tenía la boca seca y estaba deseando beberme litros de agua.

Pero las ganas de seguir durmiendo eran más fuertes que las ganas de quedarme despierta e intentar ver todo lo que pasaba a mi alrededor. Me dolía hasta lo impensable.

Capítulo 29

Abrí los ojos en la oscuridad de la noche, solo alumbrada por las luces de los monitores que me rodeaban.

De pronto unas manos se engancharon a mi cuello apretándome fuertemente. No podía ver quién era con claridad, pero no había que ser muy lista para saber que se trataba nuevamente del malnacido de Nico.

Quería moverme, pero no podía, estaba paralizada. Cuando ya casi no podía respirar y estaba a punto de desmayarme un grito salió de mi boca.

—¡Déjame en paz! ¡Sal de mi vida de una vez!

—Laura, despierta, es una pesadilla, cielo. —De repente alguien me tocaba con delicadeza el brazo. Abrí un poco los ojos y allí estaba él. El hombre más guapo que jamás pude imaginar. El hombre que me había salvado la vida. Sus ojos brillaban por las lágrimas que estaban a punto de derramar—. ¿Puedes oírme? ¿Cómo te encuentras?

Intenté levantar la mano para sentir su piel y hacerle saber que estaba bien. Magullada y dolorida, pero bien. Mientras yo seguía intentando sentirle, él no dejaba de mirarme de arriba abajo. Que si los ojos, la temperatura, la tensión... y así durante un rato. Un rato interminable.

—Por favor, ¿puedes parar y sentarte aquí conmigo? —le pedí bajito.

—Tengo que examinarte, Laura.

—Siéntate aquí, por favor. —increpé alzando un poco más la voz.

Por fin me hizo caso y se sentó a mi lado. Me cogió la mano despacio para no hacerme daño y se inclinó para besarme en la frente.

—Perdona mi atrevimiento, pero necesitaba besarte. Sentirte. Te he echado tanto de menos y he estado tan preocupado por ti que... —No le dejé seguir hablando.

—¿Y por qué no me has besado en los labios? —Me atreví a decir a pesar de mi estado. Pues necesitaba sentirlo cerca. Sentir sus labios jugosos sobre los míos.

—No te quiero hacer daño.

—¿Crees que después de todos los golpes y demás cosas que me da hasta vergüenza nombrar con un simple beso me vas a hacer daño?

—No sé, lo siento. No sabía que después de todo lo que pasó entre

nosotros, de decirme que me alejara de ti, ibas a querer un beso mío.

—Siento lo que pasó, aunque no lo creas, solo quería protegerte. Si Nico volvía a encontrarnos juntos te mataría y yo no podría vivir con eso. Entiéndeme.

—Sí, te entiendo ahora. Me contó Chus muchas de las cosas que pasaban por esa linda cabeza. —Me dio con un dedo suavemente en la frente.

—Esta chica no se queda calladita. Pero, en fin, supongo que lo hacía aposta para que te llegase cierta información. Por cierto, lo que más me preocupa y no se me olvida es que te debo el dinero. Espero que algún día puedas perdonarme.

—No digas tonterías, por Dios, hay cosas más preocupantes que eso. No lo pienses más y olvídate.

—No puedo... —No me dejó terminar y se agachó para besarme. Fue un beso corto, pero lleno de emoción, se le notaba asustado por el hecho de poderme hacer daño—. Gracias, lo necesitaba. Pero no se me va de la cabeza lo que acabamos de hablar. Cuando salga de esta maldita cama lo hablaremos y te devolveré hasta el último céntimo.

—Como quieras. Ahora déjame que termine de examinarte. Intenta estar relajada.

—¿Es de noche?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—¿Por qué no te marchas a casa y mañana me examinas a fondo? —Hice una pequeña mueca para reírme ya que la frase tenía un doble sentido. Él se dio cuenta y me acompañó con aquella maravillosa sonrisa que le hacía irresistible.

—Tranquila, llevo aquí desde que te ingresamos y no me pienso mover.

—En algún momento tendrás que irte a casa a descansar.

—Como decía mi padre, ya descansaré cuando me muera. Ahora estoy aquí para cuidarte veinticuatro horas.

—¿Cuántos días llevo aquí?

—Mañana hará cinco días.

—¿Tantos? ¡Dios! ¡Qué pérdida de tiempo!

—De eso nada, te ha venido muy bien para descansar y poder recuperarte.

—¿Quiero preguntarte una cosa?

—Tú dirás.

—¿Dónde está Nico? ¿Y qué me ha hecho? ¿Estoy bien o me van a quedar secuelas?

—Eso son tres preguntas. Pero será mejor que me dejes examinarte a conciencia y mañana cuando despiertes me comprometo a contarte todo. Ahora descansa, hazme el favor.

—Por tu cara no son buenas noticias...

—No es eso, Nico está en la cárcel y será juzgado muy pronto. Y lo tuyo, supongo que las secuelas de la cabeza serán duras y te ayudaré, pero para saber si hay secuelas en tu cuerpo o en tus heridas y demás, ahora que has despertado, tienes que dejarme que te mire y mañana podré decirte todo mejor.

—Está bien, ya me callo. Soy toda tuya. —Volvimos a reírnos de mis frases ocurrentes.

Mientras Javier se movía de un lado a otro de la habitación haciéndome todo tipo de pruebas yo conseguí quedarme dormida.

Por la mañana abrí los ojos a eso de las ocho y media. Miré a los lados y estaba sola. Intenté incorporarme para poder visualizar todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Justo cuando estaba a punto de levantarme entró Javier con una de las enfermeras que ya conocía de mi anterior ingreso.

—¿Qué haces? Ni se te ocurra levantarte.

—Perdón, me he despertado y quería saber dónde estabas.

—Estate tranquila, he ido a por unos resultados. Solo he tardado cinco minutos. No quiero dejarte más tiempo sola.

—Estás en las mejores manos y aquí no te va a pasar nada —dijo Sandra, la enfermera—. Me marchó, si necesita algo, doctor, me avisa. Luego paso a verte, Laura.

—Muchas gracias, Sandra —respondió Javier amablemente al mismo tiempo que yo también me despedía y le daba las gracias.

—¿No podías vivir sin mí?

—Debe de ser eso, me desperté y al no verte me preocupé.

—Pues aquí estoy. Quería recoger estas últimas pruebas para poder informarte tal y como te prometí anoche.

—Soy toda oídos. Estoy asustada. —Se sentó sobre la cama y me agarró la mano.

—Tranquila, no hay nada que con el tiempo no se cure. Verás, tienes varias fracturas en las costillas, en las piernas, y un pequeño esguince en el tobillo derecho. Tienes una infección de orina bastante grande. Un desgarramiento increíble en el interior de la vagina y magulladuras por todo el cuerpo.

—Podría ser peor, ¿no? —pregunté a punto de echarme a llorar.

—Sí..., con todo lo que te ha hecho ese capullo no estás del todo mal. Lo

único es que tendremos que hacer rehabilitación para que puedas volver a caminar bien. Es un proceso duradero, pero ya verás cómo en un par de meses estarás como nueva.

—Una cosa, ¿no me habrá dejado de nuevo embarazada?

—Eso es pronto para saberlo... Han pasado pocos días. Haremos pruebas más adelante. Lo importante es que no te ha pegado ninguna enfermedad.

—Algo es algo. —La tristeza y los recuerdos de los días anteriores se apoderaron de mí. Comencé a llorar y Javier me abrazó fuertemente.

—No llores, mi vida, juntos podremos superar todo esto. Estoy seguro.

—Sí. —No podía pronunciar más palabras.

—Aquí y ahora y, aunque suene infantil, ¿quieres ser mi novia? —Aquel comentario me hizo reír, pero a la vez me sentí feliz.

—Claro, pero no sé si podré corresponderte como es debido y vas a tener que tener mucha paciencia.

—De eso tengo para regalar. ¿Qué me dices?

—¡Que sí, que sí y que sí! —Me dio otro beso con cuidado y me acarició la cara—. Estás preciosa.

—Si empezamos con mentiras no creo que llegemos muy lejos. —Le guiñé un ojo.

Capítulo 30

Después de una semana más en cuidados intensivos en el Hospital de la Princesa pude pasar a una habitación en planta. Una vez allí podría recibir la visita de mi hija. Estaba deseando abrazarla y oír de esa boquita llamarme «mamá».

Qué bonita palabra, ¿verdad?, es sencilla y corta, pero a la vez dice tanto... Es una palabra de esas que escuchas con orgullo. Que te sientes bien al saber que algo, por lo menos, lo hiciste bien en la vida. Una palabra que, cuando la dices con amor, ya no hay nada más. Se dibuja una sonrisa en la cara y los ojos se llenan de felicidad. «Mamá», qué bonita palabra, qué bonito nombre.

Era sábado y la puerta se abrió para recibir a una pequeña niña corriendo hacia mi cama con los ojos empapados en lágrimas, a lo que se unieron los míos, a la vez que la abraza con todas las fuerzas que ya había podido recuperar. Detrás de ella entraba Chus, también llorando a moco tendido y deseando darme otro achuchón.

—¡Qué alegría verte, amiga! ¡Qué susto nos diste!

—Pensé que jamás volvería a veros, ha sido espantoso.

—Me imagino, pero piensa que ya ha acabado todo.

—Gracias a Dios y a Javier por la gran idea de la pulsera.

—Eso me dijeron, que fue gracias a ella por lo que dieron con tu paradero, pero, ahora dime, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, aunque sigo asustada y, como verás, mi aspecto no es muy bueno que digamos.

—En dos días estarás como nueva, tú tranquila.

—¿Y mi niña preciosa cómo está? ¿Te lo estás pasando bien con Chus?

—Sí y, tú, ¿dónde estabas, mami? Estás malita —me preguntó a la vez que me daba un beso en el brazo.

—Sí, cariño, mamá está un poco pachucha, pero dentro de muy poco nos iremos juntas a casa.

—Con mis juguetes —dijo claramente. Cuando quería hablaba muy bien.

—Claro que sí, mi niña guapa. Ahora tienes que seguir unos días en casa de Chus, pero pronto nos iremos, ¿vale?

—Oye, que parece que no quieres que esté conmigo, si lo estamos pasando

genial, ¿verdad, Carla? Dile a mamá cuál es la canción que te gusta mucho.

—Un tallarín y otro tallarín, se mueveeeeeeee —cantó a la vez que movía su cuerpecito de un lado a otro. Nos echamos a reír y a la vez lloré de felicidad. Por fin todo había acabado.

—Tenemos que perfeccionarla un poco, pero ya casi la tenemos. —
Volvimos a reír.

Estuvimos un rato charlando de todo un poco mientras Carla coloreaba un cuaderno en el sofá. Estaba tranquila. Y yo, de vez en cuando, la miraba orgullosa de lo buena que era y de lo mayor que se estaba haciendo.

—Carla, dale un beso gordo a mamá, que nos tenemos que marchar. Mañana vendremos otro ratito a verla, ¿vale?

—No *quiedo*, mami.

—Ven aquí. —Se acercó con su cara angelical, a punto de echarse a llorar —. Cariño, mami se tiene que quedar aquí porque sigue un poquito malita, pero ahora vendrás todos los días a verme y en cuanto pueda me voy contigo y vamos a jugar mucho. Además, me tienes que enseñar a bailar, ¿vale? Pórtate bien y sabes que mami te quiere mucho.

—Mañana vengo, mami, no te vayas. —No entendía cómo sacaba mucha de las frases que decía siendo tan pequeña. Nos despedimos entre lágrimas, abrazos, besos y un «te quiero» que me sonó a gloria.

—Chus, muchas gracias por todo. Eres la mejor de las amigas. No tendré vida para agradecerte todo esto. Millones de gracias. Dame un abrazo, por favor. —Y me dio uno de esos abrazos que se dan las amigas. De esos que no necesitan explicación.

—No me des las gracias por nada. Pongo la mano en el fuego y no me quemó si digo que tú harías lo mismo por mí. Estate tranquila, Carla es un amor de niña y no me da ningún trabajo.

—Gracias de todo corazón. Sin ti y sin Javier nada de esto hubiese sido posible y tal vez yo y mi hija estaríamos...

—No sigas, no lo digas ni en broma. Piensa en el presente y en que por fin vas a poder tener una vida como Dios manda. Ahora intenta descansar y, cualquier cosa que necesites, ahí tienes tu móvil para llamarme, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Y, aunque me mires mal, muchas gracias por todo, eres un sol.

—Me vas a poner colorada. Mañana nos vemos otro rato. Mejórate.

—Hasta mañana.

—Adiós, mami. —Asomó su cabecita por debajo de las piernas de Chus y

me reí a carcajadas como hacía tiempo que no lo hacía.

Aquella visita me vino de vicio para coger las fuerzas suficientes para seguir adelante. Para recuperarme cuanto antes y enfrentarme al mundo de nuevo.

Por la tarde cuando acabó el turno de Javier vino a la habitación para darme una pequeña sorpresa.

—Hola, cielo, ¿cómo estás? ¿Te encuentras bien?

—Bueno, dentro de la gravedad, creo que estoy estable, doctor. ¿Cómo lo ve usted?

—Yo la veo estupenda, guapa y a punto de que le dé un beso que la deje sin aliento.

—No, doctor, estoy convaleciente. —Empezamos a reírnos como dos tontos. Mientras tanto ya tenía a Javier sentado en mi cama dándome un dulce beso.

—Entonces, ¿te encuentras bien?

—Sí, dentro de todo hoy me encuentro bien. Ver a Carla me ha subido mucho la autoestima.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. ¿Sabes?

—Dime, cariño.

—Eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida. Después de todo lo que te ha pasado y en tan poco tiempo, mírate, aquí estás, haciendo bromas, poniendo buena cara a todo y a todos y, aunque tal vez por dentro estés que no puedes con tu vida, eres la mujer más impresionante que he conocido y conoceré.

—Hombre, espero que yo sea la última a quien conozcas. —Le saqué la lengua—. Pero, no sé, supongo que ya ha acabado todo y, aunque me cueste mucho tiempo estar bien, sobre todo psicológicamente; quiero ser feliz contigo y con Carla. Y solo por eso quiero recuperarme cuanto antes y salir de aquí de una maldita vez. Quiero recuperar la normalidad y aprovechar el tiempo perdido.

—Y saldrás muy pronto, te lo prometo. Pondremos todos de nuestra parte para que vuelvas a casa enseguida y podamos formar un hogar lleno de alegría.

—Qué bonito suena eso. —Nos besamos, nos acariciamos y tuvimos que parar, me seguía doliendo todo y no era momento, ni lugar, ni yo estaba lista para nada más. Y él lo entendía todo, además de ser un buen hombre, no quería llegar a nada más conmigo hasta que yo estuviese bien y preparada en todos

los sentidos.

—Vamos, intenta incorporarte un poco que te subiré a la silla para dar un paseo.

—¿De verdad voy a ver un poco de luz?

—Así es, venga, perezosa, ¡muévete!

Me subí a la silla y me llevó a la azotea del hospital. Allí había preparado una mesita con algo de comida y bebida. Fue un detalle maravilloso. Charlamos y reímos durante unas horas y cuando me sentí cansada me llevó de nuevo a la habitación para que me acostara y él se quedó a mi lado durante toda la noche.

Aquel día fue lo mejor que me había pasado en mucho tiempo. Todo aquello me ayudaría a recuperarme enseguida para volver a casa cuanto antes.

Capítulo 31

Estuve otra semana en planta y después pude irme a casa. Tendría que ir todos los días a la rehabilitación, pero, por fin, podría volver a mi hogar.

También me dieron los resultados de los análisis que me habían realizado para saber si Nico me había dejado embarazada. Por suerte..., ¡dieron negativo!

Mi despedida fue algo emotiva, pues las enfermeras me habían cogido mucho cariño. Me hacía querer, todo hay que decirlo. Entre aplausos, besos y abrazos nos dijimos adiós y quedamos en vernos fuera del hospital.

Javier me llevó a la casa de alquiler a recoger todas las cosas. Mis compañeros de piso ese fin de semana no se habían ido y nos ayudaron con todos los bártulos. También me despedí de ellos y pusimos rumbo a la casa de Javier donde empezaría mi nueva vida.

El primer día lo dedicamos a organizar un poco la casa y colocar mis cosas en su armario. Después comimos tranquilamente y nos echamos los tres la siesta en la cama.

El lunes, una vez dejamos a Carla en la guardería y Javier se fue al hospital a trabajar, decidí ir a visitar a Nico a la cárcel. Quería verlo por última vez y que viese que no había podido conmigo.

—Hola, mi amor —me saludó mientras acercaba su mano al cristal macizo que nos separaba.

—No me llames así, no tienes derecho.

—Te recuerdo que sigues siendo mi mujer. Y así va a seguir siendo. Te veo bien. —Cambió su tono de voz, pues sabía que, tal y como había comenzado la conversación, no iba a llegar a ningún lado.

—Sí, a pesar de todo lo que te has ensañado conmigo estoy perfectamente. Por eso he venido, para que veas lo estupenda que estoy. Para que sepas que no has podido conmigo y para verte por última vez y saber que te vas a pudrir aquí solito. Pero también te doy las gracias.

—Vaya, eso sí que es una novedad.

—Me diste lo más bonito que tengo en la vida, que es mi hija y, tranquilo, está en buenas manos. Ya tiene un padre y se llama Javier. A pesar de todo, algún día, cuando sea mayor le contaré que eras un buen hombre.

—Por favor, Laura, tienes que perdonarme, te juro que he cambiado. Retira la denuncia para que me dejen salir y te demostraré que podemos ser felices.

—¿Crees que tus golpes me han dejado loca de la cabeza y voy a hacer algo para salgas de aquí? Ni lo sueñes, no voy a mover un solo dedo.

—Laura, pero yo te quiero, de verdad. Perdóname, sabes que hemos sido muy felices.

—Tú lo has dicho, fuimos felices, ahora eres un monstruo al que no quiero ver ni en pintura. Hasta nunca, Nico.

—¡Lauraaaaaaaa! ¡Perdóname, por favor! ¡Vuelve conmigo! —gritó desgarrado mientras yo me alejaba para no volverlo a ver nunca más—. ¡Lauraaaaaaaaaaaa!

Con mucho dolor por todo el amor que un día le tuve, lo dejé allí chillando como un loco y me marché hacia el hospital para hacer la rehabilitación. Jamás volvería a cruzármelo y quería que viese que no había vencido. Que la vida me había dado otra oportunidad y no la iba a desaprovechar.

Capítulo 32

Después de un mes en el que ya había terminado la rehabilitación y pude ser «libre», me dediqué a buscar trabajo para poder pagarle a Javier todo el dinero que en su día le cogí prestado. Él no quería, pero yo no me sentía en paz y, sí o sí, tenía que devolvérselo.

También dedicamos mucho de nuestro tiempo en ir a la casa de Guadalajara para arreglarla y sería otro nidito de amor que tendríamos para desinhibirnos del caos de Madrid cuando nos apeteciese. Es cierto que tuvimos que cambiar toda la decoración e hicimos una obra bastante grande. Pues aquellas paredes me recordaban mucho a toda la pesadilla vivida con Nico y, aunque sabía que estaba entre rejas, seguía dándome miedo el que pudiese escaparse y volver.

Las pesadillas de cada noche se fueron espaciando y Javier me estaba apoyando mucho para lograr superarlo todo. Además, el marido de Chus, que era psicólogo, me ayudó mucho en las sesiones que tuve que mantener para no derrumbarme. Sobre todo, al principio que fue lo más duro. Ya me lo había advertido Chus.

También habíamos conseguido que un buen amigo de Javier me divorciase del que algún día fue un hombre bueno.

Un día, cuando estaba en casa, recibí una llamada de la policía. Me dijeron que a Nico le habían matado. Entró un preso nuevo que por lo visto tenía mucho poder allí dentro y al enterarse de por qué Nico estaba encerrado le esperó un día en los baños y lo mató.

No voy a negar que me entristeciera con la noticia, pues un día le quise, pero, por otra parte, por fin iba a estar tranquila. Podría salir a la calle sin pensar que vendría a atacarme por detrás y volvería a pegarme y a violarme. Podría dormir sin ver esa cara de loco que se le ponía cuando me daba patadas y puñetazos sin piedad. Podría empezar a ver las cosas con otro color, a volver a ser yo. Podría entregarme a Javier de una vez por todas. Y seríamos todos felices al cien por cien.

La vida me sonreía de nuevo y yo no iba a desaprovechar ni un solo segundo.

Una noche de tantas, habíamos preparado una fiesta en casa con Chus y su familia, mi cuñada y algún que otro amigo.

Después de cenar Chus y yo nos subimos a acostar a los niños, pues nosotros seguiríamos un rato con la fiesta.

—¡Qué bien te veo, amiga! —me dijo Chus a la vez que se abalanzaba a darme un abrazo de esos que tanto me gustaban. Esos que me habían arropado en todo ese tiempo de sufrimiento.

—Y que lo digas, por fin empiezo a ser feliz. A tener la vida que siempre me hubiese gustado vivir. A lo mejor no he sido la mejor de las mujeres, pero te aseguro que siempre he querido lo mejor para todo el que está a mi alrededor.

—No sé cómo has sido anteriormente, pero llevo tiempo a tu lado y creo que eres una persona estupenda, una buena amiga y como madre ya ni te cuento. Así que, de todo corazón, espero que a partir de ahora seas muy, pero que muy feliz. Y que me dejes estar a tu lado para seguir viendo esa sonrisa y esos ojos brillar.

—Por supuesto, por nada del mundo querría separarme de ti. Eres más que una amiga. Una hermana. Nunca dejaría que esta amistad que hemos construido se vaya al traste. Eres muy bonita por fuera, pero por dentro más. No te quiero perder por nada del mundo. Y, si algún día ocurre, haré todo lo posible porque vuelvas a mi lado. Ahora que te tengo, no dejaré que te vayas. Nunca.

—Y no me vas a perder jamás, te quiero demasiado como para que te alejes de mí. Te quiero mucho, bonita.

—Y yo a ti mucho más, Chus.

Y con alguna lágrima resbalando por nuestras mejillas nos volvimos a dar un abrazo con fuerza.

Volvimos a la fiesta entre las miradas de todos, nuestro rímel no estaba en su sitio y la gente se dio cuenta de que algo nos había pasado. Por lo que poco a poco se fue acercando Javier hacia mí.

—¿Estás bien, mi amor?

—Sí, muy bien. Soy muy feliz.

—Tus ojos no dicen lo mismo. ¿Ha pasado algo con Chus?

—Nos hemos sincerado un poquito. Exaltación de la amistad. La quiero mucho y es tan buena conmigo que no tendré vida para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Han sido lágrimas de felicidad, solo eso.

—Si es así, me alegro mucho. Estoy encantado de que os llevéis tan bien. Sé que os entendéis a la perfección porque vuestras vidas no han sido fáciles.

—Por supuesto. Y ya verás cuando nos vayamos las dos con tu hermana a quemar Madrid por la noche. —me burlé.

—Eso será si nosotros os dejamos. Tenéis mucho peligro.

—Ay, amor, de eso se trata. —Reímos los dos a la vez. Me besó y se fue directo a por una copa de champán.

Después de un rato de charla entre unos y otros, algún que otro baile y risas acabadas en dolor de tripa, Javier alzo la copa y dijo:

—Amigos, por favor, hacedme un poquito de caso. —Dio unos golpes a la copa que llevaba en la mano para que todos le atendiésemos—. Sé que soy muy pesado y que queréis seguir desfasando, pero os pido cinco minutos y después seguimos dándolo todo.

—¡Vamos, campeón! —le animó su hermana a voz en grito.

—Sabéis que yo, en el amor, por unas cosas o por otras, no he sido muy afortunado, pero ahora tengo a mi lado a la mujer más maravillosa del mundo. La mujer más fuerte que he conocido nunca. La mejor madre y amiga. Y, por eso, quiero que también sea la mejor esposa, Laura, ¿te quieres casar conmigo? —Se arrodilló ante mí mientras sacaba una cajita roja luciendo un precioso anillo. En aquel instante mi cara se descompuso. Me quedé pálido y a la vez sentía que las mejillas me estallaban de calor de tanta vergüenza.

—¡Venga, mujer, contéstale ya! No puede seguir en ese sinvivir —gritó uno de sus compañeros del hospital.

—¿Qué me dices, cariño?

—¿Qué te voy a decir, Javier? ¡Claro que sí! —Se levantó del suelo para ponerme el anillo y darme el mejor de los besos delante de todas aquellas personas que sabían lo que habíamos estado viviendo y estaban encantados con aquella noticia. Entre aplausos, besos y abrazos con todos los invitados seguimos la fiesta casi hasta al amanecer.

Cuando llegamos a la habitación no sin antes divisar que los niños estaban dormidos, nos desvestimos para meternos en la ducha y descansar un poco antes de que nos llamasen a gritos los pequeñajos de la casa.

—Ha sido la mejor sorpresa que podías darme esta noche.

—Tenía miedo a que me rechazaras.

—¿Por qué?

—Porque entiendo que todavía tu cabeza no esté preparada para otro salto así. Porque las secuelas duran tiempo y estaba aterrado por si me decías que no y salías corriendo.

—Qué tonto eres. Es cierto que lo he pasado mal, pero estoy segura de que a tu lado voy a ser muy feliz.

—Eso intentaré cada día de nuestras vidas. Jamás dejaré que nadie te haga

daño y que puedas contarle a tu hija que el amor no se trata de hacer sufrir, sino de darle a la otra persona todo lo que se merece en cada momento. Sobre todo, respeto y amor.

—Te quiero tanto, Javi. Me alegro de que la vida te pusiera en mi camino.

Empezamos a besarnos apasionadamente mientras el agua recorría todo nuestro cuerpo subiendo nuestra pasión al máximo. Cuando estábamos a punto de que Javier me penetrara por primera vez me dijo al oído.

—No quiero hacer nada que tú no quieras hacer.

—Hazlo —exigí apenas sin aliento y deseosa de más.

—¿Segura?

—No he estado tan segura de algo en mi vida. Por favor, dejémonos llevar por la pasión y el amor que nos tenemos.

Y así, sin más, nos entregamos por primera vez el uno al otro. Me sentí como nunca me había sentido. Descubrí muchas sensaciones que no sabía ni que existían.

Lo hicimos en la ducha y después en la cama hasta caer rendidos del cansancio, pero con una felicidad radiante en nuestros ojos.

Capítulo 33

La noche anterior a la boda quedé con Chus para dormir juntas, la verdad era que necesitaba pasar los nervios que tenía con una amiga y quién mejor que ella que se había convertido en una hermana.

—¿Sabes? Tengo que decirte que eres una mujer increíble que, a pesar de todo lo que ha pasado y de la situación en la que nos hemos conocido, siempre me has parecido la mejor persona y amiga del mundo —le dije a Chus mientras estábamos tumbadas en la cama cogidas de la mano fuertemente y viendo de fondo la película de *Los Pitufos* por la tele.

—No digas eso que me sonrojo. No soy nada del otro mundo y tú debes mirarme con buenos ojos. Es cierto que me he sentido muy identificada contigo desde el primer segundo que te vi. Y tengo que reconocer que tú también eres una persona maravillosa. Aunque sea por estas circunstancias de la vida, me alegro de que el destino te haya puesto en mi camino. ¿Sabes?

—No, no sé, dime...

—Como dice la película, Te pitufo. Te pitufo mucho.

—Yo a ti también, Chus. Muchísimo. Me alegro tanto de haberte encontrado y que seamos ahora las mejores amigas...

—¿Por qué te callas?

—Porque iba a decir una cosa, pero tal vez te suene raro.

—¿Raro? Amiga, lo que es raro es que estemos aquí cogidas de la mano y abrazadas la noche antes de tu boda y que la vida nos haya juntado por dos cabrones que teníamos al lado que nos pegaban palizas. Eso es raro, raro de cojones. —Nos echamos las dos a reír—. Pero ahora dime qué pasa por esa cabecita.

—No sé, no es que sea raro, simplemente que nunca había estado así con nadie, contigo es fácil ser yo. No soy la mujer más cariñosa de la tierra. Pero contigo es diferente, haces que me sienta bien, que confié en ti, que nos sentemos a hablar horas y todo sea tan fácil a tu lado que....

—¿Qué? Venga suéltalo, me tienes en un sinvivir.

—Que me da miedo todo esto, que te quiero tanto que siento que duele. Que nunca he tenido una amiga como tú. Que nunca me he sentido así con nadie. Y te lo agradezco muchísimo. No me gustaría perderte por nada del mundo. Ya

está, eso es... —confesé mi temor algo avergonzada por sincerarme.

—Ven aquí, cachotonta. —Me abrazó, como abrazan las amigas, rompiéndome todos los esquemas y haciéndome saber así que jamás volvería a estar sola—. A partir de ahora te prometo que seremos las mejores amigas del mundo. Que jamás, pase lo que pase, voy a dejarte sola, Laura. Te quiero mucho, pequeña. Y no tengas miedo de ser sincera conmigo, porque yo siento lo mismo...

—Yo a ti también...

Y así, entre confesiones de amigas —de las mejores amigas—, nos quedamos dormidas para disfrutar a tope del día que nos esperaba.

Dos meses después de la pedida había llegado el gran día. Con la ayuda de Chus y Laura pudimos hacer una boda íntima, bonita y extraordinaria. Tuvimos especial cuidado con los detalles para los invitados, queríamos que saliesen todos con la mayor de las sonrisas. Vinieron los familiares y amigos más allegados. No voy a negar que en muchos momentos eché de menos a mi madre y miraba al cielo para encontrar un pequeño rayo de esperanza de que me estuviese viendo y supiese que por fin la vida me sonreía e iba a ser inmensamente feliz. Como ella siempre quiso.

La ceremonia pasó muy rápido porque cuando me quise dar cuenta estaba abriendo el baile con mi marido. Mientras bailaba miraba a mi alrededor y tenía la sensación de que algo iba a estropear aquel bonito momento, que yo no podía tener tanta suerte después de todo.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nada, disfruto del momento.

—¿Seguro? Te noto como distraída.

—No es nada, solo que me parece mentira que todo esto haya pasado y que estemos aquí tan felices y por fin casados.

—Oye, no te arrepentirás de haberte casado conmigo, te juro que soy un buen partido.

—No seas tonto, claro que no. Solo es que me parece eso, mentira, estar por fin casados y sin ningún contratiempo.

—Créetelo mi amor, ya ha pasado todo lo malo y te juro que vamos a hacer lo que esté en nuestra mano para ser felices para siempre. No voy a dejarte escapar por nada ni por nadie. Te amo. Te amo muchísimo, Laura. —Nos abrazamos y nos dimos un beso con el que todo el mundo nos aplaudió.

—¿Nos dejas bailar con el novio, acaparadora? —me preguntaron a la vez Laura y Chus.

—Bueno, no sé, ¿me lo devolveréis pronto?

—Antes de lo que te imaginas. —Volvimos a reírnos entre todos. Estaba siendo un día de película.

Epílogo

La boda fue todo un éxito. Los invitados quedaron encantados, la orquesta fue maravillosa, la comida espectacular y los detalles magníficos.

Cuando todo acabó, Javi y yo nos fuimos a pasar la noche a un hotel mientras Laura, mi cuñada, se quedaba a cuidar de la pequeña Carla, que se había quedado dormida a medianoche con el ajetreo de todo el día.

Pasamos una boda de ensueño y la noche ya ni os cuento. Hicimos el amor en numeras ocasiones en aquella maravillosa habitación de hotel. Además, estuvimos hablando de los planes de futuro juntos, donde entraban más de dos hijos, una casa en la playa y viajes a tutiplén.

Al día siguiente salimos de viaje de novios a la Riviera Maya donde pasamos una semana. Después, volvimos a por Carla y nos fuimos a París para que conociese Disneyland.

Tres meses después y en una cena de amigos, les comuniqué a todos, incluido a Javi el cual no sabía nada, que estaba embarazada. Se alegraron muchísimo por nosotros y fue cuando la cena empezó a tomar otro rumbo hablando de pañales y biberones, pero, sobre todo, entre risas y más risas.

Chus, Laura y yo cada vez estábamos más locas y nos juntábamos casi todas las semanas entre dos y tres veces para charlar, cine, cenar o lo que se torciese. Nuestra relación era muy fuerte y a la vez muy bonita. Sin ellas la vida no tendría tanto color.

Tengo que decir que era inmensamente feliz. Todo me sonreía y la vida era bonita a pesar de todos los palos que pude recibir.

Y es aquí cuando quiero que se detenga el reloj, porque todo pasa por una razón y estoy segura de que tiene alguna explicación. Se llama vida, y hay que vivirla, porque si se quiere, se puede...

Agradecimientos

En esta tercera novela quiero dar las gracias como siempre, y porque son los mejores; a toda mi familia, a mis amigos de siempre, a todas las personas que he conocido este año y se han convertido en muy importantes. Y gracias a los que ya no están a mi lado y se fueron haciéndome daño, porque me han enseñado a ser más fuerte, a creer más en mí y quererme como soy.

Y con el permiso de todos, esta novela se la dedico a una persona súper importante para mí, mi tía, mi madrina. La vida se la llevó muy pronto y sin avisar. Me dejó destrozada. Estés donde estés, que sepas que te quiero mucho y nada volverá a ser igual. Seguiré avanzando y disfrutando cada momento como tú me decías que había que hacer. Gracias por todo, tía Mari.

Y gracias a ti, ya seas conocido o no, por estar leyendo esta novela. Gracias por unirte a mi pequeña familia.

Biografía



Susana Valcárcel, nacida el 13 de febrero de 1988. Una chica normal como ella se define y que no necesita gran cosa para ser feliz. Vive en Madrid con su marido y sus dos hijas.

Se adentró desde muy pequeña en el mundo de la escritura, haciendo poesías, cuentos y escribiendo en el periódico del colegio, aunque no publicó su primer libro hasta el año 2015, *Como la vida misma*, y seguidamente su segunda novela *Una vida no es suficiente*.

El 2019 no ha sido su año por varios motivos personales, y es por eso que se ha vuelto a refugiar en la escritura con su tercera novela, *Si se quiere, se puede*. Con este libro se espera que se pueda ayudar a mucha gente.